Señor
de las
moscas
William Golding
Lectulandia

William Golding, nacido en Inglaterra, publicó su primera novela —Señor de las moscas— en 1954. Recibida con notable entusiasmo por hombres como Amis, Calder Marshall, C. S. Lewis, Herbert Read, Walter Allen, E. M. Foster, Señor de las moscas alcanzaría poco a poco la fama de un clásico moderno. ¿Qué es en realidad este libro singular? ¿Una fábula? ¿Una parábola? ¿Ciencia-ficción? ¿Un examen de los problemas del bien y del mal? ¿Una novela de aventuras en una isla desierta? La crítica ha señalado a menudo no sólo el prodigioso oficio de Golding, el poder de su imaginación, la perfección y belleza de su prosa, sino también de qué modo admirable ha creado a la vez —con Señor de las moscas— un mundo y un símbolo.

Lectulandia

William Golding

Señor de las moscas

ePub r1.2
GONZALEZ 01.08.16

Título original: *Lord of the Flies*
William Golding, 1954
Traducción: Ricardo Gosseyn

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

1

La voz del caracol

EL NIÑO RUBIO se dejó caer por la roca y se abrió paso hacia la laguna. Aunque se había quitado el chaleco de colegio y lo llevaba ahora en la mano, la camisa gris se le pegaba al cuerpo y el pelo se le aplastaba en la frente. A su alrededor la larga cicatriz abierta en la jungla era un baño de vapor. El niño avanzaba pesadamente entre lianas y troncos rotos cuando un pájaro, una aparición roja y amarilla, remontó velozmente con un grito de bruja; y a este grito respondió otro.

—¡Eh! —se oyó—. ¡Espérame!

Las malezas se agitaron junto a la cicatriz y una multitud de gotas de lluvia cayó y golpeó levemente el suelo.

—Espérame —dijo la voz—, me enredé.

El niño rubio se detuvo, se estiró los calcetines con un movimiento automático, y durante un instante la jungla se pareció al condado familiar.

La voz habló otra vez.

—Apenas puedo moverme con estas cosas que se arrastran.

El dueño de la voz salió retrocediendo de las malezas y las ramitas arañaron un grasiento rompevientos. Se le habían clavado unas espinas en las corvas rollizas y desnudas. Se inclinó, se sacó cuidadosamente las espinas, y se volvió. Era más bajo que el niño rubio y muy gordo. Se adelantó, pisando con cuidado, y luego alzó los ojos y miró a través de unos gruesos lentes.

—¿Dónde está el hombre del megáfono?

El niño rubio meneó la cabeza.

—Estamos en una isla. Bueno, me parece que es una isla. Esto es un arrecife. Quizás no hay personas mayores.

El niño gordo pareció sobresaltarse.

—Estaba el piloto. Pero en la cabina de adelante, no con los pasajeros.

El niño rubio miraba el arrecife entornando los ojos.

—Todos los otros chicos —continuó el niño gordo—. Algunos tuvieron que salvarse. Tuvieron que salvarse, ¿no es cierto?

El niño rubio empezó a abrirse paso hacia el agua, tan casualmente como le era posible. Trataba de parecer descuidado, y con una falta de interés no demasiado obvia, pero el niño gordo corrió tras él.

—¿No hay grandes?

—Me parece que no.

El niño rubio habló con solemnidad, pero enseguida el placer de haber logrado su

ambición lo dominó totalmente. En medio del claro se puso cabeza abajo y sonrió con una mueca a la figura invertida del niño gordo.

—¡Ningún grande!

El niño gordo pensó un momento.

—Aquel piloto.

El niño rubio dejó caer los pies y se sentó en la tierra humeante.

—Debe de haberse ido luego de dejarnos. No puede aterrizar aquí. No en un aeroplano con ruedas.

—¡Nos atacaron!

—Volverá.

El niño gordo sacudió la cabeza.

—Cuando bajábamos miré por la ventanilla. Vi la otra parte del aeroplano. Salía fuego.

Miró a lo largo de la cicatriz.

—Y esto lo hizo la cabina de pasajeros.

El niño rubio alargó la mano y tocó el extremo mellado de un tronco. Durante un instante pareció interesado.

—¿Qué le pasó? —preguntó—. ¿Dónde está ahora?

—Aquella tormenta se lo llevó al mar. La caída no pudo ser tan peligrosa con todos estos árboles. Algunos chicos debían de estar adentro todavía.

El niño gordo titubeó un momento y luego prosiguió:

—¿Cómo te llamas?

—Ralph.

El niño gordo esperó a que el otro le preguntara también su nombre, pero este ofrecimiento de recibo no llegó nunca. El niño llamado Ralph sonrió vagamente, se incorporó, y echó a caminar otra vez hacia la laguna. El niño gordo se le colgó firmemente del hombro.

—Seguramente hay otros muchos chicos por aquí. ¿No viste a ninguno?

Ralph sacudió la cabeza y apresuró la marcha. Tropezó entonces con una rama y cayó ruidosamente.

El niño gordo se detuvo junto a él, respirando con fuerza.

—Mi tía me dijo que no corriera —explicó—, por el asma.

—*¿Ass-mar?*[1]

—Eso es. Me quedo sin aire. Yo era el único en la escuela con asma —dijo el niño gordo casi orgullosamente—. Y llevo lentes desde los tres años.

Se sacó los anteojos y se los mostró a Ralph, parpadeando y sonriendo, y luego empezó a frotárselos contra el sucio rompevientos. Una expresión de dolor y concentración interior le alteró los pálidos contornos de la cara. Se secó el sudor de las mejillas y se puso rápidamente los anteojos.

—Habrá fruta.

Miró a los lados del claro.

—Habrá fruta —dijo—, espero…

Se ajustó los anteojos, se apartó de Ralph, y se agachó entre el enmarañado follaje.

—Saldré enseguida…

Ralph se incorporó cuidadosamente y se escurrió entre las ramas. Pocos segundos más tarde dejaba atrás los gruñidos del chico gordo y corría hacia los árboles que lo separaban aún de la laguna. Pasó por encima de un tronco caído y salió de la selva.

Un abanico de palmeras bordeaba la costa. Los árboles se alzaban o inclinaban o reclinaban contra la luz y sus plumas verdes se abrían a treinta metros de altura. Debajo, el suelo era una arena con hierbas duras, desgarrada por las raíces de los árboles caídos, sembrada de cocos podridos y retoños. Detrás se extendía la oscuridad de la selva y el claro de la cicatriz. Ralph se detuvo apoyando la mano en un tronco grisáceo y entornando los ojos miró el agua brillante. Allá afuera, a más de un kilómetro, la rompiente blanca golpeaba un arrecife de coral, y más lejos el mar abierto era de un oscuro azul. Dentro del arco irregular del arrecife las aguas eran serenas como un lago, con azules de todos los tonos y verdes y púrpuras sombríos. La playa entre el banco de palmeras y el agua era una estrecha duela de barril, aparentemente infinita, pues a la izquierda de Ralph la perspectiva de las palmeras, la playa y el agua se perdía a lo lejos. Y siempre, casi visible, estaba el calor.

Saltó desde el terraplén de palmeras. La arena le cubrió los zapatos negros y el calor cayó sobre él. Sintió de pronto el peso de la ropa, se sacó los zapatos con rápidos puntapiés y se arrancó las medias de elástico con un solo movimiento. Saltó otra vez al terraplén, se quitó la camisa y se detuvo un momento entre los cocos parecidos a calaveras y las sombras verdes de las palmas y los últimos árboles de la selva sobre la piel. Se desprendió entonces el cinturón, se sacó los pantalones y se quedó desnudo mirando la playa y el agua enceguecedoras.

Era bastante mayor, doce años y unos pocos meses, para haber perdido el vientre de la infancia, y no lo suficiente para que lo alcanzara la torpeza de la adolescencia. Parecía un poco un boxeador, por el ancho y la pesadez de los hombros, pero en la dulzura de los ojos y la boca no había ninguna malignidad. Ralph golpeó suavemente un tronco, con la mano abierta, y obligado al fin a admitir la realidad de la isla, rio alegremente y se puso otra vez cabeza abajo. Se incorporó enseguida sin esfuerzo, saltó a la playa, se arrodilló y se llevó al pecho dos brazadas de arena. Luego se sentó y miró el agua con ojos brillantes y excitados.

—Ralph…

El niño gordo bajó del terraplén y se sentó cuidadosamente en el borde.

—Siento haber tardado tanto. Las frutas…

Se limpió los anteojos y los ajustó a su nariz respingada. El armazón le había dibujado una clara y rosada V en el puente. Observó críticamente el dorado cuerpo de Ralph y luego se miró las ropas. Se llevó la mano al extremo de un cierre relámpago que le cruzaba el pecho de arriba a abajo.

—Mi tía…

De pronto se abrió el cierre con decisión y se sacó el rompevientos por encima de la cabeza.

—¡Ya está!

Ralph lo miró de reojo y no dijo nada.

—Me parece que nos convendría conocer todos los nombres —dijo el niño gordo —, y hacer una lista. Deberíamos tener una reunión.

Ralph no se dio por enterado, así que el niño gordo tuvo que continuar.

—No me importa cómo me llamen —dijo confidencialmente— siempre que no me llamen como me llamaban en la escuela.

Ralph pareció levemente interesado.

—¿Cómo era?

El niño gordo miró por encima del hombro, y luego se inclinó hacia Ralph.

Habló en un murmullo.

—Me llamaban «Piggy»[2].

Ralph chilló de risa. Se incorporó de un salto.

—¡Piggy! ¡Piggy!

—¡Ralph, por favor!

Piggy apretó las manos aprensivamente.

—Dije que no quería…

—¡Piggy! ¡Piggy!

Ralph bailó alejándose en el aire caliente de la playa y regresó como un aeroplano de combate, con las alas extendidas hacia atrás, y ametrallando a Piggy.

—¡Shi-aa-ou!

Aterrizó en la arena a los pies de Piggy y se tendió allí riéndose.

—¡Piggy!

Piggy sonrió de mala gana, complacido a pesar de sí mismo ante tanta atención.

Ralph se reía boca abajo en la arena. En la cara de Piggy hubo otra vez una expresión de dolor y concentración.

—Un segundo.

Piggy regresó apresuradamente a la jungla. Ralph se incorporó y trotó hacia la derecha.

El motivo central del paisaje interrumpía aquí abruptamente la playa; una gran plataforma de granito rosado se lanzaba inflexiblemente a través de la selva, el terraplén, la arena y la laguna hasta formar un malecón de más de un metro de alto. La cima de la plataforma estaba cubierta con una delgada capa de tierra y hierbas duras, y sombreada por palmeras jóvenes. No había bastante tierra para que crecieran mucho, y cuando llegaban a unos seis metros caían y se secaban en una cruzada masa de troncos que podían servir muy bien de asientos. Las palmeras aún en pie formaban un techo verde, y en la cara inferior de las hojas se movían los confusos reflejos de la laguna. Ralph subió a la plataforma, advirtió la sombra y la frescura, cerró un ojo, y

decidió que las sombras que le cubrían el cuerpo eran realmente verdes. Fue hasta el borde marítimo de la plataforma y se quedó mirando el agua. Era clara hasta el fondo, y brillaba con la eflorescencia del coral y las algas tropicales. Un cardumen de peces diminutos y resplandecientes llameaba aquí y allá. Ralph se habló a sí mismo, haciendo sonar las cuerdas bajas del deleite.

—¡Jui-zu!

Más allá de la plataforma había más atractivos. Algún acto divino —un tifón quizás, o la tormenta que los había acompañado en el viaje— había acumulado arena en el interior de la laguna, de modo que había una hoya larga y profunda en la playa, con una pared de granito rosado en el extremo más lejano. Ralph había sido engañado otras veces por la aparente profundidad de algún pozo de playa y se acercó esperando desilusionarse. Pero la isla no desdijo sus antecedentes y la increíble hoya, que el mar sólo invadía indudablemente en la marea alta, era tan profunda en un extremo que tenía un color verde oscuro. Ralph inspeccionó los treinta metros cuidadosamente y luego se zambulló. La temperatura del agua era mayor que la de su sangre y parecía que estuviese nadando en una gran bañera.

Piggy apareció otra vez, se sentó en el borde rocoso, y observó con envidia el cuerpo verde y blanco de Ralph.

—No nadas mal.

—Piggy.

Piggy se sacó los zapatos y calcetines, los puso ordenadamente sobre la roca, y probó el agua con un dedo.

—¡Está caliente!

—¿Qué esperabas?

—No esperaba nada. Mi tía…

—¡Al diablo con tu tía!

Ralph se sumergió y nadó bajo el agua con los ojos abiertos; la roca arenosa de la hoya subía como la falda de una loma. Se dio vuelta, apretándose la nariz, y una luz dorada le bailó y se le quebró en la cara. Piggy parecía decidido y empezó a sacarse los pantalones. Al fin se mostró pálida y gruesamente desnudo. Bajó de puntillas por el lado arenoso de la hoya, y se quedó con el agua al cuello sonriendo orgullosamente a Ralph.

—¿No vas a nadar?

Piggy sacudió la cabeza.

—No puedo. No me dejan. Mi asma…

—¡Al diablo con tu *ass-mar*!

Piggy soportó esto con una especie de humilde paciencia.

—Tú nadas bastante bien.

Ralph chapoteó de espaldas aguas abajo, sumergió la cabeza, y lanzó un chorro de agua. Luego alzó la barbilla y habló.

—Sabía nadar a los cinco. Me enseñó papá. Es comandante en la marina. Cuando

tenga tiempo vendrá a rescatarnos. ¿Qué es tu padre?

Piggy enrojeció de pronto.

—Mi papá murió —dijo rápidamente—, y mi mamá…

Se sacó los anteojos y buscó en vano algo con que limpiarlos.

—Yo vivía con mi tía. Tiene una tienda de dulces. Me pasaba el día comiendo dulces. ¿Cuándo vendrá tu papá a rescatarnos?

—Tan pronto como pueda.

Piggy salió goteando del agua y se quedó de pie, desnudo, limpiándose los anteojos con un calcetín. El único sonido que llegaba hasta ellos en el calor de la mañana era el largo rugido de rueda de molino de las rompientes en el acantilado.

—¿Cómo sabe que estamos aquí?

Ralph se tendió en el agua. El sueño lo envolvió como los oblicuos espejismos que combatían con el resplandor de la laguna.

—¿Cómo sabe que estamos aquí?

Porque lo sabe, pensó Ralph, porque lo sabe, porque lo sabe. El rugido de la rompiente venía ahora de muy lejos.

—Se lo dijeron en el aeródromo.

Piggy sacudió la cabeza, se puso los centelleantes anteojos, y bajó la vista hacia Ralph.

—Ellos no. ¿No oíste lo que dijo el piloto? ¿De la bomba atómica? Están todos muertos.

Ralph se arrastró fuera del agua, se incorporó mirando a Piggy, y consideró este insólito problema.

Piggy insistió.

—Esto es una isla, ¿no?

—Me subí a una roca —dijo Ralph lentamente—, y pienso que es una isla.

—Están todos muertos —dijo Piggy—, y esto es una isla. ¡Nadie sabe que estamos aquí! Tu papá no lo sabe. Nadie lo sabe…

Le temblaron los labios y se le empañaron los anteojos.

—Podemos quedarnos aquí hasta morirnos.

Con estas palabras el calor pareció crecer hasta convertirse en un peso amenazador y la laguna los atacó con una luz enceguecedora.

—Voy a buscar la ropa —murmuró Ralph—. Allá.

Trotó por la arena, soportando la enemistad del sol cruzó la plataforma y encontró las ropas desparramadas. Ponerse otra vez una camisa gris era algo sorprendentemente agradable. Luego se subió a la plataforma, y se sentó en el tronco de un árbol, a la sombra verde. Piggy trepó detrás con la mayor parte de sus ropas bajo el brazo. Luego se sentó cuidadosamente en un tronco caído cerca del pequeño acantilado que se alzaba frente a la laguna; y los confusos reflejos temblaron sobre él.

Al fin habló:

—Tenemos que encontrar a los otros. Tenemos que hacer algo.

Ralph no dijo nada. Aquella era una isla de coral. Protegido contra el sol, ignorando la charla agorera de Piggy, soñaba agradablemente.

Piggy insistió.

—¿Cuántos somos aquí?

Ralph se adelantó y se detuvo junto a Piggy.

—No lo sé.

Aquí y allá, unas brisas ligeras se arrastraban por la pulida superficie del agua, bajo la bruma del calor. Cuando llegaban a la plataforma, las hojas de las palmeras suspiraban, de modo que unas motas borrosas de sol se deslizaban por los cuerpos de los niños o se movían a la sombra como criaturas aladas y brillantes.

Piggy alzó los ojos hacia Ralph. En la cara de Ralph todas las sombras estaban al revés; las verdes arriba, las brillantes de la laguna abajo. Un borrón de sol se le arrastraba por el pelo.

—Tenemos que hacer algo.

Ralph miraba a Piggy sin verlo. Aquí estaba al fin el sitio imaginado y nunca encontrado del todo de la verdadera vida. Los labios se le abrieron en una deleitada sonrisa, y Piggy, tomando esta sonrisa como una señal de aprobación, rio alegremente.

—Si es realmente una isla…

—¿Qué es eso?

Ralph había dejado de sonreír y apuntaba a la laguna. Algo blanco yacía entre los helechos.

—Una piedra.

—No. Un caracol.

De pronto Piggy burbujeó con una decorosa excitación.

—Cierto. ¡Es un caracol! Vi uno parecido una vez. En la pared de alguien. Él lo soplaba y venía la mamá. Es muy útil…

Junto al codo de Ralph, un retoño de palmera se inclinaba sobre la laguna. En verdad, el peso levantaba ya un terrón del débil suelo y el retoño pronto caería. Ralph arrancó el tallo y se puso a sondear el agua, mientras los peces brillantes huían desordenadamente a un lado y a otro. Piggy se inclinó peligrosamente hacia adelante.

—¡Cuidado! Lo romperás.

—Cállate.

Ralph replicó distraídamente. El caracol era interesante y hermoso y un valioso juguete, pero las vívidas ensoñaciones se interponían aún entre él y Piggy, que en aquel escenario estaba fuera de lugar. El retoño de palmera, doblándose, empujó el caracol entre las plantas. Ralph se sirvió de una mano como punto de apoyo y empujó con la otra hasta que el caracol se alzó goteando y Piggy pudo agarrarlo.

Ahora el caracol ya no era algo que se podía ver pero no tocar. Ralph mismo se sintió excitado. Piggy balbuceó:

—… una concha, son muy caras. Apuesto a que si quieres comprarte una, tienes

que pagar libras y libras y libras… Él la tenía en la pared del jardín y mi tía…

Ralph tomó el caracol de manos de Piggy y le corrió un poco de agua por el brazo. El color de la concha era un crema encendido, matizado aquí y allá con unos rosados que se borraban gradualmente. Entre la punta, gastada y con un pequeño agujero, y los rosados labios de la boca, había unos cuarenta centímetros. La concha se retorcía en una ligera espiral, con un delicado dibujo en relieve. Ralph sacudió la arena que había en las profundidades del tubo

—… mugía como una vaca —dijo Piggy—. Teñí algunas piedras blancas también, y una jaula con un loro verde. No soplaba las piedras blancas, claro, y decía…

Piggy hizo una pausa para tomar aliento y dio un golpecito en el objeto brillante que sostenían las manos de Ralph.

—¡Ralph!

Ralph alzó los ojos.

—Podemos usarlo para llamar a los otros. Tener una reunión. Vendrán cuando nos oigan…

Miró a Ralph con ojos brillantes.

—Ya lo habías pensado, ¿eh? Por eso lo sacaste del agua.

Ralph se echó atrás el pelo rubio.

—¿Cómo soplaba tu amigo?

—Era como si escupiese —dijo Piggy—. Mi tía no me dejaba soplar por mi asma. Él decía que se soplaba de aquí. —Piggy se puso la mano sobre el combado abdomen —. Prueba, Ralph. Puedes llamar a los otros.

Ralph se llevó dubitativamente la punta más delgada a la boca, y sopló con fuerza. Se oyó el ruido del aire que salía de la boca y nada más. Ralph se sacó el agua salada de los labios y probó otra vez, pero el caracol no sonó.

—Parecía que escupía.

Ralph frunció los labios y sopló en el caracol, que emitió un ruido bajo y borbotante. El ruido divirtió tanto a los dos niños, que Ralph siguió soplando algunos minutos entre estallidos de risa.

—Él soplaba desde aquí abajo.

Ralph entendió y golpeó el caracol con aire que sacó del diafragma. Inmediatamente, el caracol sonó. Una nota profunda y ronca estalló bajo las palmas, se extendió por los laberintos de la jungla, y resonó en el rosado granito de la montaña. Nubes de pájaros se alzaron de las copas de los árboles, y algo chilló y se arrastró entre las hierbas.

Ralph se sacó el caracol de los labios.

—¡Zas!

Su voz parecía un murmullo luego de la nota ronca. Se llevó otra vez el caracol a los labios, tomó aliento y sopló una vez más. La nota estalló otra vez, y luego ante la más firme presión de Ralph subió una octava y se transformó en un estridente

trompetazo, más penetrante que antes. Piggy estaba diciendo algo, con la cara sonriente, los anteojos centelleantes. Los pájaros gritaron; se escurrieron unos menudos animales. A Ralph le faltó el aliento; la nota cayó una octava, se convirtió en un bajo balbuceo, fue una ráfaga de aire.

El caracol estaba callado, un colmillo brillante; a Ralph se le había oscurecido la cara, y sobre la isla se oía un clamor de pájaros y el resonar de los ecos.

—Apuesto a que eso se oye a kilómetros.

Ralph se recobró y lanzó una serie de toques cortos.

—¡Allá hay uno! —exclamó Piggy.

Un niño había aparecido entre las palmeras, en la playa, a cien metros. Era un niño de unos seis años, fuerte y rubio, de ropas destrozadas, la cara cubierta de pegajosas manchas de fruta. Se había bajado los pantalones con un propósito obvio y luego sólo se los había subido a medias. Saltó del terraplén de palmeras a la arena y los pantalones le resbalaron hasta los tobillos; se libró de ellos y trotó hacia la plataforma. Piggy lo ayudó a subir. Mientras, Ralph continuó soplando hasta que se oyeron unos gritos en la selva. El niño más pequeño se sentó en cuclillas frente a Ralph, mirando hacia arriba, brillante y verticalmente. Cuando se convenció de que se estaba haciendo algo deliberado empezó a parecer satisfecho, y se metió en la boca el único dedo limpio, un rosado pulgar.

Piggy se inclinó hacia él.

—¿Cómo te llamas?

—Johnny.

Piggy murmuró el nombre entre dientes y luego se lo gritó a Ralph, que no mostró interés, pues estaba todavía soplando. El violento placer de hacer ese estupendo sonido le había enrojecido la cara, y los latidos del corazón le movían la camisa de elástico. Los gritos de la selva se oían más cerca.

Signos de vida eran ahora visibles en la bahía. La arena, que temblaba bajo la bruma del calor, ocultaba muchas figuras en sus kilómetros de largo; unos niños se acercaban a la plataforma por la arena caliente y silenciosa. Tres niños pequeños, no mayores que Johnny, salieron de un lugar sorprendentemente cercano donde habían estado hartándose de fruta. Un niño oscuro, poco menor que Piggy, apartó unas enmarañadas malezas, caminó hasta la plataforma, y sonrió alegremente a todo el mundo. Llegaron otros y otros más. Imitando al inocente Johnny se sentaron en los caídos troncos de palmera y esperaron. Piggy se movía entre ellos, preguntando nombres y frunciendo el ceño para no olvidarse. Los niños lo obedecían con la misma sencillez con que habían obedecido al hombre del megáfono. Algunos estaban desnudos y traían las ropas en la mano; otros semidesnudos o vestidos a medias, con uniformes de colegio, grises, azules, castaños, con chaquetas o jerseys. Llevaban distintivos, hasta lemas, rayas de color en calcetines y chalecos. Las cabezas se arracimaban a la sombra sobre los troncos; cabezas castañas, rubias, negras, morenas, arenosas, de color de ratón; cabezas que murmuraban, susurraban, cabezas con ojos

que miraban a Ralph y se preguntaban qué ocurría. Algo estaba haciéndose.

Los niños que venían por la playa, solos o en parejas, aparecían emergiendo de la bruma del calor. Allí lo primero que llamaba la atención era una criatura negra, parecida a un murciélago, que bailaba en la playa, y sólo más tarde se advertía el cuerpo, arriba. El murciélago era la sombra del niño, reducida por el sol vertical a una mancha entre los ágiles pies. Aun mientras soplaba, Ralph notó el último par de cuerpos que alcanzaban la plataforma sobre un aleteante borrón negro. Los dos niños, de cabeza de bala, y pelo como estopa, se tendieron ante Ralph sonriendo y mostrando los dientes y jadeando como perros. Eran gemelos, y los sorprendidos ojos no podían creer en tan divertida duplicación. Respiraban juntos, sonreían juntos, eran rechonchos y alegres. Alzaban los labios húmedos hacia Ralph, pues parecía como si no les alcanzase la piel, de modo que tenían el perfil desdibujado y la boca abierta. Piggy inclinó hacia ellos sus lentes centelleantes, y entre los cornetazos podía oírse cómo repetía sus nombres:

—Sam, Eric, Sam, Eric.

De pronto pareció atontado; los mellizos sacudieron la cabeza y se señalaron el uno al otro y todos los niños se rieron.

Al fin Ralph dejó de soplar y se sentó con el caracol colgado de una mano, la cabeza apoyada en las rodillas. Junto con los ecos murieron las risas, y reinó el silencio.

En la diamantina bruma de la playa algo oscuro andaba a tientas. Ralph fue el primero en verlo, y se quedó observándolo hasta que la fijeza de su mirada volvió todos los ojos hacia el mismo punto. La criatura salió de la zona de los espejismos a la arena clara, y vieron que la oscuridad no era todo sombras sino principalmente ropas. La criatura era un grupo de niños que marchaba en dos líneas aproximadamente paralelas y vestía unas ropas curiosamente excéntricas. Traían en la mano pantalones cortos, camisas y diferentes prendas; pero todos llevaban gorras negras, con una franja plateada. Unas túnicas negras, con una gran cruz plateada en el pecho, a la derecha, les cubrían los cuerpos hasta los pies, y el cuello terminaba en unos pliegues escarolados. El calor del trópico, el descenso, la búsqueda de comida, y ahora esta sudorosa marcha a lo largo de la playa deslumbrante les había dado un aspecto de ciruelas recién lavadas. El niño que los dirigía vestía del mismo modo, aunque con una gorra de banda amarilla; Cuando el grupo estuvo a unos diez metros de la plataforma, gritó una orden y los otros se detuvieron jadeando, sudando, balanceándose a la luz ardiente. El niño se adelantó, subió de un salto a la plataforma con la capa abierta al aire, y espió en lo que era para él una casi completa oscuridad.

—¿Dónde está el hombre de la trompeta?

Ralph, entendiendo que el otro estaba cegado por el sol, le respondió:

—No hay ningún hombre con una trompeta. Era yo.

El niño se acercó e inclinándose miró de cerca a Ralph, arrugando la cara. Lo que vio del niño rubio con el caracol blanco en las rodillas no pareció satisfacerle. Se

volvió rápidamente, haciendo ondear la capa.

—¿No hay un barco entonces?

Debajo de aquella capa flotante el muchacho era alto, flaco, huesudo; el pelo que asomaba bajo la gorra negra era rojo. Tenía un rostro prieto y pecoso y feo, pero no tonto. En los ojos, de un azul claro que miraban fijamente, había una expresión de frustración que estaba transformándose, o parecía pronta a transformarse, en ira.

—¿No hay un hombre, aquí?

Ralph le habló a la espalda del muchacho.

—No. Vamos a tener una reunión. Ven con nosotros.

Los niños de túnica empezaron a salirse de la fila. El niño mayor les gritó.

—¡Coro! ¡Quietos!

El coro obedeció con cansancio, apretó sus líneas, y se quedó allí balanceándose al sol. Pero algunos protestaron débilmente.

—Luego —dijo Piggy— ese chico… me olvidé.

—Tú estás hablando demasiado —dijo Jack Merridew—. Cállate, Fatty[3].

Se alzaron risas.

—¡No se llama Fatty! —gritó Ralph—. ¡Su verdadero nombre es Piggy!

—¡Piggy!

—¡Piggy!

—¡Oh, Piggy!

Estalló una tormenta de risa y hasta los niños más pequeños se unieron a ella. Durante un momento los chicos fueron un cerrado circuito de simpatía con Piggy afuera. Piggy enrojeció, inclinó la cabeza, y se limpió otra vez los anteojos.

Al fin la risa murió y se siguió con los nombres. Maurice, segundo en tamaño entre los chicos del coro, después de Jack, era ancho y sonreía todo el tiempo. Había un niño delgado, esquivo, que nadie conocía, que se mantenía encerrado en sí mismo con una interior intensidad de apartamiento y reserva. Murmuró que su nombre era Roger y calló otra vez. Bill, Robert, Harold, Henry; el niño del coro que se había desmayado estaba sentado contra el tronco de una palmera, le sonrió pálidamente a Ralph y dijo llamarse Simon.

Jack habló.

—Tenemos que decidir sobre el rescate.

Hubo un cuchicheo. Uno de los niños pequeños, Henry, dijo que quería irse a su casa.

—Cállate —dijo Ralph distraídamente. Alzó el caracol—. Me parece que deberíamos tener un jefe para decidir cosas.

—¡Un jefe! ¡Un jefe!

—Yo debo ser el jefe —dijo Jack con sencilla arrogancia—, pues soy solista del coro de una capilla. Puedo cantar en do sostenido.

Otro cuchicheo.

—Bueno, entonces —continuó Jack—, yo…

Titubeó. El muchacho oscuro, Roger, se movió al fin y habló.

—Hagamos una votación.

—¡Sí!

—¡Votemos un jefe!

—Votemos…

Este juego de la votación era casi tan agradable como el caracol. Jack iba a protestar, pero el clamor cambió del deseo general de un jefe a la elección por aclamación de Ralph. Ninguno de los niños podía encontrar una buena razón para que ocurriese así; el que había mostrado hasta entonces más inteligencia era Piggy, y el líder más obvio era Jack. Pero había una notable serenidad en la sentada figura de Ralph, alta y atractiva, y de un modo más oscuro, pero más poderoso, allí estaba el caracol. Quien lo había soplado, quien los había esperado sentado en la plataforma con aquel objeto delicado en las rodillas, fue distinguido entre todos.

—El del caracol.

—¡Ralph! ¡Ralph!

—Que sea jefe el de la trompeta.

Ralph alzó una mano pidiendo silencio.

—Muy bien. ¿Quién desea que Jack sea jefe?

Con temerosa obediencia el coro alzó las manos.

—¿Quién me elige a mí?

Todas las manos fuera del coro excepto la de Piggy se alzaron inmediatamente. Luego Piggy, también, levantó la mano de mala gana.

Ralph contó.

—Soy el jefe entonces.

El círculo de niños estalló en un aplauso. Hasta el coro aplaudió, y las pecas de la cara de Jack desaparecieron bajo un rubor de mortificación. Se incorporó, luego cambió de parecer y se sentó otra vez mientras el aire retumbaba. Ralph lo miró ansioso, deseando ofrecerle algo.

—El coro te pertenece, por supuesto.

—Ellos pueden ser el ejército…

—O cazadores…

—Podrían ser…

El color se le fue de la cara a Jack. Ralph movió la mano otra vez exigiendo silencio.

—Jack está a cargo del coro. Ellos pueden ser… ¿Qué queréis que sean?

—Cazadores.

Jack y Ralph se sonrieron con tímida simpatía. El resto se puso a hablar animadamente.

Jack se incorporó.

—Muy bien, coro. Fuera las togas.

Como si hubiese concluido una clase, los niños del coro se pusieron de pie,

charlando, y apilaron los mantos negros en la hierba. Jack dejó el suyo en el tronco, junto a Ralph. El sudor le pegaba los grises pantalones cortos a la piel. Ralph les echó una ojeada curiosa, y Jack le explicó.

—Traté de subir a esa montaña a ver si había agua todo alrededor. Pero oímos tu llamado.

Ralph sonrió y alzó el caracol pidiendo silencio.

—Escuchad, todos. Tengo que tomarme tiempo para pensar las cosas. No puedo decidir enseguida qué debemos hacer. Si esto no es una isla no tardarán en rescatarnos. Así que tenemos que decidir si estamos o no en una isla. Iremos tres en expedición. No más, porque nos confundiríamos y alguno se perdería, Los otros se quedarán acá y esperarán. Iremos yo, y Jack, y…

Miró alrededor el círculo de caras serias. No faltaban niños para elegir.

—Y Simon.

Los niños que rodeaban a Simon rieron entre dientes, y Simon se incorporó con una risita. Ahora que se le había ido la palidez del desmayo, era un niño flaco, menudo, vivaz, con una mirada que nacía bajo un flequillo de pelo lacio, negro y áspero.

Miró a Ralph asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Iré.

—Y yo…

Jack sacó un cuchillo envainado de regular tamaño y lo limpió en el tronco de un árbol. Se oyó un rumor que se apagó enseguida.

Piggy se adelantó.

—Yo iré también.

Ralph se volvió hacia él.

—No sirves para un trabajo como éste.

—Lo mismo…

—No te necesitamos —dijo Jack lisamente—. Tres bastan.

Los lentes de Piggy relampaguearon.

—Yo estaba con él cuando encontró el caracol. Estaba con él antes que nadie.

Jack y los otros no le prestaron atención. Todos se dispersaron. Ralph, Jack y Simon saltaron de la plataforma y caminaron por la arena a lo largo de la hoya de agua. Piggy los siguió murmurando.

—Si Simon caminase entre los dos —dijo Ralph—, podríamos hablar por encima de su cabeza.

Los tres niños siguieron al mismo paso. Esto significaba que de cuando en cuando Simon tenía que dar un doble paso para marchar con los otros. Al rato Ralph se detuvo y se volvió hacia Piggy.

—Oye.

Jack y Simon pretendieron no notar nada. Siguieron caminando.

—No puedes venir.

Los lentes de Piggy estaban húmedos de nuevo, esta vez de humillación.

—Lo contaste. Luego de lo que te dije.

Tenía la cara roja; le temblaban los labios.

—Luego de que te dije que no quería…

—¿De qué demonios hablas?

—De que me llamen Piggy. Dije que no me importaba mientras ellos no me llamasen Piggy, y dije que no lo contaras y tú fuiste y lo dijiste enseguida…

Una calma descendió sobre ellos. Ralph, mirando ahora con más comprensión a Piggy, advirtió que se sentía herido y abrumado. Titubeó entre dos caminos: la disculpa o más insultos.

—Mejor Piggy que Fatty —dijo al fin, directamente, como un verdadero jefe—, y de todos modos lamento que te lo tomes así. Vuelve ahora, Piggy, y anota los nombres. Ese es tu trabajo. Hasta luego.

Se volvió y corrió detrás de los otros dos. Piggy se quedó allí, y el rosa de la indignación se le borró lentamente de las mejillas. Regresó a la plataforma.

Los tres niños caminaron vivamente por la arena. La marea estaba baja y había una franja salpicada de algas, firme como una carretera. Una suerte de encantamiento se había extendido sobre ellos y el escenario, y lo sintieron y fueron felices. Se volvían unos hacia otros, riendo excitados, hablando, y sin escucharse. El aire brillaba. Ralph, enfrentado con el problema de explicar todo esto, se puso cabeza abajo y cayó hacia adelante. Cuando acabaron de reír, Simon golpeó tímidamente el brazo de Ralph, y tuvieron que reírse otra vez.

—Vamos —dijo Jack al fin—, somos exploradores.

—Iremos hasta el extremo de la isla y miraremos el otro lado.

—Si esto es una isla…

Ahora, hacia el fin de la tarde, los espejismos desaparecían. Encontraron el extremo de la isla, claro y sin magias que lo deformaran o le quitaran sentido. Había una superficie rocosa con la habitual forma cuadrada, y un gran bloque que entraba en el mar. Unos pájaros marinos anidaban allí.

—Como una capa de azúcar sobre una torta rosada —dijo Ralph.

—No podemos ver el otro lado —dijo Jack—, porque no hay otro lado. Sólo una curva suave… y mira, cada vez más rocas.

Ralph se llevó la mano a la frente haciéndose sombra y siguió con los ojos el mellado contorno de los riscos que subían a la montaña. Esta parte de la playa estaba más cerca de la montaña que las otras.

—Trataremos de subir a la montaña desde aquí —dijo—. Me parece que es el camino más fácil. Hay menos de esas cosas de la selva, y más rocas. Vamos.

Los tres niños se pusieron a trepar. Alguna fuerza desconocida había arrancado y movido estos cubos, de modo que yacían oblicuamente, a veces apilados en pirámides, unos sobre otros. Lo más común era un acantilado rosa, con un bloque inclinado encima, y otro encima de éste, y otro, hasta que la masa rosada era un

montón de piedras en equilibrio que nacía de la enredada fantasía de las lianas. Al pie de los acantilados rosados había unas sendas estrechas y serpeantes. Podían subir de costado por ellas, hundidos en el mundo de las plantas, de cara a las rocas.

—¿Quién hizo estos caminos?

Jack se detuvo, secándose el sudor de la cara. Ralph estaba a su lado, sin aliento.

—¿Hombres?

Jack sacudió la cabeza.

—Animales.

Ralph escudriñó la oscuridad bajo los árboles. La selva vibraba levemente.

—Vamos.

Lo difícil no era el empinado ascenso a lo largo de las rocas, sino las ocasionales zambullidas entre las plantas para alcanzar la próxima senda. Aquí, las raíces y los tallos de las plantas rastreras formaban una maraña tal que los niños tenían que meterse entre ellos como agujas flexibles. La única guía, aparte el suelo oscuro y unos ocasionales centelleos de luz solar a través del follaje, era la orientación de la pendiente: saber si este sitio, donde se anudaban y entrelazaban las plantas, estaba más arriba que aquél.

De algún modo, subían.

Apresados en aquellas marañas, y quizá en el momento más difícil, Ralph se volvió hacia los otros con ojos brillantes.

—Magnifico.

—Extraordinario.

—Formidable.

La causa de aquel placer no era obvia. Los tres estaban acalorados, sucios, y exhaustos. Ralph estaba cubierto de rasguñones. Las trepadoras eran tan gruesas como sus muslos y sólo era posible pasar por unos estrechos túneles. Ralph gritó experimentalmente y escucharon los apagados ecos.

—Esto es una exploración de veras —dijo Jack—. Apuesto a que nadie estuvo aquí antes.

—Habría que dibujar un mapa —dijo Ralph—, pero no tenemos papel.

—Podemos hacer unas marcas en cortezas —dijo Simon—, y pasarles algo negro.

Otra vez la silenciosa comunión de los ojos brillantes en la sombra.

—Magnífico.

—Formidable.

No había lugar para ponerse cabeza abajo. Esta vez Ralph expresó la intensidad de su emoción fingiendo que derribaba a Simon, y pronto fueron una pila feliz y palpitante en la semioscuridad.

Cuando se apartaron, Ralph habló primero.

—Tenemos que seguir.

El granito rosado del acantilado próximo estaba más alejado de los árboles y lianas de modo que pudieron trotar sendero arriba. Llegaron así a un claro de la selva

desde donde se veía la extensión del mar. Con este claro llegó el sol, que secó el sudor que les había empapado las ropas en el calor oscuro y húmedo. Al fin el camino hacia la cima fue un amontonamiento de rocas rosadas, sin más zambullidas en la oscuridad. Los niños se abrieron paso entre desfiladeros y sobre piedras afiladas.

—¡Mira! ¡Mira!

En aquella cima de la isla, los fragmentos rocosos se alzaban en montones y chimeneas. Jack se apoyó en una piedra, que se movió con un gruñido cuando los niños la empujaron.

—Vamos…

Pero no era «vamos» a la cima. El asalto a las alturas debía esperar mientras aceptaban antes este desafío. La roca era tan grande como un motor de automóvil.

—¡Ahora!

Hacia adelante y hacia atrás, con el ritmo de la piedra.

—¡Ahora!

El péndulo se balancea todavía más, sube y alcanza su punto extremo.

—¡Ahora!

La gran roca titubeó, osciló en puntillas, decidió no volver, se movió en el aire, cayó, golpeó, giró, saltó zumbando y abrió un gran agujero en el pabellón de la floresta. Volaron pájaros y ecos, flotó un polvo rosado y blanco, los árboles de allá abajo se sacudieron como ante el paso de un monstruo furioso; y luego la isla calló.

—¡Formidable!

—¡Como una bomba!

—¡Jui-aa-uu!

Pasaron cinco minutos antes que pudieran apartarse de este triunfo. Pero al fin se fueron.

El camino hacia la cima fue más fácil desde entonces. Cuando alcanzaban el último tramo, Ralph se detuvo.

—¡Zambomba!

Estaban junto a una cavidad o semicavidad en la falda de la montaña. La cavidad estaba cubierta por una flor azul, alguna variedad de planta rocosa, que alcanzaba el borde de piedra y colgaba abundantemente sobre el dosel de la selva. El aire estaba inundado de mariposas que se alzaban, aleteaban, se posaban.

Más allá de la cavidad estaba la cima cuadrada de la montaña, y pronto estaban de pie allí, arriba.

Habían sospechado antes que aquello era una isla; mientras subían entre las rocas rosadas, con el mar a cada lado, y las alturas cristalinas del aire, habían sabido por algún instinto que el mar se extendía todo alrededor. Pero parecía más adecuado no pronunciar la última palabra hasta llegar a la cima y poder ver un horizonte circular de agua.

Ralph se volvió a los otros.

—Es nuestra.

Tenía la forma aproximada de un bote, con una joroba en este extremo, detrás de ellos, donde las rocas amontonadas descendían a la playa. A los lados, piedra, acantilados, cimas de árboles, y una falda empinada; adelante, el cuerpo del bote, un descenso más suave, adornado de árboles, con manchas rosadas, y luego la selva chata de la isla, de un verde denso, pero con una cola rosada en la punta. Allí, donde la isla se metía en el agua, había otra isla; una roca casi separada, que se alzaba como un fuerte, y que desde el otro extremo de la extensión verde los enfrentaba como un desnudo y rosado bastión.

Los niños examinaron todo esto, y luego miraron el mar. Estaban allá arriba y había avanzado la tarde ningún espejismo enturbiaba la escena.

—Eso es un arrecife. Un arrecife de coral. Vi fotografías.

El arrecife rodeaba más de un lado de la isla, y parecía extenderse a un kilómetro y medio de distancia, y paralelamente a lo que llamaban ahora la playa de ellos. El coral asomaba en el océano como si un gigante se hubiese inclinado a reproducir la forma de la isla con una flotante línea de tiza, pero si hubiera cansado antes de terminar. Adentro el agua tenía los colores del pavo real, las piedras y las plantas se veían como en un acuario; afuera, se extendía el azul oscuro del océano. La marea dejaba largas estelas de espuma que se abrían a los lados del arrecife, y durante un instante los niños sintieron que el bote avanzaba firmemente, de popa.

Jack apuntó con la mano.

—Ahí aterrizamos.

Más allá de los desfiladeros y acantilados se veía una incisión que cruzaba la selva; allí estaban los troncos destrozados y luego la abertura; sólo quedaba una franja de palmeras entre la cicatriz y el mar. Allí, también, sobresaliendo en la laguna, estaba la plataforma, con figuras como insectos que se movían cerca.

Ralph mostró una línea retorcida que bajaba por la ladera desde la cima desnuda, una zanja entre flores que zigzagueaba y bajaba a la roca donde empezaba la cicatriz.

—Ese es el camino de vuelta más rápido.

Con los ojos brillantes, las bocas abiertas, triunfantes, saborearon los derechos de la dominación. Estaban animados; eran amigos.

—No hay humo de aldeas, y tampoco botes —dijo Ralph juiciosamente—. Nos aseguraremos más tarde, pero creo que está deshabitada.

—Conseguiremos comida —gritó Jack—. Cazaremos. Agarraremos cosas… hasta que vengan a buscarnos.

Simon los miraba a los dos, sin decir nada, pero asintiendo con la cabeza de modo que el pelo negro le caía hacia adelante y hacia atrás; le brillaba la cara.

Ralph miró hacia abajo, el otro lado donde no había arrecife.

—Más empinado —dijo Jack.

Ralph unió las manos como una copa.

—Ese pedazo de selva ahí… lo sostiene la montaña.

Todas las salientes de la montaña sostenían árboles… Flores y árboles. De pronto

la selva se agitó, rugió, se sacudió. Las extensiones más cercanas de flores rocosas se estremecieron y durante medio minuto la brisa les refrescó las caras.

Ralph abrió los brazos.

—Toda nuestra.

Se rieron y brincaron y gritaron en la montaña.

—Tengo hambre.

Cuando Simon mencionó su hambre los otros también sintieron hambre.

—Vamos —dijo Ralph—. Ya hemos descubierto lo que queríamos saber.

Bajaron gateando una pendiente rocosa, se metieron entre las flores y se abrieron paso bajo los árboles. Aquí hicieron una pausa y examinaron curiosamente los matorrales de alrededor.

Simon habló primero.

—Como velas. Matas de velas. Flores de velas.

Los matorrales eran aromáticos y de un color verde oscuro, y muchos de los capullos, de un verde de cera, se plegaban protegiéndose de la luz. Jack le tiró una cuchillada a una de las flores y el aroma se esparció sobre ellos.

—Flores de velas.

—No puedes encenderlas —dijo Ralph—. Parecen velas, nada más.

—Velas verdes —dijo Jack desdeñosamente—, no podemos comerlas. Adelante.

Estaban internándose en la espesa floresta, arrastrando fatigosamente los pies por un sendero, cuando oyeron los ruidos —chillidos—, y el duro golpeteo de las pezuñas en la tierra. A medida que avanzaban, crecían los chillidos, hasta que fueron un frenesí. Encontraron al cerdito atrapado en una cortina de lianas, arrojándose a sí mismo a los elásticos lazos en la locura de un terror extremo. Su voz era aguda, chillona, e insistente. Los tres niños se adelantaron; corriendo y Jack sacó otra vez su cuchillo con un movimiento giratorio. Alzó el brazo en el aire. Hubo una pausa, un hiato, el cerdo siguió chillando y las lianas sacudiéndose, y la hoja brillando en el extremo de un brazo huesudo. La pausa fue bastante larga para que los tres entendieran la enormidad que sería el golpe. En ese momento el cerdito se libró de las lianas y se escurrió entre los matorrales bajos. Los niños se quedaron mirándose y clavando los ojos en el sitio del terror. La cara de Jack estaba blanca bajo las pecas. Advirtió que aun mantenía el cuchillo en alto y bajó el brazo metiendo otra vez la hoja en la vaina. Luego los tres se rieron, avergonzados, y subieron de nuevo a la senda.

—Estaba eligiendo el sitio —dijo Jack—. Estaba pensando en donde dar el golpe.

—Al cerdo hay que acuchillarlo —dijo Ralph fieramente—. Siempre hablan de acuchillar al cerdo.

—Hay que cortarles el pescuezo para que salga la sangre —dijo Jack—, de otro modo no puedes comerlo.

—¿Por qué tú no…?

Sabían muy bien por qué: por la enormidad del cuchillo que iba a caer y cortar la

carne viva, por la sangre insoportable.

—Iba a hacerlo —dijo Jack. Marchaba adelante y no podían verle la cara—. Estaba eligiendo el sitio. ¡La próxima vez…!

Sacó el cuchillo de la vaina y lo hundió en el tronco de un árbol. La próxima vez no habría misericordia. Miró fieramente alrededor, desafiándolos a que lo contradijeran. Luego salieron al sol y durante un rato, estuvieron ocupados en buscar y devorar comida mientras avanzaban por la cicatriz hacia la plataforma y la reunión.

2

Fuego en la montaña

CUANDO RALPH terminó de soplar el caracol los niños se apretaban ya en la plataforma. Había diferencias entre esta reunión y la de la mañana. El sol de la tarde caía oblicuamente desde el otro lado de la plataforma y la mayoría de los niños, sintiendo demasiado tarde el escozor de las quemaduras de sol, se había puesto las ropas. El coro, ahora notablemente menos un grupo, se había desembarazado de las túnicas.

Ralph se sentó en un tronco caído, con el sol a su izquierda. A su derecha estaba la mayor parte del coro; del otro lado los niños mayores que no se habían conocido antes de la evacuación; ante él unos niños pequeños en cuclillas en la hierba.

Silencio ahora. Ralph se puso el caracol blanco y rosado en las rodillas y una brisa repentina pasó levemente sobre la plataforma. No sabía si debía incorporarse o quedarse sentado. Miró de reojo a su izquierda, hacia el estanque. Piggy estaba allí cerca, pero no ofrecía ninguna ayuda.

Ralph carraspeó.

—Bien entonces.

Enseguida descubrió que podía hablar fluentemente y explicar lo que tenía que decir. Se pasó una mano por el pelo rubio.

—Estamos en una isla —dijo—. Estuvimos en la cima de la montaña y vimos agua todo alrededor. No vimos casas, ni humo, ni huellas de pies, ni botes, ni gente. Estamos en una isla desierta.

Jack lo interrumpió.

—De todos modos necesitamos un ejército… para cazar. Cazar cerdos.

—Sí. Hay cerdos en la isla.

Los tres trataron de describir la escena de la criatura rosada que luchaba entre las trepadoras.

—Vimos…

—Chillando…

—Se escapó…

—Antes que yo pudiera matarlo… ¡Pero la próxima vez…!

Jack hundió el cuchillo en un tronco y miró alrededor desafiante.

La reunión volvió a sus cauces.

—Así que ya veis —dijo Ralph—, necesitamos cazadores para conseguir comida. Y otra cosa.

Alzó el caracol de sus rodillas y miró alrededor las caras heridas por el sol.

—No hay gente mayor. Tendremos que cuidar de nosotros mismos.

La reunión murmuró y calló.

—Y otra cosa. No es posible que todos hablen a la vez. Tenemos que alzar las manos como en la escuela.

Sostuvo el caracol ante su cara y miró en torno.

—Luego pasaré el caracol.

—¿El caracol?

—Sí. Se lo daré a la persona que va a hablar. Podrá tenerlo mientras habla.

—Pero…

—Oye…

—Y nadie lo interrumpirá. Excepto yo.

Jack estaba de pie.

—¡Tendremos reglas! —gritó excitadamente—. ¡Muchas reglas! Luego cuando alguien no las cumpla…

—¡Jui-oo!

—¡Zas!

—¡Pum!

—¡Tam!

Ralph sintió que le sacaban el caracol del regazo. Luego Piggy apareció acunando el gran caracol blanco y los gritos murieron. Jack, aún de pie, miró titubeando a Ralph que sonrió y palmeó el tronco. Jack se sentó. Piggy se sacó los lentes y miró parpadeando a la asamblea mientras se los limpiaba en la camisa.

—Interrumpimos a Ralph. No le dejamos decir lo más importante.

Hizo una dramática pausa.

—¿Quién sabe que estamos aquí? ¿Eh?

—Lo saben en el aeropuerto.

—El hombre de la trompeta…

—Mi papá.

Piggy se puso los anteojos.

—Nadie sabe dónde estamos —dijo. Estaba más pálido que antes y le faltaba el aliento—. Quizá sabían a dónde íbamos, y quizá no. Pero no saben dónde estamos porque nunca llegamos allá.

Los miró boqueando un momento, luego se balanceó y se sentó. Ralph le tomó el caracol de las manos.

—Eso es lo que yo iba a decir —continuó—, cuando todos vosotros, todos… —Miró las caras atentas—. El aeroplano cayó incendiado. Nadie sabe dónde estamos. Podemos pasar aquí mucho tiempo.

El silencio era tan completo que podían oír la entrecortada respiración de Piggy. Los rayos oblicuos del sol doraban la mitad de la plataforma. Las brisas que en la laguna habían seguido a los niños como gatitos cruzaban ahora la plataforma y se internaban en la floresta. Ralph se echó hacia atrás el mechón rubio que le caía sobre

la frente.

—Así que podemos estar aquí mucho tiempo.

Nadie dijo nada. Ralph sonrió de pronto con una mueca.

—Pero esta es una buena isla. Nosotros… Jack, Simon y yo, subimos a la montaña. Es formidable. Hay comida y bebida, y…

—Rocas…

—Flores azules…

Piggy, recuperado en parte, señaló el caracol en manos de Ralph y Jack y Simon callaron. Ralph continuó.

—Mientras esperamos podemos pasar un buen tiempo en esta isla.

Hizo un amplio ademán.

—Es como en un libro.

Y enseguida estalló un clamor.

—La Isla del Tesoro…

—El mundo del Amazonas…

—La Isla de Coral…

Ralph agitó el brazo con el caracol.

—Es nuestra isla. Es una buena isla. Hasta que los mayores vengan a buscarnos nos divertiremos.

Jack alargó la mano hacia el caracol.

—Hay cerdos —dijo—. Hay comida, y agua para lavarse en ese arroyo de ahí… y todo. ¿Nadie descubrió otra cosa?

Le devolvió el caracol a Ralph y se sentó. Aparentemente nadie había descubierto nada.

Los más grandes vieron por primera vez al niño cuando empezó a resistirse. Un grupo de chicos menores lo urgía a que se adelantara, y él no quería ir. Era un niño menudo, de unos seis años, y en un lado de la cara tenía una mancha violácea de nacimiento. Estaba de pie ahora, desviado de la perpendicular por la luz enceguecedora de la publicidad, y hundía un pie en la hierba dura. Murmuraba y parecía que iba a llorar.

Los otros chicos, susurrando pero serios, lo empujaron hacia Ralph.

—Muy bien —dijo Ralph—, adelante.

El niñito miró alrededor aterrorizado.

—¡Habla!

El pequeño extendió las manos hacia el caracol y la asamblea estalló en risas; el niño retiró enseguida las manos y se echó a llorar.

—¡Él también puede tener el caracol! —gritó Piggy—. ¡Él también!

Al fin Ralph lo convenció de que tomara el caracol, pero el ruido de las carcajadas se llevaba la voz del niño. Piggy se arrodilló a su lado, con una mano en la caparazón, y escuchó e interpretó para la asamblea.

—Quiere saber qué vamos a hacer con la cosa serpiente.

Ralph se rio y los otros niños se rieron con él. El niño pequeño se retorció hundiéndose más en sí mismo.

—Cuéntanos de la cosa serpiente.

—Ahora dice que era una bestia.

—¿Una bestia?

—Una cosa serpiente. Muy grande. Él la vio.

—¿Dónde?

—En los bosques.

Las brisas errantes o quizás la declinación del sol permitieron que un aire fresco quedara bajo los árboles. Los niños lo sintieron y se agitaron inquietos.

—En una isla de este tamaño no puede haber una bestia, una serpiente —explicó Ralph bondadosamente—. Sólo en los grandes países, como África o la India.

Un murmullo, y el grave movimiento de cabezas que asentían.

—Dice que la bestia apareció en la oscuridad.

—¡Entonces no pudo verla!

Risas y gritos.

—¡Dice que la vio en la oscuridad!

—Dice todavía que vio a la bestia. Vino y se fue y volvió y quería comerlo…

—Estaba soñando.

Riéndose, Ralph miró alrededor buscando confirmación en el círculo de caras. Los niños mayores estaban de acuerdo, pero aquí y allí entre los más chicos había una duda que requería algo más que pruebas racionales.

—Debe de haber tenido una pesadilla. Tropezando entre todas esas plantas.

Otros graves movimientos afirmativos de cabeza; ellos sabían de pesadillas.

—Dice que vio a la bestia, la serpiente. ¿Volverá esta noche?

—¡Pero no hay ninguna bestia!

—Dice que a la mañana se transforma en cosas como cuerdas en los árboles y cuelga de las ramas. Pregunta si volverá esta noche.

—¡Pero no hay ninguna bestia!

No había más risas ahora, y sí más miradas graves. Ralph se pasó las manos por el pelo y miró al niño pequeño divertido y exasperado a la vez.

Jack tomó el caracol.

—Ralph tiene razón por supuesto. No hay ninguna serpiente. Pero si la hay, nosotros la cazaremos y la mataremos. Vamos a cazar cerdos para tener comida para todos. Y buscaremos también a la serpiente…

—¡Pero no hay ninguna serpiente!

—Estaremos seguros cuando vayamos a cazar.

Ralph se sintió molesto y, durante un instante, derrotado. Tenía ante él algo inasible. En los ojos que lo miraban tan atentamente no había humor.

—¡Pero no hay ninguna bestia!

Algo que no sabía que estaba allí se había alzado en él y lo obligaba a explicar en

voz alta, una y otra vez.

—¡Pero os digo que no hay ninguna bestia!

La asamblea callaba.

Ralph alzó de nuevo el caracol y cuando pensó en lo que quería decir recobró el buen humor.

—Ahora llegamos a lo más importante. He estado pensando. He estado pensando mientras subíamos a la montaña. —Lanzó una mueca de complicidad a los otros dos —. Y en la playa hace un momento. Y pensé lo siguiente. Queremos divertirnos. Y queremos que nos rescaten.

El apasionado ruido de conformidad de la asamblea lo golpeó como una ola, y perdió el hilo. Pensó otra vez.

—Queremos que nos rescaten; y naturalmente nos rescatarán.

Un balbuceo. Esta simple declaración, que no tenía otro peso que el de la nueva autoridad de Ralph, traía luz y felicidad. Ralph tuvo que agitar la mano con el caracol para que lo escucharan de nuevo.

—Mi padre está en la marina. Decía que no hay islas desconocidas. Dice que la Reina tiene un gran cuarto lleno de mapas y allí están dibujadas todas las islas del mundo. De modo que la Reina tiene un cuadro de esta isla.

Otra vez los sonidos de alegría y mejor ánimo.

—Y tarde o temprano un barco pasará por aquí. Puede ser el barco de papá. Así que ya veis, tarde o temprano, nos rescatarán.

Hizo una pausa, terminada la explicación. Con sus palabras había llevado la seguridad a la asamblea. Ralph les gustaba, y ahora lo respetaban. Espontáneamente empezaron a aplaudir, y pronto los aplausos resonaron en toda la plataforma. Ralph enrojeció, observando de reojo la franca admiración de Piggy, y mirando luego al otro lado donde Jack sonreía afectadamente y mostraba que él también sabía aplaudir.

Ralph agitó el caracol.

—¡Silencio! ¡Un momento!

Siguió hablando en el silencio, apoyado en su triunfo.

—Hay otra cosa. Podemos ayudarlos a que nos encuentren. Si un barco se acerca a la isla es posible que no nos vean. Así que debemos hacer humo en la cima de la montaña. Debemos hacer una hoguera.

—¡Una hoguera! ¡Hagamos una hoguera!

La mitad de los niños ya estaba de pie. Jack gritaba entre ellos olvidado del caracol.

—¡Vamos! ¡Adelante!

En el espacio bajo las palmeras había ruido y movimiento. Ralph estaba de pie también, pidiendo silencio, pero nadie lo oía. La multitud se alejó hacia el interior de la isla y desapareció… siguiendo a Jack. Hasta los niños más pequeños se fueron también abriéndose paso entre las hojas y las ramas rotas. Ralph se quedó sosteniendo el caracol, solo con Piggy.

La respiración de Piggy era casi normal.

—¡Como chicos! —gritó despreciativamente—. ¡Son como una banda de chicos!

Ralph lo miró titubeando y dejó el caracol en el tronco.

—Apuesto a que ya pasó la hora del té —dijo Piggy—. ¿Qué piensan que van a hacer en esa montaña?

Acarició respetuosamente el caracol, luego se detuvo y alzó los ojos.

—¡Ralph! ¡Eh! ¿A dónde vas?

Ralph trepaba ya entre las primeras filas de ramas rotas de la cicatriz. Allá adelante, muy lejos, se oían crujidos y risas.

Piggy lo miró con disgusto.

—Como una banda de chicos…

Suspiró, se inclinó, y se ató los cordones de los zapatos. El ruido de la errante asamblea se perdió en las alturas de la montaña. Luego, con la martirizada expresión de un padre que ha de soportar el entusiasmo insensato de los niños, recogió el caracol, se volvió hacia la floresta, y se internó en la cicatriz.

Del otro lado de la cima de la montaña había una plataforma de árboles. Una vez más Ralph se descubrió imitando una copa con las manos.

—Allá abajo podemos recoger toda la madera que querramos.

Jack asintió con un movimiento de cabeza y se tiró del labio inferior. El grupo de árboles, que nacía a sus pies a unos cincuenta metros, en la pendiente más abrupta de la montaña, parecía estar destinado a servir de combustible. Los árboles, impulsados por el calor húmedo, habían encontrado allí poco suelo, y caían pronto, y se pudrían. Los envolvían las trepadoras, y nuevos retoños buscaban cómo subir a la luz.

Jack se volvió hacia el coro, que estaba de pie, esperando. Las gorras negras les caían sobre una oreja, como birretes.

—Haremos una pira. Vamos.

Buscaron el camino más adecuado y empezaron a tironear de la madera muerta. Y los niños pequeños que habían llegado a la cima bajaron resbalando hasta que todos excepto Piggy estuvieron ocupados. La mayor parte de la madera estaba tan podrida que cuando tiraban de ella se deshacía en una lluvia de fragmentos y carcoma y podredumbre; pero algunos troncos salían enteros. Los gemelos, Sam y Eric, fueron los primeros en conseguir un leño apropiado, pero nada pudieron hacer hasta que Ralph, Jack, Simon, Roger y Maurice encontraron donde poner la mano para alzar el tronco. Luego subieron palmo a palmo por la roca con la grotesca cosa muerta y la dejaron caer en la cima. Cada grupo de niños añadió su cuota, más o menos grande, y la pira creció. Al regresar Ralph se encontró solo con Jack ante un leño y sonriéndose compartieron la carga. Una vez más, envueltos en la brisa, los gritos, la luz oblicua del sol en la alta montaña, sintieron aquel encanto, aquella rara invisible luz de amistad, aventura, y alegría.

—Casi demasiado pesado.

Jack respondió con la mueca de una sonrisa.

—No para los dos.

Juntos, unidos en el esfuerzo, subieron trastabillando la pendiente. Juntos, gritaron ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!, y lanzaron el leño a la gran pira. Luego dieron un paso atrás, riendo con un triunfante placer, de modo que Ralph tuvo que ponerse inmediatamente cabeza abajo. A sus pies, los niños trabajaban todavía, aunque los más pequeños habían perdido interés y estaban examinando esta nueva floresta en busca de fruta. Los gemelos, con inesperada inteligencia, subieron a la cima con brazadas de hojas secas y las descargaron contra la pira. Uno por uno, a medida que les parecía que la pira estaba completa, los niños dejaban de ir a buscar más madera y se quedaban allí, de pie, en el centro de la rocosa y rosada cima. La respiración se hacía más pausada, y se les secaba el sudor.

Ralph y Jack se miraron mientras los otros esperaban cerca. El vergonzoso conocimiento crecía en ellos y no sabían cómo confesarlo.

Ralph habló primero, con la cara roja.

—¿Quieres?

Se aclaró la garganta y continuó:

—¿Quieres encender el fuego?

Ahora la absurda situación era evidente. Jack enrojeció también. Murmuró vagamente.

—Hay que frotar dos varas. Hay que…

Lanzó una ojeada a Ralph, que soltó la última confesión de incompetencia.

—¿Alguien tiene fósforos?

—Haces un arco y luego das vueltas a la flecha —dijo Roger. Se frotó las manos imitando el movimiento—. Psss. Psss.

Un aire suave sopló sobre la montaña. Piggy apareció en ese momento, en pantalones cortos y camisa, saliendo con cuidado y trabajosamente de la selva, y el sol de la tarde brillándole en los anteojos. Tenía el caracol bajo el brazo.

—¡Piggy! ¿Tienes fósforos? —le gritó Ralph.

Los otros niños repitieron el grito hasta que resonó en la montaña. Piggy sacudió la cabeza y se acercó a la pira.

—¡Caramba! Es un gran montón, ¿no?

Jack apuntó de pronto.

—¡Sus anteojos! ¡Podemos usarlos como lentes de aumento!

Piggy fue rodeado antes que pudiese retroceder.

—¡Por favor, quietos! —Su voz se alzó hasta ser un chillido de terror cuando Jack le arrancó los anteojos de la cara—. ¡Cuidado! ¡Devuélvemelos! ¡Vas a romper el caracol!

Ralph lo apartó con un codazo y se arrodilló junto a la pira.

—Sal de la luz.

Hubo empujones y tirones y gritos oficiosos. Ralph movió los lentes hacia atrás y adelante, de este modo y aquel, hasta que una lustrosa imagen blanca del sol poniente se posó en un trozo de madera podrida. Casi enseguida se alzó un delgado hilo de humo, haciéndolo toser. Jack se arrodilló también y sopló suavemente, de modo que el humo flotó alejándose, y se hizo más espeso, y apareció una llamita. Casi invisible al principio a la brillante luz del sol, envolvió una ramita, creció, se enriqueció de color, y alcanzó una rama que estalló con un agudo crujido. La llama, batió subiendo todavía más y los niños rompieron en vivas.

—¡Mis lentes! —aulló Piggy—. ¡Dame mis lentes!

Ralph se apartó de la pira y puso los anteojos en las manos tanteantes de Piggy. La voz de Piggy se redujo a un murmullo.

—Sólo manchas, eso es todo. Apenas me veo la mano…

Los niños bailaban. La madera estaba tan podrida, y ahora tan seca, que leños enteros se entregaban apasionadamente a las llamas amarillas que se alzaban y sacudían una gran barba de fuego de más de diez metros de altura. En metros alrededor se sentía el calor como un golpe, y la brisa era un río de chispas. Los troncos caían como polvo blanco.

Ralph gritó.

—¡Más madera! ¡Traed todos más madera!

La vida se convirtió en una carrera con el fuego y los niños se desparramaron por la alta floresta. El fin inmediato era que una clara bandera de fuego flamease en la montaña y nadie miraba más allá. Hasta los niños más pequeños, a no ser que los frutos los reclamasen, trajeron trocitos de madera y los tiraron al fuego. El aire se movió un poco más rápidamente y se transformó en un viento suave, de modo que el sotavento se distinguía claramente del barlovento. En un lado el aire era fresco, pero en el otro el fuego extendía un salvaje brazo de llamas que rizaba el pelo en un instante. Los niños que sintieron el viento de la tarde en las caras húmedas se detuvieron a disfrutar del fresco, y pronto descubrieron que estaban exhaustos. Se tendieron en las sombras entre las rocas. La barba de fuego disminuyó rápidamente; luego la pira cayó hacia adentro con un ruido blando, de cenizas, y alzó un gran árbol de chispas que se dobló alejándose y flotó en el viento. Los niños descansaban, jadeando como perros.

Ralph alzó la cabeza de los antebrazos.

—Eso no es bueno.

Roger escupió eficientemente en el polvo cálido.

—¿Qué quieres decir?

—No hay humo. Sólo fuego.

Piggy se había instalado en una saliente entre dos rocas, y estaba sentado con el caracol en las rodillas.

—Hicimos un luego que no sirve para nada —dijo—. Es inútil. No podemos tener siempre encendido un fuego así.

—Tú hiciste mucho —dijo Jack despreciativamente—. Te quedaste sentado.

—Usamos sus lentes —dijo Simon, tiznándose una mejilla con el antebrazo—. Ayudó de ese modo.

—Tengo el caracol —dijo Piggy indignado—. ¡Tengo derecho a hablar!

—El caracol no cuenta en la cima de la montaña —dijo Jack—, así que cállate.

—Tengo el caracol en la mano.

—Hay que echar ramas verdes —dijo Maurice—. Es el mejor modo de conseguir humo.

—Tengo el caracol…

Jack se volvió, furiosamente.

—¡Tú cállate!

Piggy enmudeció. Ralph le sacó el caracol y miró alrededor el círculo de niños.

—Nombraremos gente especial para que cuide el fuego. Cualquier día puede aparecer allá un barco —movió el brazo hacia el tirante alambre del horizonte—, y si les enviamos una señal vendrán y nos llevarán. Y otra cosa. Debemos tener más reglas. Donde esté el caracol hay una reunión. Lo mismo aquí que allá abajo.

Los otros asintieron. Piggy abrió la boca para hablar, vio la mirada de Jack, y la cerró otra vez. Jack alargó las manos hacia el caracol y se incorporó, sosteniendo cuidadosamente aquella cosa delicada en las manos sucias de hollín.

—Estoy de acuerdo con Ralph. Hay que tener reglas y obedecerlas. Después de todo, no somos salvajes. Somos ingleses, y los ingleses son mejores en todas las cosas. Así que debemos hacer lo mejor.

Se volvió a Ralph.

—Ralph… dividiré el coro… es decir, mis cazadores, en grupos, y cuidaremos el fuego…

Esta generosidad arrancó a los niños una lluvia de aplausos, de modo que Jack les sonrió mostrando los dientes, y luego movió el caracol en el aire pidiendo silencio.

—Dejaremos que el fuego se apague ahora. ¿Quién vería humo de noche, de todos modos? Y podemos encender otro fuego cuando queramos. Los altos pueden cuidar del fuego esta semana, y los tiples la próxima…

La asamblea asintió gravemente.

—Y haremos de vigías también. Si vemos un barco allá —los ojos de los demás siguieron la dirección del brazo huesudo—, echaremos ramas verdes a la hoguera. Así habrá más humo.

Todos miraron atentamente el denso azul del horizonte, como si en cualquier momento pudiese aparecer una pequeña silueta.

El sol era en el oeste una gota de oro ardiente que resbalaba más y más hacia el umbral del mundo. Todos de pronto sintieron la noche, que era el fin de la luz y el calor.

Roger tomó el caracol y se volvió hacia los otros sombríamente.

—Estuve mirando el mar. No hay huellas de un barco. Quizás no nos rescaten

nunca.

Un murmullo se alzó y apagó. Ralph tomó otra, vez el caracol.

—Dije antes que nos rescatarán alguna vez. Sólo tenemos que esperar; eso es todo.

Audaz, indignado, Piggy tomó el caracol.

—¡Eso mismo dije yo! Hablé de las reuniones y cosas y me hicieron callar…

La voz de Piggy se alzó en un chillido de virtuosa recriminación. Los niños se agitaron y le gritaron.

—Queríamos un fueguito y la pira parecía una parva. Si digo algo —gritó Piggy con amargo realismo— me dicen que me calle, pero si Jack o Maurice o Simon…

Hizo una pausa en el tumulto, de pie, mirando más allá de ellos, allá abajo, en el lado enemigo de la montaña, el lugar de donde habían traído la madera seca. Luego se rio de un modo tan raro que todos bajaron la voz mirando asombrados el reflejo en sus anteojos. Siguieron su mirada y descubrieron qué era aquella amarga broma.

—Ahí tienen el fueguito que querían.

El humo se elevaba aquí y allí, entre las trepadoras que festoneaban los árboles muertos o agonizantes. Mientras miraban, una llamarada apareció en las raíces de un tronco, y enseguida el humo fue más espeso. Unas llamitas se movieron por el cuerpo de un árbol y se arrastraron entre hojas y matorrales, dividiéndose y creciendo. Una lengua de fuego tocó un tronco y trepó por él como una ardiente ardilla. Él humo aumentó, se separó, rodó en olas. La ardilla saltó en alas del viento y se tomó de otro árbol y bajó devorándolo. El fuego se agazapó en la floresta bajo el oscuro dosel de hojas y humo y se puso a roer. Acres de humo negro y amarillo rodaron firmemente hacia el mar. A la vista de las llamas, y el irresistible curso del viento, los niños rompieron en unos vivas agudos y excitados. Las llamas, como si tuvieran una vida salvaje, se arrastraron —como un jaguar que se arrastra sobre el vientre— hacia una línea de retoños parecidos a abedules, que bordeaban un afloramiento de la roca rosada. Saltaron al primero de los árboles, y luego pasaron balanceándose y chamuscando por toda la fila. A los pies de los niños, medio kilómetro cuadrado de floresta era una furia de llamas y humo. Los ruidos distintos del fuego se fundieron en un tamborileo que pareció sacudir la montaña.

—Ahí tienen el fueguito que querían.

Sorprendido, Ralph advirtió que los niños estaban quedándose callados y quietos, y que el poder desencadenado allá abajo empezaba a angustiarlos. La comprensión y esa misma angustia lo enfurecieron.

—¡Oh, cállate!

—Tengo el caracol —dijo Piggy con una voz herida—. Tengo derecho a hablar.

Lo miraron con ojos sin interés, y el oído atento al tamborileo del fuego. Piggy echó nerviosamente una ojeada a las llamas, y se abrazó al caracol.

—Tenemos que dejarlo arder. Y ésa era nuestra leña.

Se lamió los labios.

—Nada podemos hacer. Tenemos que ser más cuidadosos. Tengo miedo…

Jack apartó los ojos del fuego.

—Tú siempre tienes miedo. Sí. ¡Fatty!

—Tengo el caracol —dijo Piggy débilmente. Se volvió hacia Ralph—. Tengo el caracol, ¿no es cierto, Ralph?

De mala gana Ralph dejó de mirar la espléndida y terrible escena.

—¿Qué ocurre?

—El caracol. Tengo derecho a hablar.

Los mellizos se rieron entre dientes, juntos.

—Queríamos humo…

—¡Mira ahora…!

Una humareda se extendía a lo largo de kilómetros desde la isla. Todos los niños excepto Piggy contuvieron la risa y al fin estallaron en chillonas carcajadas.

Piggy perdió la paciencia.

—¡Tengo el caracol! ¡Escuchad! Lo primero que tenemos que hacer son refugios allá en la playa. No hace ni la mitad de frío allá de noche. Pero lo primero que hicisteis cuando Ralph habló de una hoguera fue escapar chillando y gritando a esta montaña. ¡Como una banda de chicos!

Por este entonces todos escuchaban ya la tirada.

—¿Cómo van a rescatarnos si no ponemos primero las cosas primeras y no obramos propiamente?

Se sacó los anteojos e hizo un ademán como si fuera dejar el caracol en el suelo, pero los niños mayores se adelantaron con rapidez y cambió de parecer. Apretó el caracol bajo el brazo y se apoyó de espaldas en la roca.

—Luego llegamos aquí, hicimos un fuego que no sirve, y ahora arde toda la isla. Qué gracioso sí arde toda la isla. Fruta cocida, eso es lo que tendremos que comer, y cerdo asado. ¡Y eso no es cosa de risa! Dijeron que Ralph era jefe y no lo dejan pensar. Luego cuando dice algo todos corren, como, como…

Hizo una pausa tomando aliento y el fuego les gruñó.

—Y esto no es todo. Los chicos. Los pequeños. ¿Quién se fijó en ellos? ¿Quién sabe cuántos tenemos?

Ralph dio un rápido paso adelante.

—Te lo dije. ¡Te dije que hicieses una lista de nombres!

—¿Cómo podía hacerlo solo? —gritó Piggy indignado—. Esperaban dos minutos y luego se metían en el mar, o entraban en el bosque. Se desparramaban por todas partes. ¿Cómo podía saber yo quién era quién?

Ralph se pasó la lengua por unos labios pálidos.

—¿Entonces no sabes cuántos debemos ser?

—¿Cómo podría saberlo con los pequeños que corrían alrededor como bichos? Luego, en la asamblea, tan pronto como tú hablaste de hacer un fuego, todos escaparon, y nunca tuve la posibilidad…

—¡Basta! —dijo Ralph con una voz cortante, y le arrebató a Piggy el caracol—. Si no lo hiciste, no lo hiciste.

—… luego subimos aquí y me sacaron los lentes…

Jack se volvió hacia él.

—¡Cállate!

—… y los pequeños andaban por allá abajo donde está el incendio. ¿Cómo sabemos que no están todavía allí?

Piggy se incorporó y señaló el humo y las llamas. Un murmullo se alzó entre los niños y murió. Algo raro le ocurría a Piggy; boqueaba.

—Aquel chico —jadeó Piggy— de la marca en la cara. No lo veo. ¿Dónde está?

Hubo un silencio de muerte.

—El que hablaba de las serpientes. Estaba allá abajo…

Un árbol estalló en el aire como una bomba. Los altos tallos de unas trepadoras se alzaron un momento, agonizaron, y cayeron otra vez. Los niños más pequeños gritaron.

—¡Serpientes! ¡Serpientes! ¡Mirad las serpientes!

En el oeste, desatendido, el sol flotaba a un centímetro o dos sobre el mar. Una luz roja iluminaba desde abajo las caras de los niños. Piggy trastabilló y se tomó de una roca.

—Aquel chico de la marca en la… cara… ¿Dónde está ahora? No lo veo.

Los niños se miraron unos a otros, asustados, incrédulos.

—¿Dónde está ahora?

Ralph murmuró una respuesta, como avergonzado.

—Quizás volvió al, al…

Abajo, en el lado enemigo de la montaña, continuaba el redoble de tambores.

3

Chozas en la playa

JACK ESTABA doblado sobre sí mismo, agachado como un corredor, con la nariz a unos pocos centímetros de la tierra húmeda. Los troncos de los árboles y las trepadoras que los festoneaban se perdían en una sombra verde a diez metros de altura, y alrededor crecían las malezas. Había aquí la más débil indicación de una pista; una ramita quebrada, y lo que podía ser la impresión de un borde de pezuña. Bajó el mentón y miró fijamente las huellas como si pudiese obligarlas a que le hablasen. Luego, como un perro, incómodamente, sobre manos y pies, pero sin atender a su incomodidad, avanzó cinco metros y se detuvo. Aquí un zarcillo colgaba de un nudo, en el lazo de una trepadora. El zarcillo había sido pulido en el borde inferior; los cerdos, al pasar por el lazo, lo frotaban con el lomo hirsuto.

Jack se quedó agachado a unos pocos centímetros de esta pista, y luego miró fijamente hacia adelante en la semioscuridad de las malezas. Tenía el pelo rojo considerablemente más largo que cuando habían caído en la isla, y también más claro; y su espalda desnuda estaba cubierta de pecas y pellejos de las quemaduras de sol. En la mano derecha llevaba un palo afilado de un metro y medio de largo, y no tenía otra ropa que un par de andrajosos pantalones cortos sostenidos por la correa donde llevaba el cuchillo. Cerró los ojos, alzó la cabeza y respiró muy suavemente por la nariz, buscando información en el aire cálido. La selva y él estaban muy quietos.

Al fin dejó escapar el aire con un gran suspiro y abrió los ojos. Eran de un azul brillante, ojos que en esta frustración parecían centelleantes y casi furiosos. Se pasó la lengua por los labios y examinó la poco comunicativa floresta. Luego se adelantó otra vez mirando el suelo aquí y allá.

El silencio de la selva era más opresivo que el calor, y a esta hora del día no se oía ni siquiera la voz de los insectos. Sólo cuando él mismo sobresaltó a un pájaro chillón, que descansaba en un nido de ramitas, se quebró el silencio, y los ecos repitieron el duro grito que parecía venir de los abismos de las edades, Jack se encogió ante este grito, respirando entre dientes con un siseo, y durante un minuto fue menos un cazador que una criatura furtiva, algo parecido a un mono entre la confusión de los árboles. Luego la pista, la frustración; lo reclamaron otra vez, y examinó el suelo ávidamente. Junto al tronco gris de un árbol enorme, en un sitio donde crecían unas flores pálidas, cerró los ojos y volvió a aspirar el aire cálido. Esta vez expiró brevemente, una fugaz palidez le cruzó la cara, y luego de nuevo corrió la sangre. Pasó como una sombra bajo la oscuridad del árbol, y se agachó, mirando la

senda trillada a sus pies.

Los excrementos estaban tibios aún. Se apilaban en la tierra revuelta. Eran de un verde oliva, lisos, y humeaban un poco. Jack alzó la cabeza y miró las inescrutables trepadoras que cruzaban la senda. Luego alzó su lanza y se escurrió hacia adelante. Más allá de las trepadoras, la pista se unía a unas huellas bastante numerosas como para ser una senda. El suelo estaba endurecido por el continuo paso de los animales, y Jack oyó al incorporarse que algo se movía. Echó hacia atrás el brazo derecho y arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Del sendero de los cerdos llegó el golpeteo rápido y duro de los cascos, un ruido de castañuelas, seductor, enloquecedor… la promesa de comida. Salió rápidamente de los matorrales y recogió su lanza. El trote de los cerdos se perdía a lo lejos.

Jack se quedó allí, bañado en sudor, sucio de tierra, manchado por todas las vicisitudes de un día de caza. Maldiciendo, dio la espalda a la senda y se abrió paso, hasta que la floresta fue menos espesa, y en vez de troncos desnudos que sostenían un techo oscuro aparecieron unos claros troncos grises y coronas de palmeras emplumadas. Más allá se veía el resplandor del mar y se oían voces. Ralph estaba de pie junto a una construcción de troncos de palmera y hojas, un tosco refugio frente a la laguna, que parecía próximo a derrumbarse. No oyó la voz de Jack.

—¿Hay un poco de agua?

Ralph alzó los ojos de las hojas entrelazadas frunciendo el ceño. Ni aun entonces advirtió la presencia de Jack.

—Te pregunté si hay un poco de agua. Tengo sed.

Ralph dejó de atender al refugio y descubrió a Jack con un sobresalto.

—Oh, hola. ¿Agua? Allá junto al tronco. Tiene que haber quedado algo.

Jack tomó una nuez de coco llena hasta el borde de agua fresca, de una hilera dispuesta a la sombra, y bebió. El agua le cayó sobre el mentón, el cuello y el pecho. Respiró ruidosamente cuando acabó de beber.

—Lo necesitaba.

Simon habló desde el interior del refugio.

—Un poco arriba.

Ralph se volvió hacia el refugio y alzó una rama con todo un tejado de hojas.

Las hojas se separaron y cayeron flotando. La contrita cara de Simon apareció en la abertura.

—Lo siento.

Ralph observó disgustado el destrozo.

—Nunca terminaremos.

Se echó a los pies de Jack. Simon se quedó mirando por la abertura del refugio. Desde abajo, Ralph explicó:

—Hemos trabajado días enteros. ¡Y mira!

Dos refugios estaban en pie, pero se tambaleaban. Este último era una ruina.

—Y siempre se escapan. ¿Recuerdas la reunión? ¿Cómo todos iban a trabajar

duro hasta que se terminasen los refugios?

—Excepto yo y los cazadores.

—Excepto los cazadores. Bueno, los pequeños no…

Gesticuló, buscó una palabra.

—No tienen remedio. Los mayores no son mucho mejores. ¿Ves? Me pasé el día trabajando con Simon. Ningún otro. Están por ahí bañándose, o comiendo, o jugando.

Simon sacó cuidadosamente la cabeza.

—Eres el jefe. Puedes hablarles.

Ralph se echó boca arriba y miró las palmeras y el cielo.

—Reuniones. Nos gustan mucho las reuniones. Todos los días. Dos veces al día. Hablamos. —Se incorporó sobre un codo—. Apuesto a que si toco el caracol en este minuto, todos vienen corriendo. Estaremos muy serios, y alguien dirá que tenemos que construir un aeroplano de reacción, o un submarino, o un aparato de TV. Cuando la reunión termine; trabajarán cinco minutos y luego se irán a pasear o cazar.

Jack enrojeció.

—Necesitamos carne.

—Bueno, todavía no la tenemos. Y necesitamos refugios. Además, el resto de tus cazadores volvió hace horas. Han estado nadando.

—Yo seguí —dijo Jack—. Dejé que se fuesen. Yo tenía que seguir. Yo…

Trató de expresar la necesidad de rastrear y matar que estaba devorándolo.

—Yo seguí. Pensé que solo…

La furia le vino a los ojos otra vez.

—Pensé que podría matar.

—Pero no lo hiciste.

—Pensé que lo haría.

Alguna oculta pasión vibró en la voz de Ralph.

—Pero no lo hiciste aún.

Su observación podía haber pasado como casual, si no hubiese sido por el tono.

—¿No te importará ayudarnos en los refugios, supongo?

—Necesitamos carne…

—Y no la conseguimos.

Ahora el antagonismo era evidente.

—¡Pero la conseguiré! ¡La próxima vez! ¡Tengo que ponerle una punta a esta lanza! Herimos un cerdo y la lanza cayó. Si pudiésemos hacer unas puntas…

—Necesitamos refugios.

De pronto Jack gritó con furia.

—¿Estás acusándome?

—Sólo digo que tenemos un duro trabajo. Eso es todo.

Los dos tenían la cara roja y encontraban difícil mirarse. Ralph se tendió boca abajo y se puso a jugar con las hierbas.

—Si llueve como el día que caímos aquí necesitaremos refugios. Y además otra

cosa. Necesitamos refugios a causa de…

Calló un momento y los dos olvidaron su enojo. Ralph continuó con el nuevo tema, inofensivo.

—¿Lo notaste, no es cierto?

Jack dejó su lanza en el suelo y se puso en cuclillas.

—¿Noté qué?

—Bueno. Están asustados.

Ralph se dio vuelta y miró la cara furiosa y sucia.

—Hablo de las cosas que ocurren. Sueñan. Puedes oírlos. ¿No has estado despierto de noche?

Jack meneó la cabeza.

—Hablan y gritan. Los pequeños. Hasta algunos de los otros. Como si…

—Como si ésta no fuese una buena isla.

Asombrados por la interrupción alzaron los ojos hacia la seria cara de Simon.

—Como si —dijo Simon— la bestia, la bestia o la serpiente, fuesen reales. ¿No?

Los dos niños mayores se echaron hacia atrás cuando oyeron las vergonzosas sílabas. No se hablaba de las serpientes ahora, no eran cosas de las que se debiese hablar.

—Como si ésta no fuese una buena isla —dijo Ralph lentamente—. Sí, así es.

Jack se sentó y estiró las piernas.

—Están chiflados.

—Cuentos. ¿Recuerdas cuando fuimos a explorar?

Se sonrieron recordando el encanto del primer día. Ralph continuó.

—Así que ahora necesitamos refugios como una especie de…

—Hogar.

—Eso es.

Jack recogió las piernas, se abrazó las rodillas, y frunció el ceño en un esfuerzo por alcanzar la claridad.

—Lo mismo… en la selva. Quiero decir cuando estás cazando, no cuando recoges fruta, por supuesto, pero cuando estás en tu…

Calló un momento, no sabiendo si Ralph lo tomaría en serio.

—Adelante.

—Cuando estás cazando, a veces te sientes como si… —Enrojeció de pronto—. No es nada real, por supuesto. Sólo una sensación. Pero puedes sentir no como si estuvieses cazando, sino… como si te cazaran. Como si algo estuviese detrás de ti todo el tiempo en la jungla.

Callaron otra vez: Simon atento, Ralph incrédulo y débilmente indignado. Se sentó frotándose el hombro con la mano sucia.

—Bueno, no sé.

Jack se puso en pie de un salto y habló muy rápidamente.

—Así puedes sentirte en la selva. Por supuesto, no es nada. Sólo… sólo…

Dio unos rápidos pasos hacia la playa, y enseguida volvió.

—Sólo que sé cómo sienten. ¿Entiendes? Eso es todo.

—Lo mejor que podemos hacer es que nos rescaten.

Jack tuvo que pensar un momento antes de poder recordar qué rescate era ése.

—¿Que nos rescaten? ¡Sí, claro! Pero lo mismo me gustaría cazar un cerdo primero.

Tomó bruscamente la lanza y la clavó en el suelo. La mirada opaca y furiosa le volvió a los ojos. Ralph lo miró críticamente a través de su flequillo rubio.

—Siempre que tus cazadores recuerden el fuego…

—¡Tú y tu fuego!

Los dos niños trotaron playa abajo y a orillas del agua se volvieron y miraron la montaña rosada. El hilo de humo dibujaba una línea de tiza que subía en el sólido azul del cielo, oscilaba en las alturas y desaparecía gradualmente. Ralph frunció el ceño.

—Me pregunto desde qué distancia podrá verse.

—Desde kilómetros.

—No hacemos bastante humo.

La parte inferior del hilo, como si hubiese advertido sus miradas, se espesó hasta convertirse en un borrón cremoso que trepó por la débil columna.

—Han puesto ramas verdes —murmuró Ralph—. ¿Por qué?

Entornó los ojos y giró en redondo para examinar el horizonte.

—¡Ahí!

Jack gritó con tanta fuerza que Ralph dio un salto.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Un barco?

Pero Jack señalaba los altos declives que descendían de la montaña hasta la parte llana de la isla.

—¡Por supuesto! Descansan ahí, así debe de ser, cuando el sol calienta demasiado…

Ralph miró asombrado el rostro arrebatado de Jack.

—… suben ahí. Arriba y a la sombra, descansando durante las horas de calor, como las vacas.

—¡Pensé que habías visto un barco!

—Podemos subir a escondidas, pintarnos las caras para que no nos vean, quizá rodearlos y entonces…

La indignación trastornó a Ralph.

—¡Yo hablaba del humo! ¿No quieres que nos rescaten? ¡Tú sólo hablas de cerdos, cerdos, cerdos!

—¡Pero necesitamos carne!

—¡Y yo trabajé todo el día sólo con la ayuda de Simon y tú vuelves y ni siquieras notas las chozas!

—Yo también estaba trabajando…

—¡Pero a ti te gusta! —gritó Ralph—. ¡Tú quieres cazar! Mientras que yo…

Se enfrentaron asombrados en la playa brillante. Ralph fue el primero en apartar los ojos, fingiéndose interesado en un grupo de pequeños en la arena. De más allá de la plataforma venían los gritos de los cazadores en la hoya. En un extremo de la plataforma, Piggy estaba acostado boca abajo, mirando el agua centelleante.

—La gente no ayuda mucho.

Quería explicar cómo la gente no es nunca como uno la imagina.

—Simon. Él ayuda.

Señaló los refugios.

—Todos los otros se escapan. Trabajó tanto como yo. Sólo…

—Simon está siempre dispuesto.

Ralph fue hacia los refugios con Jack a su lado.

—Te ayudare un poco —murmuró Jack—, antes de darme un baño.

—No te molestes.

Pero cuando llegaron a los refugios no vieron a Simon. Ralph metió la cabeza por la abertura, la sacó, y se volvió hacia Jack.

—Se fue.

—Comeré algo —dijo Jack— y me daré un baño.

Ralph frunció el ceño.

—Es un chico curioso, raro.

Jack asintió con un movimiento de cabeza, más por el deseo de asentir que otra cosa, y como en un tácito consentimiento dejaron el refugio y fueron hacia el estanque.

—Y luego —dijo Jack—, cuando me haya bañado y haya comido algo, iré al otro lado de la montaña y veré si puedo descubrir alguna pista. ¿Vienes?

—¡Pero casi se ha puesto el sol!

Tengo tiempo…

Caminaron, dos continentes de experiencia y sentimientos, incapaces de comunicarse.

—¡Si pudiese matar un cerdo!

—Yo volveré y seguiré con el refugio.

Se miraron, desconcertados, con amor y odio. Toda el agua salada y tibia del estanque, y los gritos y las salpicaduras y las risas apenas bastaron para unirlos otra vez.

Simon, a quien esperaban encontrar allí, no estaba en el estanque.

Cuando los otros dos se fueron trotando playa abajo para mirar la montaña, él los había seguido unos metros, y luego se había detenido. Se había quedado mirando con el ceño fruncido una pila de arena, donde alguien había estado haciendo una casita o una choza. Luego se volvió y se internó en la floresta con aire decidido. Era un niño

menudo y flaco, de barbilla puntiaguda, y de ojos tan brillantes que habían engañado a Ralph, pues había creído ver en él una criatura deliciosamente alegre y traviesa. El espeso flequillo negro le colgaba ocultándole casi del todo una frente baja y ancha. Llevaba los restos de unos pantalones cortos y andaba descalzo como Jack. La piel antes morena era ahora de un tostado oscuro que brillaba con el sudor.

Subió por la cicatriz, pasó junto a la gran roca a la que Ralph se había subido la primera mañana, y luego dobló a la derecha. Caminó sin tropiezos entre los árboles frutales, donde los más cómodos podían encontrar comida fácil aunque insatisfactoria. Flores y frutos crecían juntos en el mismo árbol, y en todas partes había un aroma de madurez y el ajetreo de un millón de abejas. Los pequeños que habían corrido detrás de él lo alcanzaron. Hablaban, gritaban incomprensiblemente, lo empujaban hacia los árboles. Entonces entre el zumbido de las abejas a la luz de la tarde, Simon les buscó frutas para ellos inaccesibles, arrancándolas de entre el follaje y pasándolas a las manos interminablemente extendidas. Cuando los vio satisfechos hizo una pausa y miró alrededor. Los pequeños lo miraban inescrutablemente sobre dobles puñados de fruta madura.

Simon se alejó y siguió el sendero apenas visible. Pronto la jungla se cerró sobre él. Los altos troncos sostenían unas inesperadas flores pálidas que subían hasta el oscuro dosel donde la vida continuaba clamorosamente. El aire aquí era oscuro también, y las trepadoras dejaban caer sus cuerdas como aparejos de un buque náufrago. Los pies de Simon se hundían en el suelo blando, y las trepadoras temblaban de arriba a abajo cuando él las golpeaba.

Llegó al fin a un sitio donde había más sol. Como aquí no era necesario que subiesen en busca de luz, las trepadoras habían tejido una gran alfombra que colgaba a un lado del claro. La roca asomaba casi a la superficie, de modo que sólo crecían plantitas y helechos. Una valla de oscuros y perfumados matorrales rodeaba el espacio, que era un gran recipiente de calor y luz. Un gran árbol caído en un rincón, se apoyaba contra otros árboles aún en pie, y una enredadera subía con flores rojas y amarillas hasta la misma copa.

Simon se detuvo. Miró por encima del hombro, como había hecho Jack, los cerrados caminos que quedaban atrás, y espió rápidamente alrededor para cerciorarse de que estaba solo. Durante un rato sus movimientos fueron casi furtivos. Luego se inclinó y se metió arrastrándose por el centro de la alfombra. Las trepadoras y matorrales estaban tan apretados que se cerraron enseguida detrás de él. El otro lado era como una cabaña, separada del claro por la pantalla de unas pocas hojas. Simon se puso en cuclillas, apartó las hojas y miró el claro. Nada se movía salvo un par de irisadas mariposas que bailaban en círculos en el aire tibio. Reteniendo el aliento, torció la cabeza y atendió críticamente a los sonidos de la isla. La noche avanzaba hacia la isla; los sonidos de los brillantes y fantásticos pájaros, los sonidos de las abejas, hasta el grito de las gaviotas que volvían a posarse en las rocas cuadradas, eran más débiles. El mar que rompía a kilómetros de distancia en el arrecife era un

acompañamiento menos perceptible que el susurro de la sangre.

Simon dejó caer la cortina de hojas. La inclinación de las franjas de luz del color de la miel decreció; el sol se deslizó sobre las matas, pasó sobre las flores verdes parecidas a velas, subió hacia el dosel, y la oscuridad se espesó bajo los árboles. Con el desvanecimiento de la luz, los colores chillones murieron y el calor y el apremio se enfriaron. Las flores velas se movieron. Los sépalos verdes se retiraron un poco y las blancas puntas de las flores subieron delicadamente al encuentro del aire.

Ahora la luz del sol se había alzado abandonando el claro y retirándose del cielo. Cayó la oscuridad, sumergiendo las sendas entre los árboles, hasta que todo pareció raro y sombrío como el fondo del mar. Los capullos velas abrieron sus blancas y anchas flores que resplandecieron a la luz que bajaba en punzadas de las primeras estrellas. Su aroma se esparció en el aire y tomó posesión de la isla.

4

Caras pintadas y cabellos largos

EL PRIMER RITMO al que se acostumbraron fue la lenta oscilación del alba al atardecer. Aceptaban los placeres de la mañana, el sol brillante, el mar que subía por la playa y el aire suave como un tiempo de juegos y de vida tan plena que no necesitaba de la esperanza. Hacia el mediodía, cuando las corrientes de luz caían más cerca de la perpendicular, los colores puros de la mañana eran suavizados con tonos perlados y opalescentes; y el calor —como si lo impulsase el amenazante peso del sol — era un golpe que los niños esquivaban, corriendo a las sombras, y quedándose allí tendidos, quizás hasta durmiendo.

Cosas raras pasaban al mediodía. El mar brillante se alzaba, se separaba en planos de evidente imposibilidad; el arrecife de coral y las pocas palmeras achaparradas que se aferraban a los sitios más altos flotaban en el cielo, se estremecían, se estiraban, corrían como gotas de lluvia por un alambre, o se repetían en una curiosa sucesión de espejos. A veces asomaba la tierra donde no había tierra, y estallaba ante los ojos de los niños como una burbuja. Piggy desestimaba doctamente todo esto como «espejismo», y como ninguno de los niños podía alcanzar ni siquiera el arrecife, cruzando las aguas donde esperaban los tiburones, se fueron acostumbrando a estos misterios, y los ignoraron al fin, como ignoraban las milagrosas y palpitantes estrellas. Al mediodía las ilusiones se fundían en el cielo y el sol miraba hacia abajo como un ojo, iracundo. Luego, a media tarde, desaparecían los espejismos, y el horizonte era más horizontal, y azul, y nítido, a medida que el sol declinaba. Esta era otra hora de comparativa frescura aunque amenazada por la llegada de las sombras. Cuando el sol se ponía, la oscuridad rociaba la isla como un extinguidor, y pronto los refugios se llenaban de inquietud, bajo las remotas estrellas.

Sin embargo, la tradición europea de trabajo, juego y comida a determinadas horas del día no les permitía ajustarse totalmente a este nuevo ritmo. El pequeño Percival se había arrastrado una vez hasta un refugio y se había quedado allí dos días, hablando, cantando, y llorando, hasta que los otros pensaron que estaba chiflado, y se sintieron débilmente divertidos. Desde entonces Percival era un niño enfermizo, de ojos enrojecidos y triste; un niño que jugaba poco y lloraba a menudo.

Los más chicos eran conocidos por el nombre genérico de «pequeños». La disminución de tamaño, de Ralph abajo, era gradual; y aunque había, una dudosa región habitada por Simon y Robert y Maurice, todos reconocían fácilmente a los grandes en un extremo y los pequeños en otro. Los evidentemente pequeños, de alrededor de seis años de edad, llevaban una vida propia, completamente distinta, y a

la vez intensa. Comían la mayor parte del día, recogiendo la fruta que podían alcanzar sin cuidarse de la madurez o la calidad. Estaban acostumbrados ahora a dolores de vientre y a una especie de diarrea crónica. Sufrían indecibles terrores en la oscuridad y se consolaban apretándose unos contra otros. Aparte de la comida y el sueño encontraban tiempo para juegos, desordenados y triviales, en la arena blanca a orillas del agua brillante. Lloraban por sus madres mucho menos a menudo de lo que hubiera podido esperarse; estaban muy quemados por el sol, y terriblemente sucios. Obedecían los llamados del caracol, en parte porque lo tocaba Ralph, y él era bastante grande como para servir de eslabón con el mundo adulto de la autoridad; y en parte porque disfrutaban de la agitación de las asambleas. Pero además, muy pocas veces se aburrían con los grandes, y compartían aquella vida apasionadamente emocional y corporativa.

Habían construido castillos de arena a orillas del arroyo. Estos castillos eran de unos treinta centímetros de alto y estaban adornados con caracoles, flores marchitas, y piedras interesantes. Alrededor de los castillos había un complejo orden de marcas, huellas, paredes, vías, que tenían un significado sólo si se las examinaba desde muy cerca. Los pequeños jugaban allí, si no felizmente, al menos con absorta atención, y a menudo tres de ellos jugaban el mismo juego juntos.

Estaban jugando allí ahora… Henry era el mayor de ellos. Era también pariente distante de aquel otro niño de la cara manchada que no habían vuelto a ver desde la tarde del gran incendio; pero no era bastante mayor como para entender esta ausencia, y si le hubiesen dicho que el otro niño había vuelto a su casa en un avión, hubiera aceptado la declaración sin alborotos ni dudas.

Henry era un poco jefe esa tarde, pues los otros dos eran Percival y Johnny, los niños más pequeños de la isla. Percival tenía un color de ratón, y no había sido muy atractivo, ni siquiera para su madre; Johnny era un niño fuerte, rubio y de una natural beligerancia. Obedecía ahora porque estaba interesado, y los tres niños, arrodillados en la arena, jugaban en paz.

Roger y Maurice salieron de la floresta. Habían sido relevados del cuidado del fuego y habían bajado para nadar un poco. Roger pasó directamente por encima de los castillos, pateándolos, enterrando las flores, desparramando las piedras especiales. Maurice lo siguió, riendo, y colaboró en la destrucción. Los tres pequeños hicieron una pausa en el juego y alzaron los ojos. Como las marcas particulares en que estaban interesados no habían sido tocadas, no protestaron. Sólo Percival se puso a lloriquear con un ojo lleno de arena, y Maurice desapareció corriendo. En su otra vida Maurice había sido castigado por meterle arena en un ojo a un niño más pequeño. Ahora, aunque no había padres que dejasen caer una pesada mano, sintió sin embargo la inquietud de haber obrado mal. En el fondo de su mente se insinuaron los inciertos contornos de una excusa. Murmuró algo acerca de un baño, y echó a correr.

Roger se quedó, observando a los pequeños. No tenía la piel notablemente más oscura que cuando había llegado a la isla, pero las greñas negras que le caían sobre la

nuca y la frente armonizaban de algún modo con su rostro sombrío, y lo que había parecido antes un aire de insociable lejanía era ahora algo desagradable. Percival terminó su lloriqueo y siguió jugando, pues las lágrimas le habían lavado la arena. Johnny lo miró con ojos de porcelana azul, y empezó a tirar arena hacia arriba, en una lluvia, y Percival se echó a llorar otra vez.

Cuando Henry se cansó del juego y se fue a ambular por la playa, Roger lo siguió, manteniéndose detrás de las palmeras y vagando casualmente en la misma dirección. Henry caminaba a cierta distancia de las palmeras y la sombra, pues era demasiado pequeño para cuidarse del sol. Fue playa abajo y se entretuvo a orillas del agua. La gran marea del Pacífico estaba subiendo, y cada pocos segundos el agua relativamente tranquila de la laguna subía un centímetro. Había criaturas que vivían en este último brazo de mar, diminutas transparencias que salían con el agua a curiosear en la arena caliente y seca. Con sentidos de órganos impalpables examinaban estas nuevas regiones. Quizás había comida donde en la última excursión no había habido nada; excrementos de pájaros, insectos quizás, cualquier esparcido detritus de la vida terrestre. Como una miríada de diminutos dientes de sierra, las transparencias salían a la playa a recoger la basura.

Henry estaba fascinado. Hurgaba alrededor con una varita, gastada, blanqueada, llevada de un lado a otro por las olas, tratando de dirigir los movimientos de los basureros. Trazaba arroyuelos, que alimentaba la marea, e intentaba llenarlos con criaturas. Estaba absorto, más allá de la mera felicidad, sintiendo que dominaba cosas vivas. Les hablaba, las urgía, les ordenaba. La marea lo hacía retroceder, y las huellas de sus pisadas se convertían en pozos donde las criaturas quedaban atrapadas dándole una ilusión de dominio. En cuclillas a orillas del agua, inclinaba la cabeza, y un mechón de pelo le caía sobre la frente y los ojos, y el sol de la tarde descargaba flechas invisibles.

Roger esperaba también. Al principio se había ocultado detrás del grueso tronco de una palmera; pero la concentración de Henry en las transparencias era tan obvia que al fin salió de su escondrijo. Miró a lo largo de la playa. Percival se había ido, llorando, y Johnny había quedado en triunfal posesión de los castillos. Estaba sentado, canturreando, y tirándole arena a un imaginario Percival. Más allá Roger podía ver la plataforma y los destellos de las salpicaduras donde Ralph y Simon y Piggy y Maurice estaban nadando, en el estanque. Escuchó cuidadosamente, pero no se oía a nadie más.

Una brisa repentina sacudió la hilera de palmeras, y las hojas se mecieron y agitaron. A quince metros de altura, un racimo de cocos, masas fibrosas, grandes como pelotas de rugby, se soltaron de sus tallos. Cayeron alrededor de Roger con una serie de duros golpes y no lo tocaron. Roger no pensó en escapar; sus ojos pasaron de los cocos a Henry y otra vez a los cocos.

El subsuelo bajo las palmeras era una playa que se había levantado sobre el nivel del mar, y generaciones de árboles habían trabajado en aflojar las piedras hundidas en

las arenas de la otra playa. Roger se agachó, recogió una piedra, apuntó, y tiró hacia Henry… tiró a no acertar. La piedra, esa muestra de otro tiempo, pasó a cinco metros a la derecha de Henry. Roger juntó un puñado de piedras y empezó a arrojarlas. Sin embargo, había un espacio alrededor de Henry, quizá de unos seis metros de diámetro, en el que no se atrevía a tirar. Aquí, invisible pero fuerte, estaba el tabú de la vieja vida. Alrededor del chico en cuclillas estaba la protección de los padres y la escuela y los policías y la ley. Una civilización que nada sabía de él, y en ruinas, le movía el brazo.

Los sonidos de las piedras en el agua sorprendieron a Henry. Abandonó las silenciosas transparencias y adelantó la cabeza hacía el centro de los crecientes anillos como un perdiguero. Las piedras caían de este lado y del otro, y Henry se volvía obedientemente, pero siempre demasiado tarde para ver las piedras en el aire. Al fin vio una y se rio, buscando al amigo que estaba haciéndole bromas. Pero Roger se había escondido otra vez rápidamente detrás del tronco de una palmera, y se apretaba contra él, respirando con rapidez, parpadeando. Entonces Henry perdió todo interés en las piedras y se alejó.

—Roger.

Jack estaba de pie bajo un árbol a unos diez metros. Cuando Roger abrió los ojos y lo vio, una sombra más oscura pareció extendérsele bajo la piel atezada; pero Jack nada advirtió. Estaba ansioso, impaciente, haciendo señas, así que Roger se acercó a él.

Había un estanque al extremo del río; un poco de agua retenida por un banco de arena, con blancas lirios de agua y cañas como agujas. Allí esperaban Sam y Eric, y Bill. Jack, protegido del sol, se arrodilló junto al estanque y abrió las dos grandes hojas que había traído. Una contenía arcilla blanca y la otra una arcilla rojiza. Al lado había un tizón sacado de la hoguera.

Jack le explicó a Roger mientras trabajaba.

—No me huelen. Me ven, me parece. Algo rosado, bajo los árboles.

Humedeció la arcilla.

—¡Si tuviese algo verde!

Alzó una cara semipintada a Roger que lo miraba sin comprender.

—Para cazar —explicó—. Como en la guerra. Ya sabes… pintura para disimular. Como cosas que tratan de parecerse a otras…

Se sacudió, impaciente.

—… como polillas en el tronco de un árbol.

Roger entendió y asintió gravemente. Los mellizos se acercaron a Jack y se pusieron a protestar tímidamente por algo. Jack los apartó con un ademán.

—Silencio.

Se pasó el tizón de carbón entre las manchas rojas y blancas de la cara.

—No. Vosotros dos iréis conmigo.

Miró su imagen en el agua y no le gustó. Se inclinó, sacó con las manos un poco

de agua tibia y se frotó la pintura de la cara. Aparecieron unas pecas y unas cejas claras.

Roger sonrió, de mala gana.

—No pareces muy pintado.

Jack planeó su nueva cara. Se pintó de blanco una mejilla y alrededor de un ojo, luego se frotó con rojo la otra mitad de la cara y trazó una negra franja de carbón desde la oreja derecha a la mandíbula izquierda. Se miró en la laguna, pero su respiración, turbaba el agua.

—Samieric. Un coco. Un coco vacío.

Se arrodilló, sosteniendo el coco con agua. Un círculo de sol le cayó en la cara y en el agua apareció una imagen brillante. Jack miró asombrado; ya no era él mismo sino un terrible extraño. Derramó el agua y se incorporó de un salto, excitado, riéndose, junto a la laguna, su cuerpo musculoso alzaba una máscara que atraía los ojos de los otros y los aterrorizaba. Se puso a bailar y la risa se transformó en un gruñido que reclamaba sangre. Hizo unas cabriolas hacia Bill, y la máscara era algo independiente que ocultaba a Jack, liberado de la vergüenza y la conciencia de sí mismo. La cara roja y blanca y negra se balanceó en el aire y bailó hacia Bill. Bill se levantó precipitadamente, riéndose; luego calló de pronto y se alejó a tropezones entre los matorrales.

Jack corrió hacia los mellizos.

—El resto en fila. ¡Vamos!

—Pero…

—… nosotros…

—¡Vamos! Me arrastraré y con mi cuchillo…

La máscara los dominó.

Ralph salió del estanque, trotó por la playa y se sentó a la sombra, entre las palmeras. El pelo rubio se le había aplastado sobre las cejas y se lo echó hacia atrás. Simon flotaba en el agua y pateaba, y Maurice buceaba. Piggy iba de un lado a otro, sin objeto, recogiendo cosas y dejándolas caer. La marea cubría los charcos de las rocas que tanto lo fascinaban, así que no había nada que pudiese interesarle hasta que las aguas bajasen. Al fin, viendo a Ralph bajo las palmeras, se acercó y se sentó a su lado.

Piggy llevaba los restos de un par de pantalones cortos; su cuerpo gordo era de un castaño dorado, y sus lentes todavía centelleaban. Era el único niño de la isla cuyo cabello parecía no crecer nunca. Todos los otros iban desgreñados, pero a Piggy el cabello se le ordenaba aún en mechones sobre la cabeza, como si la calvicie fuera su estado natural y esta imperfecta cubierta fuese a desaparecer pronto, como el vello de las astas en el ciervo joven.

—He estado pensando —dijo— en un reloj. Podemos hacer un reloj de sol.

Clavamos una vara en la arena y luego…

El esfuerzo de expresar los necesarios procesos matemáticos era demasiado grande. Piggy dio en cambio unos pocos pasos.

—Y un aeroplano, y un aparato de TV —dijo Ralph amargamente—, y un motor de vapor.

Piggy sacudió la cabeza.

—Tienes que tener muchas cosas de metal para eso —dijo—, y no tenemos metal. Pero tenemos varas.

Ralph se volvió y sonrió involuntariamente. Piggy era un aburrido; su gordura, su asma y sus pedestres ideas eran estúpidas; pero siempre había un cierto placer en burlarse de él, aunque uno lo hiciese por accidente.

Piggy vio la sonrisa y pensó que era de simpatía. Entre los mayores se había extendido tácitamente la opinión de que Piggy era un extraño, no sólo por el acento, que no importaba, sino por la gordura, el asma, y los lentes, y una cierta aversión al trabajo manual. Ahora, al descubrir que había hecho sonreír a Ralph, se regocijó y aprovechó la ventaja.

—Tenemos muchas varas. Todos podríamos hacer un reloj de sol. De ese modo sabríamos qué hora es.

—Mucho bien nos haría eso.

—Tú dijiste que querías que se hiciesen cosas. Para que pudiesen rescatarnos.

—Oh, cállate.

Ralph se puso de pie y trotó de vuelta al estanque, en el momento en que Maurice se zambullía torpemente. Le alegró poder cambiar de tema.

—¡Panzazo! ¡Panzazo! —gritó cuando Maurice subió a la superficie.

Maurice le respondió con una rápida sonrisa y Ralph se deslizó fácilmente en el agua. De todos los niños, era el que se sentía más en su casa allí; pero hoy, fastidiado por la mención del rescate, la inútil inoportuna mención del rescate, no podía consolarse ni siquiera con las profundidades verdes del agua y el quebrado sol dorado. En vez de quedarse allí jugando, nadó con firmes brazadas debajo de Simon, salió a la superficie al otro extremo del estanque, y se extendió allí, suave y lustroso como una foca. Piggy, siempre torpe, se incorporó y se acercó quedándose de pie a su lado, de modo que Ralph se echó boca abajo y fingió no verlo. Los espejismos habían desaparecido y miró sombríamente a lo largo de la tirante línea azul del horizonte.

Un instante después estaba de pie, gritando.

—¡Humo! ¡Humo!

Simon trató de sentarse en el agua y se hundió. Maurice que había estado de pie preparándose para zambullirse, giró sobre sus talones, saltó hacia la plataforma, y retrocedió hasta la hierba bajo las palmeras. Allí empezó a ponerse los desganados pantalones cortos, preparándose para cualquier cosa.

Ralph estaba de pie; apretaba un puño, y con la otra mano se echaba atrás el pelo. Simon salía del agua. Piggy se frotaba los lentes en los pantalones y miraba el mar

arrugando los ojos, Maurice había metido las dos piernas por la misma pierna del pantalón. De todos los niños, sólo Ralph no se movía.

—No veo ningún humo —dijo Piggy, incrédulo—. No veo ningún humo, Ralph. ¿Dónde está?

Ralph no respondió. Se había llevado las dos manos a la cabeza para que el pelo rubio no le cayera sobre los ojos. Se inclinaba hacia adelante y la sal ya le emblanquecía el cuerpo.

—Ralph… ¿dónde está el barco?

Simon de pie junto a Ralph miraba el horizonte. Los pantalones de Maurice cedieron con un suspiro y el niño los abandonó como una ruina, corrió hacia el bosque, y regresó otra vez.

El humo era un nudito apretado en el horizonte y se desenrollaba lentamente. Bajo el humo había un punto que podía ser una chimenea. Ralph se habló a sí mismo con el rostro pálido.

—Verán nuestro humo.

Piggy estaba mirando ahora en la dirección correcta.

—No es muy grande.

Se dio vuelta y observó la montaña. Ralph siguió mirando el barco, vorazmente. El color le volvía a la cara. Simon estaba a su lado, en silencio.

—Sé que no veo muy bien —dijo Piggy—, ¿pero tenemos algún humo?

Ralph se movió impacientemente, mirando aún el barco.

—El humo de la montaña.

Maurice vino corriendo y clavó los ojos en el mar. Simon y Piggy examinaban la montaña. Piggy arrugaba la cara, pero Simon gritó como si se hubiese lastimado.

—¡Ralph! ¡Ralph!

El tono de la voz de Simon hizo que Ralph se volviese en la arena.

—Dime —rogó Piggy ansiosamente—, ¿hay alguna señal?

Ralph miró otra vez el humo que se dispersaba en el horizonte, y luego hacia la montaña.

—Ralph, ¡por favor! ¿Hay alguna señal?

Simon extendió tímidamente la mano, para tocar a Ralph; pero Ralph echó a correr, chapoteando por el extremo del estanque, atravesando la blanca arena caliente y metiéndose bajo las palmeras. Un momento después, luchaba con la enmarañada vegetación que ya estaba cubriendo la cicatriz. Simon corrió tras él, luego Maurice. Piggy gritó.

—¡Ralph! ¡Por favor, Ralph!

Luego él también echó a correr, tropezando con los descartados pantalones de Maurice antes de llegar a la terraza. Detrás de los cuatro niños, el humo se movía suavemente a lo largo del horizonte; y en la playa, Henry y Johnny le tiraban arena a Percival, que lloraba otra vez calladamente; ninguno de los tres había advertido aquella excitación.

Ralph llegó al extremo interior de la cicatriz empleando el precioso aliento en echar maldiciones. Metía el cuerpo desnudo entre las lianas ásperas con tal desesperada violencia que la sangre le corría por la piel. Se detuvo justo al pie de la montaña. Maurice apareció detrás, a unos pocos metros.

—¡Los lentes de Piggy! —gritó Ralph—. Si el fuego está realmente apagado…

Dejó de gritar y se estiró balanceándose. Piggy era apenas visible, arrastrándose playa arriba. Ralph miró el horizonte, y luego la montaña. ¿Qué era mejor? ¿Sacarle los lentes a Piggy, o dejar que el barco se fuese? ¿Y si subían, y si encontraban el fuego completamente apagado, y tenían que mirar cómo trepaba Piggy mientras el barco se hundía en el horizonte? En equilibrio en una alta cima de necesidad, atormentado por la indecisión, Ralph exclamó:

—¡Oh Dios, oh Dios!

Simon, luchando con los matorrales, retuvo el aliento. Se le retorció la cara. Ralph corrió atropelladamente, enfurecido consigo mismo, mientras el mechón de humo seguía moviéndose.

El fuego estaba apagado. Lo vieron enseguida; vieron lo que realmente ya habían sabido en la playa cuando el humo del mundo familiar les había hecho señas. El fuego estaba apagado, sin humo, y muerto; los cuidadores se habían ido. Una pira de leña esperaba preparada.

Ralph se volvió hacia el mar. El horizonte se extendía, impersonal una vez más, sin la menor huella de humo. Corrió tropezando, deteniéndose en el borde del arrecife rosado, y le gritó al buque.

—¡Vuelvan! ¡Vuelvan!

Corrió hacia adelante y atrás por el acantilado, con el rostro vuelto siempre hacia el mar, alzando insensatamente la voz.

—¡Vuelvan! ¡Vuelvan!

Llegaron Simon y Maurice. Ralph los miró sin parpadear. Simon se volvió enjugándose las lágrimas. Ralph buscó en su interior las peores palabras que conocía.

—Dejaron que ese fuego de mala muerte se apagase.

Miró el lado enemigo de la montaña. Piggy llegó sin aliento y lloriqueando como un pequeño. Ralph apretó el puño y se puso muy rojo. Fue como si señalara con la intensidad de su mirada, la amargura de su voz.

—Ahí están.

Una procesión había aparecido, lejos, allá abajo, entre las piedras rosadas a orillas del agua. Algunos de los niños llevaban gorras negras, pero en verdad estaban casi desnudos. Alzaban unos palos al aire, cada vez que podían caminar más cómodamente. Cantaban, algo que se refería al fardo que los mellizos llevaban con tanto cuidado. Ralph distinguió a Jack fácilmente, aun a aquella distancia; alto, pelirrojo, e inevitablemente a la cabeza de la procesión.

Simon miró ahora de Ralph a Jack como había mirado de Ralph al horizonte, y lo que vio le hizo sentir miedo. Ralph no dijo nada más, y esperó a que la procesión se

acercase. El canto se oía ahora más claramente, pero aún no se entendían las palabras. Detrás de Jack caminaban los mellizos, llevando una gran pica en los hombros. El cuerpo destripado de un cerdo pendía de la vara, balanceándose pesadamente cuando los mellizos se afanaban sobre el suelo desigual. La cabeza del cerdo colgaba de un cuello abierto y parecía buscar algo en el suelo. Al fin llegaron las palabras del canto, sobre la taza de maderas y cenizas ennegrecidas.

—*Mátalo. Degüéllalo. Desángralo.*

En ese momento, la procesión llegó a la parte más abrupta de la montaña, y durante un minuto o dos el canto se apagó. Piggy gimoteó y Simon lo hizo callar rápidamente como si hubiese hablado demasiado alto en una iglesia.

Jack, con la cara manchada de arcilla, alcanzó la plataforma y saludó a Ralph excitadamente, con la lanza en alto.

—¡Mira! Matamos un cerdo… subimos sin hacer ruido, escondiéndonos… los rodeamos…

Los cazadores estallaron en exclamaciones.

—Los rodeamos…

—Nos arrastramos…

—El cerdo chillaba…

Los mellizos estaban de pie, muy erguidos, y el cerdo se balanceaba entre ellos, soltando unas gotas negras sobre la roca. Los dos parecían compartir una misma sonrisa extática. Jack tenía demasiadas cosas que decirle a Ralph enseguida. En cambio dio un paso de baile o dos, recordó su dignidad y se quedó tieso, con una sonrisa que mostraba los dientes. Se vio sangre en las manos, hizo una mueca de desagrado, buscó algo en qué limpiarlas, y se las frotó en los pantalones, riéndose.

Ralph habló.

—Dejaste que se apagara el fuego.

Jack se contuvo, vagamente irritado por aquella observación tan fuera de lugar, pero sintiéndose demasiado feliz para preocuparse.

—Podemos encenderlo otra vez. Tenías que haber estado con nosotros, Ralph. Fue formidable. Los mellizos lo derribaron…

—Golpeamos al cerdo…

—… yo le caí encima…

—Yo lo degollé —dijo Jack con orgullo, aunque sacudiéndose nerviosamente—. ¿Puedes prestarme el tuyo, Ralph, para hacer una muesca en el mango?

Los niños charlaban, y bailaban. Los gemelos sonreían mostrando los dientes.

—Hubo olas de sangre —dijo Jack riéndose y estremeciéndose—. ¡Tenías que haberlo visto!

—Iremos de caza todos los días…

Ralph habló otra vez roncamente. No se había movido.

—Dejaste que se apagara el fuego.

Esta repetición incomodó a Jack. Miró a los mellizos y luego otra vez a Ralph.

—Tenían que acompañarnos en la cacería —dijo—, o no hubiésemos podido completar el cerco.

Enrojeció, consciente de una falta.

—El fuego sólo estuvo apagado una hora o dos. Podemos encenderlo otra vez…

Advirtió la arañada desnudez de Ralph, y el sombrío silencio de los cuatro. Buscó, generoso en su felicidad, incluirlos en lo que había ocurrido. Se le amontonaban los recuerdos, recuerdos de un conocimiento que había venido a ellos al cerrar el círculo, el conocimiento de dominar una cosa viva, imponerse a ella, quitarle la vida como un trago largo y satisfactorio.

Abrió ampliamente los brazos.

—¡Teníais que haber visto la sangre!

Los cazadores estaban más callados ahora, pero rompieron otra vez en un murmullo. Ralph se echó el pelo hacia atrás. Un brazo apuntó al horizonte vacío. Su voz fue alta y furiosa, y los golpeó enmudeciéndolos.

—Hubo un barco.

Jack, enfrentado de pronto con demasiadas y abrumadoras implicaciones, se apartó. Puso una mano sobre el cerdo y sacó el cuchillo. Ralph dejó caer el brazo, con el puño cerrado. Le tembló la voz.

—Había un barco. Allá afuera. Prometiste cuidar el fuego y dejaste que se apagara. —Dio un paso hacia Jack que se volvió y lo miró—. Podían habernos visto. Podíamos haber vuelto a casa…

Esto fue demasiado amargo para Piggy, y en la agonía de la pérdida olvidó su timidez.

—¡Tú y tu sangre, Jack Merridew! —chilló—. ¡Tú y tu cacería! Podíamos haber vuelto a casa…

Ralph hizo a un lado a Piggy.

—Yo era el jefe, y tú ibas a hacer lo que yo dijera. Hablas. Pero ni siquiera puedes construir chozas… Y ahora te fuiste a cazar y dejaste que se apagara el fuego…

Se volvió, callando un rato. Luego su voz se alzó, emocionada.

—Había un barco…

Uno de los cazadores más pequeños se echó a llorar. La triste verdad estaba entrando en todos. Jack enrojeció mientras tironeaba del cerdo y cortaba.

—Había demasiado trabajo. Los necesitábamos a todos.

Ralph se volvió.

—Podías haber contado con todos cuando terminásemos las chozas. Pero tenías que cazar…

—Necesitábamos carne.

Jack se incorporó, con el cuchillo ensangrentado en la mano. Los dos niños se enfrentaron. Allí estaba el mundo de la cacería, las tácticas, el feroz regocijo, la habilidad; y allí estaba el mundo de los anhelos y el desconcertado sentido común. Jack se pasó el cuchillo a la mano izquierda y se aplastó el pelo ensuciándose la frene

de sangre.

Piggy empezó otra vez.

—No tenías que haber dejado apagar el fuego. Dijiste que harías que siempre hubiese humo…

Las palabras de Piggy, y los gimoteos de conformidad de algunos de los cazadores trastornaron a Jack. Los ojos azules se le oscurecieron. Dio un paso adelante y capaz al fin de golpear a alguien hundió el puño en el estómago de Piggy. Piggy cayó sentado con un gruñido. Jack lo miró, de pie. Habló con una voz maligna, que nacía de la humillación.

—¿Era eso lo que buscabas, era eso? ¡Fatty!

Ralph se adelantó y Jack golpeó la cabeza de Piggy. Los lentes volaron y retintinearon en las rocas. Piggy gritó aterrorizado.

—¡Mis lentes!

Fue agachado y tanteando por las rocas, pero Simon corrió y los encontró antes. Allí en la cima de la montaña las pasiones aleteaban horrorosamente alrededor de Simon.

—Un lado está roto.

Piggy arrebató los anteojos de la mano de Simon y se los puso. Miró malévolamente a Jack.

—No puedo sin lentes. Ahora sólo tengo un ojo. Espera y verás…

Jack hizo un movimiento hacia Piggy que huyó arrastrándose hasta que hubo una gran roca entre ellos. Asomó la cabeza por encima de la roca y miró a Jack a través de un único cristal centelleante.

—Ahora sólo tengo un ojo. Espera y verás.

Jack imitó los gemidos y la huida.

—Espera y verás… ¡Ja!

Piggy y la parodia eran tan divertidos que los cazadores se echaron a reír. Jack se sintió más animado. Corrió arrastrándose y las risas se transformaron en un huracán de histeria. Ralph sintió que se le contraía la boca a pesar suyo; estaba enojado consigo mismo por ceder de ese modo.

—Fue un juego sucio —murmuró.

Jack interrumpió sus giros y vueltas y se quedó mirando a Ralph. La voz le salió en un grito.

—¡Muy bien, muy bien!

Miró a Piggy, a los cazadores, a Ralph.

—Lo siento. Acerca del fuego, quiero decir. Sí. Pido… —Se enderezó—. Pido disculpas.

El murmullo de los cazadores fue de admiración ante esta generosa conducta. Opinaban evidentemente que Jack había hecho lo correcto, y se había puesto del lado de la verdad con su generosa disculpa, y Ralph, oscuramente, del otro lado. Esperaron a que llegara una respuesta apropiadamente decente.

Pero la garganta de Ralph se resistía. Se sentía agraviado ahora no sólo por el mal comportamiento de Jack sino también por este truco verbal. El fuego estaba apagado, el barco se había ido. ¿No entendían? Al fin habló, enojado.

—Fue un juego sucio.

Hubo silencio en la cima de la montaña mientras la mirada opaca aparecía un momento en los ojos de Jack.

Las últimas palabras de Ralph fueron un torpe murmullo.

—Muy bien. Enciendan el fuego.

La posibilidad de alguna acción positiva aflojó un poco la tensión. Ralph no dijo más, no hizo nada, se quedó mirando las cenizas a sus pies. Jack hablaba a gritos e iba de un lado a otro. Daba órdenes, cantaba, silbaba, le hacía alguna observación al silencioso Ralph, observaciones que no necesitaban respuesta, y por lo tanto no podían provocar un desaire; y Ralph seguía callado. Nadie, ni siquiera Jack, le pedirían que se moviera, y al fin tuvieron que preparar el fuego a tres metros de distancia y en un lugar realmente no tan conveniente. Ralph afirmó así su jefatura, y no hubiese podido encontrar mejor modo de hacerlo, aunque lo hubiera pensado durante días. Contra esta arma, tan indefinida y tan efectiva, Jack era impotente, y se sentía furioso sin saber por qué. Cuando la pira se alzó, los dos se encontraron a ambos lados de una alta barrera.

Entonces sobrevino otra crisis. Jack no tenía con qué encender el fuego. Sorprendido, vio que Ralph se acercaba a Piggy y le sacaba los lentes. Ni siquiera Ralph sabía cómo se había roto el lazo que lo unía a Jack y cómo se había asegurado otra vez, de algún modo.

—Te los traeré de vuelta.

—Voy contigo.

Piggy se quedó detrás de él, en una isla de colores sin sentido, mientras Ralph se arrodillaba y enfocaba el círculo brillante. Tan pronto como el fuego se encendió, Piggy extendió las manos y le quitó los lentes a Ralph.

Ante aquellas fantásticas flores violáceas, rojas y amarillas toda dureza se fundió y desapareció. Los niños formaron un círculo, como alrededor del fuego de un campamento, y hasta Piggy y Ralph se sintieron algo atraídos. Pronto algunos corrieron montaña abajo en busca de más leña mientras Jack cortaba el cerdo. Trataron de sostener el animal entero en una estaca sobre las llamas, pero la madera se quemaba mucho antes que el cerdo se empezara a asar. Al fin clavaron trozos de carne en ramas y las mantuvieron sobre el fuego, y aun así los niños casi se asaron tanto como la carne.

Ralph se adelantó titubeando. Pensaba rechazar la carne, pero luego de una dieta de fruta y nueces, con algún cangrejo o pez raros, no podía ofrecer mucha resistencia. Aceptó un trozo de carne semicruda y le clavó los dientes como un lobo.

Piggy habló, acercándose también poco a poco.

—¿No hay nada para mí?

Jack había pensado dejarlo con la duda, como una muestra de poder, pero como Piggy había advertido la omisión era necesario un poco más de crueldad.

—Tú no cazaste.

—Tampoco Ralph —gimió Piggy—. Ni Simon. —Y aclaró luego—: Hay muy poca carne en un cangrejo.

Ralph se agitó incómodo. Simon, sentado entre los mellizos y Piggy, se enjugó la boca y le pasó su trozo de carne a Piggy, por encima de las rocas. Los mellizos se rieron entre dientes y Simon bajó la cabeza, avergonzado.

Entonces Jack se incorporó de un salto, cortó un gran trozo de carne, y lo tiró a los pies de Simon.

—¡Come! ¡Maldito seas!

Miró furiosamente a Simon.

—¡Tómalo!

Giró sobre sus talones, en el centro de un confundido círculo de niños.

—¡Te conseguí carne!

Innumerables e inexpresables frustraciones se fundieron en él y su furia fue elemental y terrible.

—Me pinté la cara… me arrastré. Ahora come… Comed todos… y yo…

El silencio de la cima de la montaña creció hasta que pudo oírse claramente el crepitar del fuego y el siseo de la carne asada. Jack miró alrededor buscando muestras de entendimiento, pero sólo encontró respeto. Ralph estaba de pie entre las cenizas del fuego de las señales, sin decir nada.

Al fin Maurice quebró el silencio. Cambió el tema y habló de lo único que podía unir a la mayoría.

—¿Dónde encontraste el cerdo?

Roger señaló el lado enemigo.

—Allá estaban… junto al mar.

Jack se recobró, no podía aguantar que contaran su historia. Habló rápidamente.

—Nos extendimos alrededor. Me arrastré, sobre manos y rodillas. Las lanzas cayeron porque no tenían puntas. El cerdo escapó haciendo un ruido espantoso…

—Vino otra vez y corrió dando vueltas, sangrando…

Todos los niños hablaban a la vez, aliviados y excitados.

—Lo rodeamos.

El primer golpe le había paralizado los cuartos traseros, así que el círculo se fue apretando y todos golpearon y golpearon…

—Degollé el cerdo…

Los mellizos, compartiendo todavía aquella idéntica sonrisa, saltaron y corrieron uno alrededor del otro. Luego el resto se unió a ellos, quejándose como un cerdo en agonía y gritando.

—¡Uno a la cabeza!

—¡Dale uno de veras!

Entonces Maurice fingió ser el cerdo y corrió chillando hacia el centro, y los cazadores, aún en círculo, fingieron golpearlo. Mientras, bailaban, cantaban.

—*Mátalo. Degüéllalo. Desángralo.*

Ralph los miraba con envidia y resentimiento. No habló hasta que se cansaron y murió el canto.

—Llamaré a una reunión.

Uno a uno, todos se detuvieron y se quedaron mirándolo.

—Con el caracol. Llamaré a una reunión aunque tengamos que tenerla en la oscuridad. Abajo en la plataforma. Cuando yo llame. Enseguida.

Se volvió y se alejó, montaña abajo.

5

La bestia del mar

SUBÍA LA MAREA y había sólo una estrecha franja de playa firme entre el agua y las arenas blancas y sueltas junto a la terraza de palmeras. Ralph decidió ir por la franja firme, pues necesitaba pensar; y sólo aquí podía mover los pies sin mirarlos. De pronto, caminando a orillas del agua, se sintió abrumado de asombro. Descubrió que entendía el tedio de aquella vida, donde todos los caminos eran improvisados y uno pasaba una parte considerable de la vigilia mirándose los pies. Se detuvo, de cara a la playa; y recordando su primera entusiasta exploración como si fuese parte de una infancia más brillante, sonrió burlonamente. Se volvió entonces y retrocedió hacia la plataforma con el sol en la cara. Había llegado la hora de la reunión y mientras caminaba envuelto en los esplendores cada vez más disimulados de la luz del sol, revisó cuidadosamente los puntos principales de su discurso. No debía haber errores en esta asamblea, nada de perseguir imaginarios…

Se perdió en un laberinto de pensamientos que se le escapaban por falta de palabras. Frunciendo el ceño, probó otra vez. Esta asamblea no debía ser diversión sino asunto serio.

Caminó más rápidamente, dándose cuenta a la vez de la necesidad de apresurarse, el sol que declinaba y una brisa que le soplaba en la cara al correr. Este viento le apretaba la camisa gris contra el pecho y notó —en aquella nueva disposición de ánimo— cómo les faldones eran duros como el cartón, y desagradables; notó también cómo los deshilachados bordes de sus pantalones estaban dejándole en la cara anterior de los muslos unas incómodas marcas rosadas. Con un estremecimiento mental, Ralph descubrió suciedad y ruina: entendió cuánto le disgustaba sacarse perpetuamente el pelo de los ojos, y al fin, cuando el sol se había ido darse vuelta ruidosamente en un lecho de hojas secas. Se puso a trotar.

La playa junto al estanque estaba punteada por grupos de niños que esperaban la asamblea. Le hicieron sitio silenciosamente, conscientes de su mal humor y la culpa del fuego.

El lugar de la asamblea donde se detuvo Ralph era aproximadamente un triángulo, pero irregular, e incompleto, como todo lo que hacían. Primero estaba el tronco donde él mismo se sentaba; un árbol muerto que debía haber sido excepcionalmente grande para la plataforma. Quizá lo había llevado allí una de las legendarias tormentas del Pacífico. Este tronco de palmera yacía paralelamente a la playa, de modo que cuando Ralph se sentó se encontró de cara a la isla, pero para los niños era una figura oscura contra el débil resplandor de la laguna. Los otros dos

lados del triángulo eran menos definidos. A la derecha había un leño que unos fondillos inquietos habían pulido en la parte superior, pero no era tan grande como el del jefe, ni tan cómodo. A la izquierda había cuatro troncos pequeños, uno de ellos —el más alejado— lamentablemente suelto. Asamblea tras asamblea habían estallado en risas cuando alguien se había inclinado demasiado hacia atrás y el tronco había girado arrojando de espaldas a media docena de niños. Pero hasta ahora, advirtió Ralph, a nadie se le había ocurrido —ni a él mismo, ni a Jack, ni a Piggy— traer una piedra para fijar el tronco. Así que continuarían soportando el desequilibrado asiento porque, porque… Otra vez se perdió en aguas profundas.

La hierba se había marchitado frente a cada tronco, pero crecía muy alta en el centro del triángulo. Luego, en el vértice, se espesaba otra vez, pues nadie se sentaba allí. Rodeando todo el sitio de la asamblea se alzaban los troncos grises, derechos o inclinados, que sostenían el bajo techo de hojas. A los dos lados se extendía la playa; detrás la laguna; en frente, la oscuridad de la isla.

Ralph se volvió hacia el asiento del jefe. Nunca habían tenido una reunión a esas horas. Por eso el lugar parecía tan distinto. Normalmente en la cara interior del techo verde brillaba una confusión de dorados reflejos, y los rostros estaban iluminados desde arriba, como —pensaba Ralph— cuando uno lleva una linterna eléctrica en la mano. Pero ahora el sol llegaba oblicuamente y las sombras eran lo que debían ser.

Sintió otra vez que caía en aquel raro humor especulativo que le era tan ajeno. Si las caras parecían diferentes según se las iluminase desde arriba o abajo, ¿qué era una cara? ¿Qué era todo?

Se movió con impaciencia. La dificultad era evidente: si uno era jefe tenía que pensar, tenía que saber. Y las ocasiones pasaban, de modo que era necesario decidir enseguida. Había que pensar, pues el pensamiento era algo que valía, que daba resultado…

Pero, decidió Ralph mientras enfrentaba el asiento del jefe, yo no puedo pensar. No como Piggy.

Una vez más aquella tarde, Ralph tuvo que ajustar sus valores. Piggy podía pensar. Podía ir paso a paso en el interior de aquella gorda cabeza suya, sólo que Piggy no era jefe. Pero Piggy, a pesar de su cuerpo ridículo, tenía sesos. Ralph era ahora un especialista en pensamiento, y podía reconocerlo en otros.

El sol en los ojos le recordó cómo pasaba el tiempo, así que tomó el caracol al pie del árbol y examinó su superficie. La exposición al aire había blanqueado los amarillos y rosados, haciéndolos casi transparentes. Ralph sintió una suerte de afectuosa reverencia por el caracol, aunque él mismo lo había sacado de la laguna. Se volvió y se llevó el caracol a los labios.

Los otros estaban esperando esto y se acercaron enseguida. Aquellos que sabían del barco que había pasado cerca de la isla, mientras la hoguera estaba apagada, venían cabizbajos pensando en la ira de Ralph, y todos, incluyendo los pequeños que nada sabían, estaban impresionados por el general aire de solemnidad. El sitio de la

asamblea se llenó rápidamente; Jack, Simon, Maurice, la mayoría de los cazadores, a la derecha de Ralph; el resto a la izquierda, al sol. Piggy llegó y se quedó fuera del triángulo. Esto indicaba que quería escuchar, pero que no hablaría; y Piggy pretendía expresar así su desaprobación.

—Esta es la cuestión: necesitamos una asamblea.

Nadie dijo nada, pero todos volvieron hacia Ralph unas caras atentas. Ralph agitó el caracol en el aire. Había aprendido prácticamente que declaraciones fundamentales como ésta tenían que repetirse por lo menos dos veces, antes que nadie las entendiera. Uno tenía que sentarse, hacer que todas las miradas se fijasen en el caracol, y dejar caer las palabras como pesadas piedras redondas entre los grupitos que esperaban acurrucados o en cuclillas. Buscó en su mente palabras simples, para que hasta los pequeños pudiesen entender el propósito de la asamblea. Más tarde, quizás, los polemistas más hábiles —Jack, Maurice, Piggy— recurrirían a todo su arte para distorsionar la asamblea, pero ahora, al principio, el tema del debate debía exponerse claramente.

—Necesitamos una asamblea. No para divertirnos. No para reírse y caerse del tronco. —Los pequeños sentados en el tronco móvil rieron entre dientes y se miraron —. No para hacer chistes, o para… —Alzó el caracol tratando de encontrar la palabra convincente—. O para mañas. No para estas cosas. Sino para poner las cosas derechas.

Hizo una pausa y automáticamente se echó atrás el pelo. Piggy entró de puntillas en el triángulo, planteada ya su ineficaz protesta, y se unió a los otros niños.

Ralph continuó.

—Hemos tenido muchas asambleas. A todos les gusta hablar y estar juntos. Decidimos cosas. Pero no se hacen. Íbamos a traer agua del arroyo y dejarla en esos cocos bajo hojas frescas. Así fue por unos días. Ahora no hay agua. Los cocos están secos. La gente bebe del río.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—No hay nada malo en beber del río. Quiero decir que yo mismo prefiero tomar agua de ese lugar, la laguna de la cascada, antes que de un viejo coco. Pero habíamos dicho que tendríamos agua aquí. Y ahora no hay. Sólo había dos cocos llenos esta tarde.

Se pasó la lengua por los labios.

—Luego las chozas. Los refugios.

El murmullo subió otra vez y murió.

—Casi todos duermen en refugios. Esta noche, excepto Sam y Eric que cuidan la hoguera, dormiremos aquí. ¿Quién construyó los refugios?

Un clamor se alzó enseguida, Todos habían construido refugios. Ralph tuvo que agitar otra vez el caracol.

—¡Un minuto! Quiero decir, ¿quién construyó los tres? Todos construimos el primero, cuatro de nosotros el segundo, y yo y Simon ese último. Por eso está tan

tambaleante. No. No es para reírse. Ese refugio se derrumbará si vuelve a llover. Necesitaremos entonces esos refugios.

Hizo una pausa y carraspeó.

—Otra cosa. Elegimos esas rocas de más allá del estanque como baños. Está bien elegido. La marea limpia ese lugar. Los pequeños lo saben.

Hubo codazos aquí y allí y miradas furtivas.

—Ahora la gente va a cualquier parte. Aun cerca de los refugios y la plataforma. Los pequeños, cuando están recogiendo fruta, si están apurados…

La asamblea rugió.

—Dije que si están apurados deben alejarse de la fruta. Es sucio.

Otra vez risas.

—¡Dije que es sucio!

Tironeó de su dura camisa gris.

—Es realmente sucio. Si están apurados que crucen la playa hasta las rocas.

Piggy extendió las manos hacia el caracol pero Ralph meneó la cabeza. Este discurso estaba planeado, punto por punto.

—Todos tenemos que usar las rocas otra vez. Este lugar está ensuciándose. —Hizo una pausa. La asamblea sintiendo que se acercaba una crisis estaba tensa y expectante—. Y luego, acerca del fuego.

Ralph dejó escapar el aliento con un pequeño jadeo que fue repetido por el auditorio. Jack se puso a cortar un trozo de madera con el cuchillo y le murmuró algo a Roben, que apartó los ojos.

—El fuego es lo más importante en la isla. No podemos contar sólo con la suerte para que nos rescaten. Es necesario que tengamos encendido un fuego. ¿Es demasiado?

Extendió un brazo.

—¡Mirad! ¿Cuántos somos? Y sin embargo no podemos mantener un fuego que haga humo. ¿No es así? Deberíamos… deberíamos morir antes que dejar apagar el fuego.

Hubo unas afectadas risitas entre los cazadores. Ralph se volvió apasionadamente hacia ellos.

—¡Vosotros los cazadores! ¡Sí, muchas risas! Pero repito que el humo es más importante que el cerdo, aunque se maten muchos cerdos. —Abrió los brazos y se volvió hacia todo el triángulo—. Tenemos que hacer humo allá arriba… o morir.

Hizo una pausa, pensando en el próximo punto.

—Y otra cosa.

Alguien habló:

—Demasiadas cosas.

Hubo unos murmullos de asentimiento. Ralph los ignoró.

—Y otra cosa. Casi incendiamos la isla. Y perdemos tiempo arrastrando piedras y haciendo pequeños fuegos para cocinar. Ahora diré esto y será una regla, porque soy

el jefe. No haremos fuegos en ninguna parte sino en la montaña. Siempre.

Estalló un alboroto. Algunos niños se pusieron de pie y gritaron. Ralph les gritó a su vez.

—Porque si se necesita fuego para cocinar un pescado o un cangrejo nada cuesta ir a la cima de la montaña. De ese modo estaremos seguros.

Unas manos se extendían hacia el caracol a la luz del sol poniente. Ralph apretó el caracol y se subió de un salto al tronco.

—Esto quería decir. Ahora ya lo dije. Me votaron como jefe, y se hará lo que digo.

Los niños se calmaron, lentamente, y al fin se sentaron otra vez. Ralph bajó del tronco y habló en su voz de siempre.

—No hay que olvidarse. Las rocas como baños. El fuego siempre encendido y el humo como señal. Nada de traer fuego de la montaña. Se llevará arriba la comida.

Jack se incorporó, frunciendo el ceño en la oscuridad, y extendió las manos.

—No terminé aún.

—¡Pero hablaste y hablaste!

—Tengo el caracol…

Jack se sentó, refunfuñando.

—La última cosa. De esto pueden hablar todos.

Esperó hasta que el silencio se extendió por toda la plataforma.

—Las cosas están derrumbándose. No entiendo por qué. Empezamos bien; éramos felices. Y luego…

Movió suavemente el caracol, mirando más allá dé los niños, recordando la bestia, la serpiente, el fuego, las charlas de miedo.

—Luego la gente empezó a asustarse.

Un murmullo, casi un gemido, se alzó y desvaneció, Jack había dejado de cortar la madera. Ralph prosiguió, abruptamente.

—Pero eso es charla de chicos. Eso no se discute. Así que lo último, lo que podemos discutir todos, es el asunto del miedo.

El pelo le caía sobre los ojos otra vez.

—Tenemos que hablar de este miedo y decidir que no es nada. Yo mismo estoy asustado, a veces. Pero es un disparate. No hay fantasmas. Luego, cuando hayamos decidido esto, podemos empezar otra vez y tener cuidado en cosas como el fuego. —Vio fugazmente la imagen de tres niños que caminaban a lo largo de la playa brillante —. Y ser felices.

Ceremoniosamente, Ralph dejó el caracol en el tronco, como señal de que el discurso habla terminado. La luz llegaba ahora en rayos horizontales.

Jack se incorporó y tomó el caracol.

—Así que esta reunión es para saber cómo son las cosas. Yo diré cómo son. Los pequeños empezaron todo esto, con la charla de miedo. ¡Bestias! ¿De dónde? Claro que tenemos miedo a veces, pero nos dominamos. Sólo que Ralph dice que los

pequeños gritan de noche. ¿Qué significa eso sino pesadillas? Por otra parte, los pequeños no cazan ni ayudan en las chozas ni en nada. Son un montón de nenes llorones y mujercitas. Eso es. Y en cuanto al miedo… tienen que dominarse como el resto de nosotros.

Ralph miraba a Jack con la boca abierta, pero Jack no se dio por enterado.

—El asunto es este: el miedo no puede hacer más daño que un sueño. No hay bestias que puedan asustarnos en esta isla. —Miró a lo largo de la fila de pequeños susurrantes—. ¡Bien se lo merecen si algo los agarra, inútil montón de nenes llorones! Pero no hay ningún animal.

Ralph lo interrumpió bruscamente.

—¿Qué es todo esto? ¿Quién habló de un animal?

—Tú, el otro día. Dijiste que ellos sueñan y lloran. Ahora hablan, no sólo los pequeños, sino a veces mis cazadores, hablan de una cosa, una cosa oscura, una bestia, una especie de animal. Los he oído. Parecía que no, ¿eh? Pero yo digo que no hay animales grandes en islas pequeñas. Sólo cerdos. Sólo hay leones y tigres en países grandes como África y la india…

—Y el zoológico…

—Tengo el caracol. No hablo del miedo. Hablo de la bestia. Que se asusten si quieren. Pero en cuanto a la bestia…

Jack hizo una pausa, acunando el caracol, y se volvió a sus cazadores de sucias gorras negras.

—¿Soy un cazador o no?

Ellos asintieron, simplemente. Era de veras un cazador. Nadie lo dudaba.

—Bueno, entonces… he estado en toda la isla. Solo. Si hubiera una bestia yo la habría visto. Que se asusten si son así… pero no hay bestias en el bosque.

Jack dejó el caracol y se sentó. Toda la asamblea lo aplaudió con alivio. Luego Piggy extendió la mano.

—No estoy de acuerdo con todo lo que dijo Jack, pero sí con algo. Claro que no hay una bestia en el bosque. ¿Qué comería una bestia?

—Cerdo.

—Nosotros comemos cerdo[4].

—¡Piggy!

—¡Tengo el caracol! —dijo Piggy indignado—. Ralph… tienen que callarse, ¿no es cierto? ¡Silencio, pequeños! Quiero decir que no estoy de acuerdo con eso del miedo. Claro que no hay nada de qué tener miedo en la selva. ¡Si yo mismo estuve allí! Se ha estado hablando de fantasmas y cosas parecidas. Sabemos lo que pasa, y si algo anda mal hay alguien que puede arreglarlo.

Se sacó los lentes y parpadeó. El sol se había ido como si hubiesen apagado la luz.

Piggy se puso a explicar.

—Si alguien tiene dolor de estómago, pequeño o grande…

—El tuyo es grande.

—Cuando se terminen las risas quizá podamos seguir con la reunión. Y si los pequeños se echan hacia atrás en ese tronco pronto se caerán de espaldas. Así que será mejor que se sienten en el suelo y escuchen. No. Hay doctores para todo, hasta para dentro de la cabeza. No es posible decir que estamos asustados todo el tiempo por nada. La vida —dijo Piggy expansivamente— es científica, eso es. Dentro de un año o dos cuando termine la guerra habrá viajes de ida y vuelta a Marte. Sé que no hay bestia, no con garras y todo eso, quiero decir, y sé que tampoco hay miedo.

Piggy hizo una pausa.

—Pero…

Ralph se movió impacientemente.

—¿Pero qué?

—Pero puede asustarnos la gente.

Un sonido, de risa y burla a la vez, se alzó de los niños sentados. Piggy inclinó la cabeza y siguió hablando con rapidez.

—Escuchemos entonces a ese pequeño que hablaba de una bestia y quizá podamos demostrarle qué tonto es eso.

Los pequeños empezaron a darse codazos, luego uno se adelantó.

—¿Cómo te llamas?

—Phil.

Mostraba bastante confianza en sí mismo para su edad, sosteniendo el caracol en las manos como había hecho Ralph, mirando alrededor para atraer la atención de todos antes de hablar.

—Anoche tuve un sueño, un sueño horrible, y yo luchaba con cosas. Yo estaba solo fuera del refugio, luchando con cosas, esas cosas enredadas de los árboles.

Hizo una pausa y los otros pequeños se rieron en horrorizada simpatía.

—Luego me asusté y desperté. Y yo estaba fuera del refugio, solo en la oscuridad, y las cosas retorcidas se habían ido.

El vívido horror de este episodio, tan probable y tan desnudamente terrible, los dejó silenciosos. La voz del niño siguió recitando en un tono agudo desde detrás del caracol blanco.

—Y yo estaba asustado y empecé a llamar a Ralph y entonces vi que algo se moría entre los árboles, algo grande y horrible.

Hizo una pausa, aterrorizado por el recuerdo, pero orgulloso sin embargo de la impresión que causaba.

—Fue una pesadilla —comentó Ralph—, caminó en sueños.

La asamblea emitió un murmullo de sumisa conformidad.

El pequeño sacudió la cabeza tercamente.

—Yo estaba dormido cuando las cosas retorcidas luchaban, y cuando se fueron estaba despierto, y vi algo grande y horrible que se movía entre los árboles.

Ralph extendió las manos hacia el caracol y el pequeño se sentó.

—Estabas dormido. No había nadie allí. ¿Cómo podía haber alguien andando por la selva de noche? ¿Había alguien? ¿Alguien salió?

Hubo una larga pausa mientras la asamblea sonreía con una mueca ante el pensamiento de alguien que se paseaba por la oscuridad. Luego Simon se puso de pie y Ralph lo miró asombrado.

—¡Tú! ¿Qué andabas buscando en la oscuridad?

Simon apretó convulsivamente el caracol.

—Yo quería… ir a un sitio… un sitio que conozco.

—¿Qué sitio?

—Un sitio que conozco, nada más. Un sitio en la selva.

Simon titubeaba.

Jack resolvió la cuestión con aquel desprecio en su voz que podía sonar tan gracioso y tan definitivo.

—Estaba apurado.

Sintiendo la humillación de Simon, Ralph tomó otra vez el caracol, mirando a Simon seriamente a la cara.

—Bueno, no lo hagas otra vez. ¿Entiendes? No de noche. Ya se dicen bastantes tonterías sobre una bestia, sin que los pequeños te vean deslizándote como…

En la risa burlona que estalló entonces había miedo y condenación. Simon abrió la boca para hablar, pero Ralph tenía el caracol así que regresó a su asiento.

Cuando la asamblea calló, Ralph se volvió hacia Piggy.

—¿Bueno, Piggy?

—Hay otro. Él.

Los pequeños empujaron a Percival hacia adelante y luego lo dejaron solo. Percival se quedó en el centro del triángulo, hundido hasta las rodillas en la hierba, mirándose los pies ocultos, Ralph recordó la figura de otro pequeño y la hizo a un lado. Había empujado hacia abajo el pensamiento, hundiéndolo para no verlo más, y sólo una imagen como ésta podía traerlo de nuevo a la superficie. No se había contado más a los pequeños, en parte porque no había modo de asegurar que se los hubiese reunido a todos, y en parte porque Ralph conocía por lo menos una respuesta a las preguntas que había hecho Piggy en la cima de la montaña. Había niños pequeños rubios, oscuros, pecosos, y sucios, todos, pero sus caras estaban terriblemente libres de manchas. Nadie había visto de nuevo la violácea marca de nacimiento. Pero aquella vez Piggy había provocado e intimidado. Admitiendo tácitamente que recordaba lo que no debía mencionarse, Ralph le hizo un signo afirmativo a Piggy.

—Adelante. Pregúntale.

Piggy se arrodilló, sosteniendo el caracol.

—Bueno. ¿Cómo te llamas?

El niño se retorció. Piggy se volvió descorazonado hacia Ralph, quien habló en un tono cortante.

—¿Cómo te llamas?

Atormentada por el silencio y el desaire la asamblea estalló en un coro.

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas?

—¡Silencio!

Ralph miró de cerca al niño en la oscuridad.

—Dinos. ¿Cómo te llamas?

Percival Wemys Madison. La Vicaría, Harcourt St. Anthony, Hants, teléfono, teléfono, telé…

Como si esta información estuviese profundamente enraizada en los manantiales de la pena, el pequeño sollozó. Arrugó la cara, le saltaron las lágrimas, abrió la boca, hasta que los otros vieron un cuadrado agujero negro. Al principio fue una silenciosa efigie de la pena, pero luego un lamento se alzó en él, largo y firme como la voz del caracol.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Percival Wemys Madison no se callaba. Se había abierto una fuente, más allá del alcance de la autoridad o aun de la amenaza física. El llanto siguió, sin interrumpirse, y parecía sostener en pie a la criatura, como si la hubiesen clavado a ese llanto.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Los pequeños rompieron entonces su silencio. Se les había recordado sus penas personales, y quizás sentían que debían compartir una pena, que era universal. Se echaron a llorar, dos de ellos casi tan alto como Percival.

Maurice salvó la situación.

—¡Atención! —gritó.

Fingió que se caía. Se frotó el trasero y se sentó en el tronco rodante de modo que cayó en la hierba. Eran torpes payasadas, pero Percival y los otros se sorbieron los mocos y se echaron a reír. Al fin todos estaban riéndose de un modo tan absurdo que los más grandes se unieron a ellos.

Jack fue el primero en hacerse oír. No tenía el caracol, y por lo tanto habló contra las reglas; pero a nadie le importó.

—¿Y qué hay de esa bestia?

Algo raro le ocurría a Percival. Bostezaba y se tambaleaba, de modo que Jack lo tomó por los hombros y lo sacudió.

—¿Dónde vive la bestia?

Percival se encogió entre las manos de Jack.

—Es una bestia inteligente —dijo Piggy, burlón—, si puede esconderse en esta isla.

—Jack estuvo en todas partes…

—¿Dónde puede vivir una bestia?

—¿Qué bestia es ésa?

Percival murmuró algo y la asamblea se rio otra vez. Ralph se inclinó hacia adelante.

—¿Qué dice?

Jack escuchó la respuesta de Percival y luego lo soltó. Percival, rodeado por la consoladora presencia de seres humanos, se echó a dormir entre las altas hierbas.

Jack carraspeó y luego informó casualmente:

—Dice que la bestia sale del mar.

La última risa murió. Ralph se volvió involuntariamente una figura negra y encorvada contra la laguna. La asamblea miró con él, consideró las vastas extensiones de agua, la alta mar más allá, el desconocido azul de infinitas posibilidades; escuchó silenciosamente los suspiros y susurros del acantilado.

Maurice habló tan alto que los otros se sobresaltaron.

—Papá decía que aún no descubrieron todos los animales del mar.

La discusión estalló otra vez. Ralph le alargó el brillante caracol a Maurice. La asamblea se calmó.

—Quiero decir que cuando Jack habla de que uno puede asustarse porque la gente se asusta siempre, tiene razón. Pero cuando dice que sólo hay cerdos en la isla yo espero que tenga razón, pero él no lo sabe, no realmente, no de veras quiero decir. —Maurice tomó aliento—. Mi papá dice que hay cosas, esas que echan tinta, calamares, de cientos de metros de largo y que pueden tragarse una ballena. —Hizo otra pausa y se rio alegremente—. No creo en la bestia, claro. Como dice Piggy, la vida es científica, pero no sabemos, ¿no es cierto? No de veras quiero decir.

Alguien gritó.

—¡Un calamar no puede salir del agua!

—¡Puede!

—¡No puede!

En un momento la plataforma se llenó de sombras que discutían y gesticulaban. Para Ralph, que miraba desde su asiento, aquello era el derrumbe de toda cordura. Miedo, bestias, gente que no quería entender que el fuego era lo más importante. Y cuando uno trataba de aclararlo todo, la discusión lo enturbiaba otra vez, sacando a luz asuntos desagradables.

Vio algo blanco en la oscuridad cerca de él así que se lo sacó a Maurice y sopló con todas sus fuerzas. La asamblea calló de pronto. Simon estaba a su lado, apoyando las manos en el caracol. Sentía una imperiosa necesidad de hablar, pero hablar en la asamblea era para él algo terrible.

—Quizás —dijo titubeando—, quizás hay una bestia.

La asamblea gritó salvajemente y Ralph se incorporó asombrado.

—¿Tú, Simon? ¿Crees en eso?

—No sé —dijo Simon. Los golpes del corazón lo ahogaban—. Pero…

La tormenta estalló.

—¡Siéntate!

—¡Cállate!

—¡Toma el caracol!

—¡Vete!

—¡Cállate!

Ralph gritó.

—¡Hay que escucharlo! ¡Tiene el caracol!

—Quiero decir que… quizás somos sólo nosotros.

—¡Está chiflado!

Esto de Piggy, que había llegado a perder su decoro. Simon continuó:

—Podemos ser una especie de…

Simon tartamudeó esforzándose por expresar la enfermedad esencial de la humanidad. De pronto se sintió inspirado.

—¿Qué cosa es la más sucia?

En el silencio de incomprensión que siguió entonces Jack dejó caer como respuesta unas crudas sílabas expresivas. El alivio fue como un orgasmo. Los pequeños que se habían subido al tronco cayeron otra vez y no les importó. Los cazadores chillaban de placer.

El esfuerzo de Simon se hizo pedazos. La risa lo golpeó cruelmente y se retiró encogido a su asiento.

Al fin la asamblea calló otra vez. Alguien habló fuera de turno.

—Quizá hable de una especie de fantasma.

Ralph alzó el caracol y clavó los ojos en la oscuridad. Lo más claro era la playa pálida. ¿Seguramente los pequeños estaban más cerca? Sí, no había duda, formaban un apretado nudo de cuerpos en la hierba del triángulo. Un viento hizo hablar las palmeras y el ruido pareció muy alto ahora en la sombra y el silencio. Dos troncos grises se rozaban con un maligno crujido que nadie había notado en las horas del día.

Piggy le sacó el caracol de las manos. Habló con una voz indignada.

—¡Yo no creo en fantasmas, jamás!

Jack se había incorporado también, inexplicablemente enojado.

—¡A quién le importa lo que crees! ¡Fatty!

—¡Tengo el caracol!

Se oyó el sonido de un forcejeo y el caracol fue de aquí para allí.

—¡Devuélveme el caracol!

Ralph se metió entre los dos y recibió un golpe en el pecho. Le arrancó el caracol a alguien y se sentó sin aliento.

—Se habla demasiado de fantasmas. Tendremos que dejar todo esto para la luz del día.

Una voz susurrante y anónima interrumpió:

—Quizás la bestia es eso… un fantasma.

La asamblea se sacudió como en un viento.

—Hay mucha charla fuera de turno —dijo Ralph—. No tendremos verdaderas asambleas si no se cumplen las reglas.

Se detuvo otra vez, el cuidadoso plan de esta asamblea se había derrumbado.

—¿Qué podría decir ahora? Me equivoqué al llamar tan tarde a la asamblea. Volaremos el asunto; me refiero a los fantasmas, y luego iremos a los refugios porque todos estamos cansados. ¿Jack? Un minuto. Diré claramente que no creo en fantasmas. O no me parece que crea. Pero no me gusta pensar en eso. No ahora, en la oscuridad. Pero vamos a decidir cómo son las cosas.

Alzó el caracol un momento.

—Muy bien entonces. Supongo que saber cómo son las cosas es saber si hay fantasmas o no.

Pensó un momento, e hizo la pregunta.

—¿Quién piensa que puede haber fantasmas?

Durante un largo tiempo hubo un silencio y nadie se movió aparentemente. Luego Ralph miró en la oscuridad y vislumbró las manos. Habló inexpresivamente.

—Ya veo.

El mundo, aquel mundo comprensible y legal, estaba desapareciendo. Antes había sido esto y aquello; y ahora… y el barco se había ido.

Le arrebataron el caracol de las manos y la voz de Piggy chilló.

—¡Yo no voté por los fantasmas!

Giró en redondo enfrentando a la asamblea.

—¿Qué somos? ¿Humanos? ¿O animales? ¿O salvajes? ¿Qué va a pensar la gente mayor? Ir de cualquier modo… cazar cerdos… dejar que el fuego se apague… ¡y ahora esto!

Una sombra se alzó ante él, tempestuosamente.

—¡Tú cállate, tú, gordo zángano!

Hubo un momento de lucha y la luz trémula del caracol subió y bajó. Ralph se incorporó de un salto.

—¡Jack! ¡Jack! ¡No tienes el caracol! ¡Déjalo hablar!

La cara de Jack surgió a su lado.

—¡Y tú, cállate! ¿Quién eres tú después de todo? Sentado ahí… diciéndole a la gente qué debe hacer. No sabes cazar, no sabes cantar…

—Soy jefe. Me eligieron.

—¿Y qué importa? Dando órdenes que no tienen sentido…

—Piggy tiene el caracol.

—Eso es… favorece a Piggy como siempre…

—¡Jack!

La voz de Jack fue un amargo remedo.

—¡Jack! ¡Jack!

—¡Las reglas! —gritó Ralph—. ¡Estás quebrando las reglas!

—¿Qué me importa?

Ralph recurrió a todo su ingenio.

—¡Porque las reglas son lo único que tenemos!

—¡Al diablo con las reglas! Somos fuertes… ¡cazamos! Si hay una bestia, ¡la

cazaremos! ¡La cercaremos y golpearemos y golpearemos y golpearemos!

Lanzó un salvaje alarido y saltó a las arenas pálidas. En un instante la plataforma se llenó de ruido y excitación, forcejeos, gritos y risa. La asamblea se disgregó y se transformó en figuras dispersas que iban charlando de las palmeras al agua y a lo largo de la playa, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Ralph notó que el caracol le rozaba la mejilla y lo tomó de manos de Piggy.

—¿Qué van a decir los mayores? —gritó Piggy otra vez—. ¡Míralos!

De la playa llegaba el sonido de un remedo de cacería, risas histéricas y verdadero terror.

—Toca el caracol, Ralph.

Piggy estaba tan terca que Ralph podía ver el brillo de su único cristal.

—El fuego. ¿No se dan cuenta?

—Tienes que ser duro ahora. Hazles hacer lo que quieres.

Ralph respondió con la voz prudente de quien repasa un teorema.

—Si soplo el caracol y ellos no vuelven, ya nada podremos hacer. No habrá más fuego. Seremos como animales. Nunca nos rescatarán.

—Si no tocas, seremos pronto animales de todos modos. No puedo ver qué hacen, pero puedo oír.

Las dispersas figuras se habían agrupado en la arena y eran una masa oscura y densa que daba vueltas. Cantaban algo, y los pequeños que ya habían pasado por demasiadas cosas se alejaban tambaleándose, llorando. Ralph se llevó el caracol a la boca y lo bajó.

—El problema es éste: ¿hay fantasmas, Piggy? ¿O bestias?

—Claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque las cosas no tendrían sentido. Las casas y calles, y… la TV… no funcionarían.

Los niños que bailaban y cantaban se habían ido alejando y ahora el sonido sólo era un ritmo sin palabras.

—¿Pero y si no tuvieran sentido? ¿No aquí, en esta isla? ¿Y si hubiera cosas mirándonos y esperando?

Ralph se estremeció violentamente y se acercó más a Piggy de modo que chocaron asustándose.

—¡No hables así! Tenemos bastantes problemas, Ralph, y yo ya no aguanto mucho más. Si hay fantasmas…

—Tendré que renunciar a ser jefe. Óyelos.

—¡Oh Señor! ¡Oh no!

Piggy apretó el brazo de Ralph.

—Si Jack es jefe nos hará cazar a todos y no habrá fuego. Estaremos aquí hasta el día de la muerte.

Su voz se elevó en un chillido.

—¿Quién está ahí?

—Yo. Simon.

—Bonito grupo hacemos —dijo Ralph—. Tres lauchas ciegas. Renunciaré.

—Si renuncias —dijo Piggy en un espantado susurro—, ¿qué me pasará?

—Nada.

—Me odia. No sé por qué. Si él pudiera hacer lo que quiere… Tú estás bien, te respeta. Además… lo golpeaste.

—Tú también tuviste una buena pelea con él hace un rato.

—Yo tenía el caracol —dijo Piggy sencillamente—. Tenía derecho a hablar.

Simon se movió en la oscuridad.

—Sigue siendo jefe.

—¡Cállate tú, Simon! ¿Cómo no pudiste decir que no había una bestia?

—Le tengo miedo —dijo Piggy—, y por eso lo conozco. Si le tienes miedo a alguien, lo odias, pero no puedes dejar de pensar en él. Te dices que es una buena persona realmente, y luego cuando lo ves otra vez… es como el asma y no puedes respirar. Te diré. Te odia a ti también, Ralph…

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—No sé. Le gritaste por el fuego; y tú eres jefe y él no.

—Pero él es… es… ¡Jack Merridew!

—Estuve en cama mucho tiempo y pensé. Sé cosas de la gente. Y de mí. Y de él. No puede hacerte daño; pero si tú te sales del camino hará daño a quien esté más cerca. Y ése soy yo.

—Piggy tiene razón, Ralph. Estás tú, y Jack. Sigue siendo jefe.

—No vamos a ninguna parte y todo está estropeándose. En casa había siempre una persona mayor. Por favor, señor; por favor, señorita; y te daban una respuesta. Cómo me gustaría…

—Me gustaría que mi tía estuviese aquí.

—Me gustaría que mi padre… ¡Oh, es inútil!

—Hay que tener encendido el fuego.

El baile había terminado y los cazadores volvían a los refugios.

—Los mayores conocen cosas —dijo Piggy—. No le tienen miedo a la oscuridad. Se reúnen y toman té y discuten. Entonces todo marcharía bien…

—No incendiarían la isla. Ni perderían…

—Construirían un barco…

Los tres niños, de pie en la oscuridad, se esforzaban inútilmente en evocar la majestad de la vida adulta.

—No se pelearían.

—Ni me romperían los lentes…

Ni hablarían de la bestia…

—Si por lo menos pudiesen enviarnos un mensaje —exclamó Ralph desesperadamente—. Sí pudiesen enviarnos algo de ellos… una señal o algo.

Un agudo gemido se alzó en la oscuridad helándoles la sangre y apretándolos unos contra otros. Luego el gemido subió, remoto y sobrenatural, y se transformó en un inarticulado farfulleo. Percival Wemys Madison, de la Vicaría, Harcourt, St. Anthony, acostado en la hierba vivía circunstancias en las que el encantamiento de su dirección no podía ayudarlo.

6

La bestia del aire

NO QUEDABA otra luz que la de las estrellas. Cuando entendieron de dónde venía aquel ruido fantasmal, y Percival calló otra vez, Ralph y Simon lo alzaron torpemente y lo llevaron a un refugio. Piggy no se separó de ellos a pesar de sus valientes palabras y los tres niños mayores fueron juntos al próximo refugio. Se tendieron en las ruidosas hojas secas, revolviéndose inquietos, y observando el cuadro de estrellas de la abertura que miraba a la laguna. A veces algún pequeño lloraba en otro refugio y en una ocasión uno de los mayores habló en la oscuridad. Luego ellos también se quedaron dormidos.

Una luna de plata se alzó en el horizonte, apenas bastante grande como para trazar un sendero de luz, aun cuando se apoyaba en el agua; pero había otras luces en el cielo, que se movían rápidamente, parpadeaban, o desaparecían, aunque ni siquiera llegaba un chasquido de la batalla que se libraba a quince kilómetros de altura. Pero llegó un signo del mundo de los adultos, aunque a esa hora no había ningún niño despierto que pudiese interpretarlo. Hubo de pronto una brillante explosión, y una estela en tirabuzón cruzó el cielo; luego, la oscuridad otra vez, y las estrellas. Hubo un punto sobre la isla, una figura que descendió rápidamente bajo un paracaídas, una figura que colgaba con bamboleantes miembros. Los cambiantes vientos de las distintas altitudes arrastraban a la figura a su antojo. Luego, a cinco kilómetros de altura, el viento se serenó y la llevó en una curva descendente por el cielo, en una línea oblicua que cruzó los arrecifes y la laguna hacia la montaña. La figura cayó y se encogió entre las flores azules de la pendiente, pero ahora había también allí una suave brisa, y el paracaídas aleteó y golpeó y tironeó. Así que la figura, de espaldas, arrastrando los pies, se deslizó montaña arriba. Metro a metro, soplo a soplo, la brisa arrastró la figura entre las flores azules, sobre los pedruscos y las piedras rojas, hasta que quedó acurrucada entre las rocas dispersas de la cima. Aquí la brisa soplaba firmemente, y las cuerdas del paracaídas se entremezclaron sosteniendo la sentada figura, con la encasquetada cabeza entre las rodillas. Cuando la brisa soplaba con más fuerza las cuerdas se estiraban, y estos tironeos alzaban la cabeza y el pecho, de modo que la figura parecía espiar la cima de la montaña. Luego, cada vez que cedía el viento, las cuerdas se aflojaban y la figura caía hacia adelante otra vez, hundiendo la cabeza entre las rodillas. Así, mientras las estrellas se movían por el cielo, la figura de la cima de la montaña saludaba y caía y saludaba otra vez.

En la oscuridad de las primeras horas del alba hubo unos ruidos junto a una roca, en la falda de la montaña, no muy lejos de la cima. Dos niños arrastraban una pila de

matorrales y hojas secas, dos sombras oscuras y somnolientas que hablaban entre ellas. Eran los mellizos, preparando la hoguera. En teoría uno tenía que vigilar mientras el otro dormía. Pero no eran capaces de hacer las cosas con cierta cordura, si eso significaba actuar independientemente, y como quedarse despiertos toda la noche era imposible, se iban a dormir juntos. Ahora se acercaban a la mancha más oscura que había sido el fuego de las señales, bostezando, frotándose los ojos, pisando con pies experimentados. Cuando llegaron a las cenizas se detuvieron bostezando, y uno volvió rápidamente a buscar más ramas y hojas.

El otro se arrodilló.

—Me parece que está apagado.

Removió las cenizas con las ramitas que le pusieron en las manos.

—No.

Se echó boca abajo y acercó la boca a los carbones soplando suavemente. Le apareció la cara, iluminada de rojo. Dejó de soplar un momento.

—Sam…, dame…

—… madera de yesca.

Eric se inclinó y sopló otra vez suavemente hasta que los carbones brillaron. Sam metió la madera de yesca en el rescoldo, luego una rama. El resplandor aumentó y la rama empezó a arder. Sam apiló más ramas.

—No quemes todo —dijo Eric—. Estás poniendo demasiado.

—Calentémonos.

—Habrá que traer más madera.

—Tengo frío.

—Yo también.

—Además, está…

—… oscuro. Bueno.

Eric retrocedió en cuclillas y miró cómo Sam hacía el fuego. Sam preparó un pabellón de maderas y el fuego ardió sin peligro.

—No faltó mucho.

—Él estuvo…

—Pesado.

—Hum.

Durante unos momentos los mellizos miraron el fuego en silencio.

—¿No estuvo pesado?

—Acerca de…

—El fuego y el cerdo.

—Por suerte se las tomó con Jack y no con nosotros.

—Hum. ¿Recuerdas al viejo Pesado en la escuela?

—«Niño… ¡poco-a-poco-me-está-usted-volviendo-loco!».

Los mellizos compartieron su idéntica risa, luego recordaron la oscuridad y otras cosas y miraron alrededor intranquilos. El fuego, ocupado en el pabellón de maderas,

retuvo fácilmente sus miradas. Eric observó los escurridizos insectos de la madera, que eran tan frenéticamente incapaces de evitar las llamas, y pensó en la primera hoguera… allá en la pendiente más abrupta de la montaña, donde la oscuridad era completa ahora. No le gustaba recordarla, y apartó los ojos hacia la cima.

El calor irradiaba ahora, y los golpeaba agradablemente. Sam se divertía en añadir ramas al fuego desde muy cerca. Eric extendió las manos, buscando la distancia a la que el fuego era apenas soportable. Mirando ociosamente más allá del fuego dio a las sombras chatas de las rocas sus contornos de la luz del día. Allí estaba la gran roca, y allí las tres piedras, la roca hendida, y más allá había una entrada…

—Sam.

—¿Hum?

—Nada.

Las llamas devoraban las ramas, la corteza se retorcía y caía, la madera estallaba. El pabellón cayó y lanzó un amplio círculo de luz.

—Sam.

—¿Hum?

—¡Sam! ¡Sam!

Sam miró a Eric con irritación. La intensidad de la mirada de Eric parecía indicar algo terrible. Sam estaba de espaldas. Gateó alrededor del fuego, se agachó junto a Eric, y miró. Se quedaron inmóviles, abrazados, cuatro ojos que no parpadeaban y dos bocas abiertas.

Abajo, lejos, los árboles de la floresta suspiraron, y luego rugieron. El cabello se les movió sobre las frentes y las llamas se alzaron a un lado. A quince metros de distancia se oyó el restallar de una tela.

Ninguno de los dos gritó, pero se abrazaron con más fuerza y fruncieron las bocas. Durante quizás diez segundos estuvieron así agachados mientras el fuego se sacudía echando humo y chispas y ondas de luz inconstante sobre la cima de la montaña.

Luego como si sólo tuviesen una sola mente aterrorizada bajaron gateando por las rocas y huyeron.

Ralph estaba soñando. Se había dormido luego de interminables sacudidas y ruidosas medias vueltas entre las hojas secas. Ni siquiera los sonidos de pesadilla de los otros refugios llegaban a él, pues estaba otra vez en el lugar de donde había venido, alimentando a los ponies con azúcar por encima de la pared del jardín. Luego alguien le sacudió el brazo, diciéndole que era la hora del té.

—¡Ralph, despierta!

Las hojas rugían como el mar.

—¡Ralph, despierta!

—¿Qué pasa?

—Vimos…

—… a la bestia…

—… ¡claramente!

—¿Quién es? ¿Los mellizos?

—Vimos a la bestia.

—Silencio. ¡Piggy!

Las hojas rugían aún. Piggy tropezó con Ralph y un mellizo lo tomó por el brazo cuando iba hacia el cuadro de estrellas pálidas.

—No puedes salir. ¡Es horrible!

—Piggy, ¿dónde están las lanzas?

—Oigo el…

—Silencio. Quédate quieto.

Se quedaron allí, escuchando, primero con incredulidad y luego terror, la descripción que susurraban los mellizos entre pausas silenciosas. Pronto la oscuridad se llenó de garras, de algo terriblemente desconocido y amenazas. Un alba interminable apagó las estrellas, y al fin la luz, triste y gris, se filtró en el refugio. Empezaron a moverse aunque el mundo fuera del refugio era aún increíblemente peligroso. El laberinto de la oscuridad se transformó en cercanías y lejanías, y en lo más alto del cielo el color entibió unas nubes. Un solitario pájaro marino alzó vuelo con un grito ronco y hubo un eco, y algo chilló en la floresta. Unas franjas de nubes enrojecieron sobre el horizonte, y las emplumadas copas de las palmeras fueron verdes.

Ralph se arrodilló a la entrada del refugio y miró cautamente alrededor.

—Samieric. Llamad a una asamblea. Sin hacer ruido.

Los mellizos, abrazándose temblorosamente, desafiaron los pocos metros que los separaban del próximo refugio y comunicaron las terribles nuevas. Ralph se incorporó y caminó dignamente hasta la plataforma, aunque sintiendo que se le erizaba la piel de la espalda. Piggy y Simon lo siguieron y los otros niños salieron detrás a hurtadillas.

Ralph tomó el caracol que había quedado en el tronco pulido y se lo llevó a los labios; pero titubeó y no sopló. En cambio alzó el caracol y lo mostró a los otros y todos entendieron.

Los rayos del sol que habían estado subiendo en abanico desde el horizonte, bajaban ahora a la altura de los ojos. Ralph miró un momento el creciente semicírculo de oro que los iluminaba desde la derecha y parecía hacer posible un discurso. Los niños alzaban ante él un erizado círculo de lanzas de caza.

Le alcanzó el caracol a Eric, el más próximo de los mellizos.

—Vimos a la bestia con nuestros propios ojos. No, no estábamos dormidos.

Sam continuó la historia. La costumbre había establecido que bastaba un caracol para los dos mellizos, pues se reconocía su sustancial unidad.

—Era peluda. Algo se movía detrás de la cabeza… alas. La bestia se movía

también…

Era espantosa. Se levantaba…

—Brillaba el fuego…

—Lo habíamos encendido en ese momento…

—… poníamos más leña…

—Tenía ojos…

—Dientes…

—Garras…

—Corrimos tan rápido como pudimos…

—Tropezando…

—La bestia nos siguió…

—Vi cómo se escurría detrás de los árboles…

—Casi me tocó…

Ralph apuntó temerosamente a la cara de Eric, cubierta de arañazos de los matorrales.

—¿Cómo te hiciste eso?

Eric se tocó la cara.

—Tengo la piel áspera. ¿Sangre?

El círculo de niños se encogió de horror. Johnny bostezando aún, estalló en un llanto ruidoso y Bill lo abofeteó hasta que se tragó las lágrimas. La mañana brillante estaba llena de amenazas y el círculo empezó a cambiar. Miraba hacia afuera, más que hacia adentro, y las lanzas de madera afilada eran como una cerca. Jack los llamó otra vez al centro.

—¡Esto será una verdadera cacería! ¿Quién viene?

Ralph se movió impacientemente.

—Esas lanzas son de madera. No seas tonto.

Jack lo miró con desprecio.

—¿Asustado?

—Claro que sí. ¿Quién no lo estaría?

Se volvió a los mellizos, anhelante, pero sin esperanza.

—No será una broma…

La respuesta fue demasiado enfática para que hubiese alguna duda.

Piggy tomó el caracol.

¿No podríamos… quedarnos aquí? Quizá la bestia no se acerque a nosotros.

Si no hubiese sido por la idea de que algo los estaba mirando, Ralph le hubiera gritado.

—¿Quedarnos aquí? ¿Y vivir apretados en este pedazo de isla, siempre vigilando? ¿Cómo conseguiremos comida? ¿Y el fuego?

—Vamos, adelante —dijo Jack, inquieto—, estamos perdiendo tiempo.

—No. ¿Qué hacemos con los pequeños?

—¡Al diablo los pequeños!

—Alguien tiene que cuidarlos.

—Nadie los cuidó hasta ahora.

—¡Porque no era necesario! Ya sé. Los cuidará Piggy.

—Eso es. Aleja a Piggy del peligro.

—Piensa un poco. ¿Qué puede hacer Piggy con un solo ojo?

El resto de los niños miraba de Jack a Ralph, curiosamente.

—Y otra cosa. Esto no puede ser una cacería común porque la bestia no deja huellas. Si no, las hubiésemos visto. Aparentemente la bestia va de un lado a otro por encima de los árboles.

Todos asintieron.

—Así que tenemos que pensar.

Piggy se sacó los rotos lentes y limpió el cristal que quedaba.

—¿Y nosotros, Ralph?

—No tienes el caracol. Toma.

—Quiero decir qué haremos nosotros. Imagina que la bestia venga mientras estamos solos. Yo no veo muy bien, y si yo me asusto…

Jack interrumpió desdeñosamente.

—Tú siempre estás asustado.

—Tengo el caracol…

—¡Caracol! ¡Caracol! —gritó Jack—. Ya no necesitamos más el caracol. Sabemos quién tiene que decir cosas. ¿Qué ganamos con que hablen Simon, o Bill, o Walter? Es hora de que alguna gente sepa que debe quedarse callada y dejar que los otros decidan…

Ralph no podía ignorar más este discurso. La sangre le quemaba en las mejillas.

—No tienes el caracol —dijo—. Siéntate.

Jack se puso tan pálido que sus pecas parecieron claros lunares castaños. Se pasó la lengua por los labios y se quedó de pie.

—Esto es un asunto de cazadores.

El resto de los niños miraba atentamente. Piggy sintiéndose incómodamente enredado, deslizó el caracol a las rodillas de Ralph y se sentó. El silencio se hizo opresivo y Piggy retuvo el aliento.

—Esto es más que un asunto de cazadores —dijo Ralph al fin—, pues no es posible rastrear a la bestia. ¿Y no queremos que nos rescaten?

Se volvió hacia la asamblea.

—¿No queremos todos que nos rescaten?

Miró otra vez a Jack.

—Ya lo dije antes. El fuego es lo principal. Ahora el fuego tendrá que quedar apagado…

La vieja exasperación lo salvó y le dio energía para atacar.

—¿Nadie tiene un poco de sentido común? Tenemos que encender otra vez ese fuego. Tú nunca piensas en eso, Jack, ¿no? ¿O no queremos que nos rescaten?

Sí, querían que los rescatasen, no había dudas, y con un violento giro hacia Ralph la crisis pasó. Piggy dejó escapar el aliento con un jadeo, trató de inspirar otra vez, y no pudo. Se apoyó contra un tronco, con la boca abierta, y unas sombras azules alrededor de los labios. Nadie se fijó en él.

—Bueno, Jack. ¿Hay algún lugar de la isla donde no hayas estado?

Jack respondió de mala gana.

—Sólo… ¡claro! ¿Recuerdas? El extremo donde se amontonan las rocas. Estuve cerca. La roca hace una especie de puente. Sólo hay un modo de subir.

—Y la bestia debe de vivir ahí.

Toda la asamblea habló a la vez.

—¡Silencio! Muy bien. Miraremos ahí. Si la bestia no está, iremos a la montaña; y encenderemos el fuego.

—Vamos.

—Comeremos primero. Iremos después. —Ralph hizo una pausa—. Será mejor que llevemos lanzas.

Luego de comer, Ralph y los mayores emprendieron la marcha a lo largo de la playa. Dejaron a Piggy al amparo de la plataforma. El día prometía, como los otros, ser un baño de sol bajo una bóveda azul. La playa se extendía ante ellos en una curva suave hasta que la perspectiva la unía a la floresta; el día no había avanzado bastante como para que lo oscureciesen los móviles velos de los espejismos. Bajo la dirección de Ralph eligieron el camino de la terraza de palmeras, evitando las arenas calientes junto al agua. Ralph dejó que Jack señalara el camino, y Jack trotó adelante con teatral precaución aunque hubieran podido ver a un enemigo a veinte metros de distancia, Ralph marchó a la retaguardia, contento de escapar a la responsabilidad durante un tiempo.

Simon, que caminaba delante de Ralph, sentía un asomo de incredulidad. Una bestia con garras que arañaban, que estaba en una cima, que no dejaba huellas, y sin embargo no era bastante rápida como para alcanzar a Samieric. Cada vez que Simon pensaba en la bestia se alzaba en su interior la imagen de un ser humano, a la vez heroico y enfermo.

Suspiró. Otra gente podía ponerse de pie y hablar a una asamblea, aparentemente, sin sentir aquella terrible opresión; podía decir lo que quería como si le estuviese hablando a una sola persona. Se hizo a un lado y miró atrás. Ralph venía con la lanza al hombro. Tímidamente, Simon aminoró el paso hasta que se encontró caminando junto a Ralph y mirándolo a través del mechón de pelo negro y áspero que ahora le llegaba a los ojos. Ralph miró de reojo, y sonrió forzadamente como si hubiese olvidado que Simon se había puesto en ridículo, y luego miró otra vez a nada. Durante un momento Simon sintió la felicidad de que lo aceptasen y luego dejó de pensar en sí mismo. Cuando tropezó con un árbol, Ralph miró de reojo con impaciencia, y Robert se rio tontamente. Simon se tambaleó y le apareció en la frente una mancha blanca que enrojeció enseguida. Ralph hizo a un lado a Simon y se

hundió otra vez en su infierno privado. Llegarían alguna vez al castillo; y el jefe tendría que ir adelante.

Jack volvió atrás trotando.

—Estamos a la vista.

—Bueno. Nos acercaremos todo lo posible.

Siguió a Jack hacia el castillo. El suelo se levantaba ligeramente. A la izquierda había una impenetrable maraña de lianas y árboles.

—¿Por qué no puede haber algo ahí?

—Ya lo ves. Nada entra ni sale.

—¿Y el castillo?

—Mira.

Ralph apartó la pantalla de hierbas y miró. Había sólo unos pocos metros más de suelo rocoso y luego los dos lados de la isla se unían casi, de modo que uno esperaba un promontorio. Pero en cambio un arrecife de unos pocos metros de ancho y de unos quince de largo continuaba la isla internándose en el mar. Allí se extendía una de esas masas rosadas que sostenían la estructura de la isla. Este lado del castillo, de unos treinta metros de alto, era el bastión rosado que habían visto desde la cima de la montaña. La roca del acantilado estaba dividida en dos, y en la cima se amontonaban grandes piedras, que parecían tambalearse.

Detrás de Ralph la hierba alta se había poblado de silenciosos cazadores. Ralph miró a Jack.

—Tú eres un cazador.

Jack enrojeció.

—Ya sé. Muy bien.

Algo profundo en Ralph habló por él.

—Soy el jefe. Iré yo. No discutas.

Se volvió hacia los otros.

—Todos esperarán aquí, escondidos.

Descubrió que su voz tendía a desaparecer o a hacerse demasiado fuerte. Miró a Jack.

—¿Te… te parece?

Jack murmuró.

—Estuve en todas partes. Tiene que estar aquí.

—Ya veo.

Simon farfulló confusamente:

—Yo no creo en la bestia.

Ralph le replicó cortésmente, como mostrándose de acuerdo con alguna afirmación sobre el tiempo.

—No. Supongo que no.

Tenía la boca tirante y pálida. Se echó atrás el pelo, muy lentamente.

—Bueno. Hasta luego.

Obligó a sus pies a moverse hasta que lo llevaron al istmo de tierra.

Estaba rodeado enteramente por abismos de aíre desierto. No había dónde esconderse, aunque uno no tuviese que seguir adelante. Se detuvo en el istmo y miró a sus pies. Pronto, en cuestión de siglos, el mar haría una isla del castillo. A la derecha estaba la laguna, perturbada por el mar abierto, y a la izquierda…

Ralph se estremeció. La laguna los había protegido del Pacífico, y por alguna razón sólo Jack había llegado al otro lado de la isla. Ahora la marejada era a sus pies como la respiración de alguna estupenda criatura. Las aguas se hundían lentamente entre las tocas, revelando rosadas losas de granito, raros crecimientos de corales, pólipos, y algas marinas. Abajo, abajo, iban las aguas, murmurando como el viento entre las copas de la floresta. Había allí una roca chata, como la superficie de una mesa, y las aguas descendían con un ruido de succión, y los cuatro costados cubiertos de algas parecían acantilados. Luego el somnoliento leviatán soltaba el aliento: las aguas crecían, las algas ondulaban, y el agua hervía sobre la superficie de la roca con un rugido. No se notaba el pasaje de las olas; sólo esa caída, ese ascenso, esa caída, durante un minuto.

Ralph se volvió hacia el acantilado rojo. Los otros esperaban en las altas hierbas, esperaban a ver qué hacía él. Advirtió que la transpiración que le mojaba las palmas de las manos era fría ahora; comprendió con sorpresa que no creía que fuera a encontrarse con ninguna bestia, y que no sabría qué hacer si la encontraba.

Vio que podía escalar el acantilado, pero no era necesario. Las paredes verticales se alzaban sobre una suerte de base, de modo que a la derecha, sobre la laguna, uno podía deslizarse a lo largo de un borde. Era fácil, y pronto examinaba los contornos de las rocas.

Nada, sino lo que podía esperarse; piedras rosadas y volcadas con capas de guano arriba como azúcar batida; y una empinada pendiente que llevaba a los fragmentos de roca que coronaban el bastión.

Un sonido lo hizo volverse. Jack caminaba a lo largo del borde.

—No podía dejarte solo.

Ralph no dijo nada. Subió por las rocas, examinó una especie de semicaverna donde no había nada más terrible que unos huevos podridos, y al fin se sentó, mirando alrededor y golpeando la piedra con la punta de la lanza.

Jack estaba excitado.

—¡Qué lugar para un fuerte!

Una columna de espuma cayó sobre ellos.

—No hay agua dulce.

—¿Qué es eso entonces?

Más arriba en la roca había una larga mancha verde. Subieron y probaron el hilo de agua.

—Puedes tener un coco ahí, llenándose todo el tiempo.

—No yo. Éste es un lugar podrido.

Escalaron juntos las últimas alturas. La pila terminaba en unos últimos fragmentos de roca. Jack empujó con el puño el más cercano, que se movió ligeramente.

—¿Recuerdas?

La conciencia de los malos tiempos se alzó entre los dos. Jack habló con rapidez.

—Pones un tronco de palmera debajo y si viene un enemigo… ¡mira!

Abajo, a treinta metros, estaba la estrecha calzada, luego el piso de piedra, luego la hierba moteada de cabezas, y detrás la floresta.

—Un empujón —exclamó Jack, alborozado—, y… ¡juiii!

Hizo con la mano un movimiento de caída. Ralph miró la montaña.

—¿Qué pasa?

Ralph se volvió.

—¿Por qué?

—Parecías… no sé cómo.

—No hay señales ahora. Nada que se vea.

—Estás loco con esas señales.

Los rodeaba un horizonte azul y tirante, quebrado sólo por la cima de la montaña.

—Es todo lo que tenemos.

Apoyó la lanza en la piedra móvil y se echó hacia atrás dos mechones de pelo.

—Tenemos que volver y subir a la montaña. Allí fue donde vieron a la bestia.

—La bestia no estará allí.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Los otros, que esperaban en la hierba, vieron a Jack y Ralph sanos y salvos, y salieron de sus escondites, a la luz del sol. En la excitación de la exploración se olvidaron de la bestia. Cruzaron el puente apretujándose y pronto estaban subiendo y gritando. Ralph se apoyó con una mano en un enorme bloque rojo, un bloque del tamaño de una rueda de molino, resquebrajado, y que colgaba vacilante. Miró sombríamente la montaña. Apretó el puño y martilló reflexivamente la pared roja de la derecha. Cerraba con fuerza los labios y los ojos miraban anhelantes bajo, el flequillo.

—Humo.

Se chupó el puño golpeado.

—¡Jack! Ven.

Pero Jack no estaba allí. Un grupo de niños, haciendo un alboroto que él no había notado, empujaban y movían una roca. En el momento que se volvía, la base cedió y la masa rocosa se precipitó al mar de modo que un atronador penacho de espuma subió hasta la mitad del acantilado.

—¡Basta! ¡Basta!

La voz de Ralph creó un silencio.

—Humo.

Algo raro le pasaba en la cabeza. Algo revoloteaba allí ante su mente como el ala

de un murciélago, oscureciéndole los pensamientos.

—Humo.

Y de pronto le volvieron los pensamientos, y la ira.

—Necesitamos humo. Y aquí estamos perdiendo el tiempo. Empujando piedras.

Roger gritó.

—¡Tenemos tiempo de sobra!

Ralph sacudió la cabeza.

—Iremos a la montaña.

Estalló un clamor. Algunos de los niños querían volver a la playa. Algunos querían tirar más rocas.

Brillaba el sol y el peligro se había ido con la oscuridad.

—Jack. La bestia debe de estar al otro lado. Puedes ir adelante otra vez. Estuviste allí.

—Podemos ir por la costa. Hay fruta.

Bill subió hasta Ralph.

—¿Por qué no podemos quedarnos un rato?

—Eso es.

—Tengamos un fuerte…

—No hay comida aquí —dijo Ralph—, ni refugios. Ni mucha agua dulce.

—Sería un fuerte estupendo.

—Podemos tirar rocas…

—Justo sobre el puente…

—¡Digo que seguiremos! —gritó Ralph furiosamente—. Tenemos que estar seguros. Iremos ahora.

—Quedémonos aquí…

—Volvamos a los refugios…

—Estoy cansado…

—¡No!

Ralph se tironeó la piel de los nudillos. No le dolieron.

—Soy el jefe. Tenemos que estar seguros. No se ve ninguna señal en la montaña, y puede haber un barco allá afuera. ¿Están todos locos?

Amotinadamente, los niños callaron o murmuraron.

Jack encabezó la marcha rocas abajo y cruzó el puente.

7

Sombras y árboles altos

EL RASTRO de los cerdos corría cerca de los montones de rocas que se extendían del otro lado, junto al agua, y Ralph estaba contento de seguir a Jack. Si uno dejaba de oír la lenta succión de las aguas al retirarse y la ebullición de su regreso, si uno olvidaba qué sombríos e inexplorados eran los escondrijos cubiertos de helechos a un lado y a otro, entonces había una posibilidad de no pensar en la bestia y soñar un rato. El sol había pasado por encima de la vertical y el calor de la tarde se cerraba sobre la isla. Ralph envió un mensaje a Jack, y cuando llegaron a unos árboles frutales se detuvieron y comieron.

Ralph sintió el calor por vez primera en aquel día. Se tironeó desagradablemente de la camisa gris y se preguntó si no afrontaría la aventura de lavarla. Sentado a lo que parecía ser un calor insólito, aun en esa isla, planeó su tocado. Le hubiese gustado tener un par de tijeras y cortarse el cabello —se echó la masa hacia atrás—, cortarse ese sucio cabello casi al rape. Le hubiese gustado darse un baño, un baño con agua caliente y jabón. Se pasó la lengua por los dientes y decidió que un cepillo de dientes sería también muy útil. Luego las uñas…

Ralph volvió la mano y las miró. Se las había mordido cuidadosamente, aunque no podía recordar cuándo había retomado ese hábito ni las veces que se había entregado a él.

—Pronto me chuparé el pulgar…

Miró furtivamente alrededor. Aparentemente nadie lo había oído. Los cazadores se abarrotaban de esta fácil comida, tratando de convencerse a sí mismos de que las bananas y aquella otra fruta verde oliva, parecida a una jalea, eran alimento suficiente. Con el recuerdo de su propia limpieza de otro tiempo como norma, Ralph miró a los otros. Estaban sucios, con la espectacular suciedad de unos niños que han caído en el barro o han corrido chapoteando bajo la lluvia. Ninguno de ellos parecía necesitar obviamente un baño, y sin embargo… cabellos demasiado largos, enmarañados aquí y allá, con un pedazo de hoja o una ramita; caras bastante limpias gracias a los procesos de comer y sudar, pero marcadas en los sitios menos accesibles por una especie de sombra; ropas gastadas, endurecidas como las suyas por el sudor, y que se llevaban no por decoro o comodidad sino por costumbre; pieles paspadas por el aire salino…

Descubrió con un leve encogimiento del corazón que éstas eran condiciones que ahora le parecían normales, y que no le importaban. Suspiró y dejó a un lado la caña con que había pelado la fruta. Ya los cazadores se alejaban para hacer sus necesidades

entre los árboles o abajo en las rocas. Se volvió y miró el mar.

Aquí, en el otro lado de la isla, la vista era totalmente diferente. Los nublados encantamientos de los espejismos no podían resistir las frías aguas del océano y el horizonte era de un azul duro y recortado. Ralph bajó hacia las rocas. Allí, casi a la altura del mar, uno podía seguir con los ojos el incesante, combado pasaje de las olas. Tenían kilómetros de ancho, sin rompientes aparentemente, ni esas ondulaciones de las aguas de poco calado. Pasaban a lo largo de la isla con un aire de no prestarle atención, como si estuviesen dedicadas a otros asuntos; era aquello menos un paso que un grave subir y bajar de todo el océano. Ahora el mar se hundía, dejando cascadas y saltos de agua al retirarse, abandonaba las rocas aplastando las algas como brillantes cabellos; luego de una pausa se recogía en sí mismo y subía con un rugido, cubriendo irresistiblemente promontorios y afloramientos, subiendo sobre el pequeño arrecife, enviando al fin un brazo de agua por un canal para detenerse a un metro de Ralph, con dedos de espuma.

Ola tras ola, Ralph siguió aquel movimiento ascendente y descendente hasta que algo de la lejanía del mar le entumeció el cerebro. Luego, gradualmente, la casi infinita extensión de las aguas se impuso a su atención. Esto era la división, la barrera. En el otro lado de la isla, donde al mediodía se alzaban los espejismos, defendido por el escudo de la laguna, se podía soñar con el rescate, pero aquí, ante el bruto embotamiento del océano, los kilómetros de división, uno era un prisionero, no tenía esperanzas, estaba condenado, era…

Simon le habló casi al oído. Ralph se descubrió apretando dolorosamente el extremo de una roca con las dos manos; advirtió que arqueaba la espalda, que se le habían endurecido los músculos del cuello, y que abría forzadamente la boca.

—Tú volverás al sitio de donde viniste.

Simon movió la cabeza afirmativamente al hablar. Estaba apoyado en una rodilla, mirando hacia abajo desde una roca donde se sostenía con las manos, su otra pierna llegaba a la altura de la cabeza de Ralph.

Ralph se sintió perplejo y miró la cara de Simon.

—Es tan grande; quiero decir…

Simon asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo mismo. Volverás. Así creo, por lo menos.

Algo de la tensión había desaparecido del cuerpo de Ralph. Miró el mar y luego sonrió amargamente a Simon.

—¿Tienes un barco en el bolsillo?

Simon sonrió mostrando los dientes y meneó la cabeza.

—¿Cómo lo sabes entonces?

Simon guardó silencio y Ralph dijo brevemente:

—Estás loco.

Simon sacudió violentamente la cabeza de modo que el pelo negro y áspero le cruzó la cara hacia atrás y adelante.

—No, no. Sólo *creo que volverás*.

Callaron un momento. Y luego se sonrieron de pronto.

Roger llamó desde debajo de unas plantas.

—¡Aquí! ¡Aquí!

El suelo estaba dado vuelta cerca del rastro de los cerdos y había unos excrementos humeantes. Jack se inclinó sobre ellos como si le gustaran.

—Ralph… necesitamos carne aunque cacemos esa otra cosa.

—Si no tenemos que apartarnos del camino, cazaremos.

Se pusieron otra vez en marcha, los cazadores un poco encorvados por miedo a la mencionada bestia, con Jack adelante. Iban más despacio de lo que Ralph había previsto, pero en cierto modo le agradaba caminar lentamente, metiendo la lanza, Jack tropezó con alguna emergencia de su oficio y poco después la procesión se detenía. Ralph se reclinó contra un árbol y las ensoñaciones de la vigilia llegaron enseguida en enjambre. Jack estaba encargado de la cacería y había tiempo de alcanzar la montaña…

Una vez, siguiendo al padre desde Chatham a Devonport, había vivido en una casa a orillas de los páramos. En la sucesión de casas que Ralph había conocido, ésta se alzaba con particular claridad, pues luego de esa casa lo habían mandado a la escuela. Mamá estaba todavía con ellos y papá venía a casa todos los días. Unos caballos salvajes se acercaban a la pared de piedra del fondo del jardín, y una vez nevó, justo detrás de la casa había una especie de cobertizo, y uno podía tenderse allí y mirar cómo pasaban girando los copos. Uno podía ver el punto húmedo donde moría cada copo, y luego descubrir el primer copo que caía sin fundirse y ver cómo todo el suelo se ponía blanco. Uno podía entrar en la casa cuando sentía frío y mirar por la ventana, más allá de la brillante marmita de bronce y el plato con los hombrecitos azules…

Cuando uno se iba a la cama le traían un tazón de copos de maíz con azúcar y crema. Y los libros… se alineaban en el estante junto a la cama con otros dos o tres amontonados arriba porque no se había molestado en ponerlos otra vez en su sitio. Tenían dobladas las puntas de las hojas y las tapas rayadas. Allí estaba aquel brillante, resplandeciente, acerca de Topsy y Mopsy que el nunca leía porque trataba de dos niñas; allí estaba el del Mago que uno leía con una especie de contenido terror, salteándose la página veintisiete con la espantosa imagen de la araña; allí estaba el libro de la gente que había desenterrado cosas, cosas egipcias; allí estaban *El libro infantil de los trenes* y *El libro infantil de los barcos*. Vívidamente aparecieron ante él; hubiera podido estirar la mano y tocarlos, sentir cómo el pesado *Libro gigante de los niños* se deslizaba, salía y caía en sus manos… Todo estaba bien; todo era amable

y amistoso.

Los matorrales crujieron adelante. Los niños escaparon desordenadamente del rastro de los cerdos y se metieron entre las lianas, chillando. Ralph vio que Jack era apartado a codazos y caía. Luego apareció una criatura que venía saltando por el rastro de los cerdos, con brillantes colmillos y un intimidante gruñido. Ralph descubrió que era capaz de medir fríamente la distancia y tomar puntería. Cuando el jabalí estaba a unos cinco metros, le tiró la tonta lanza de madera, vio que golpeaba el gran hocico y se quedaba allí un momento. El gruñido se convirtió en un chillido y el animal se metió entre las plantas. El rastro de los cerdos se llenó otra vez de niños que gritaban. Jack volvió corriendo y metió la lanza en un matorral.

—Por aquí…

—¡Pero nos vio!

—Por aquí, dije…

El jabalí se alejaba. Encontraron otro rastro de cerdos paralelo al primero y Jack echó a correr. Ralph sintió miedo, aprensión y orgullo.

—¡Le di! La lanza se le hundió…

De pronto salieron, inesperadamente, a un espacio abierto junto al mar. Jack miró ansiosamente la roca desnuda.

—Se fue.

—Le di —dijo otra vez Ralph—, y la lanza se hundió un poco.

Sintió la necesidad de testigos.

—¿Nadie me vio?

Maurice asintió con la cabeza.

—Yo te vi. Justo en el morro. ¡Juiii!

Ralph habló, excitado.

—Le di de veras. La lanza se hundió. ¡Lo herí!

Sintió el calor del nuevo respeto de los otros y pensó que cazar era bueno al fin y al cabo.

—Lo castigué bien. ¡Creo que era la bestia!

Jack volvió.

—No era la bestia. Era un jabalí.

—Le di.

—¿Por qué no lo agarraste? Yo traté…

La voz de Ralph se hizo más alta.

—¡Pero un jabalí!

Jack enrojeció de pronto.

—Dijiste que nos vio. ¿Para qué le tiraste? ¿Por qué no esperaste?

Extendió un brazo.

—Mirad.

Volvió el antebrazo izquierdo para que todos lo vieran. Había una herida, leve, pero con sangre.

—Me lo hizo con los colmillos. No pude hundirle la lanza a tiempo.

La atención se fijó en Jack.

—Es una herida —dijo Simon—, y tienes que chupártela. Como Berengaria.

Jack chupó.

—Le di —dijo Ralph indignado—. Le di con mi lanza. Lo herí.

Intentó atraer la atención de los otros.

—Venía por la senda. Le tiré, así…

Roben le mostró los dientes. Ralph entró en el juego y los otros se rieron. Al fin todos empezaron a pinchar a Robert que fingía embestir.

Jack gritó.

—¡Un circulo!

El círculo se cerró y giró. Robert chilló fingiendo terror, y luego realmente dolorido.

—¡Ay! ¡Basta! ¡Me duele!

El mango de una lanza le golpeó la espalda mientras escapaba de un lado a otro entre ellos.

—¡Todos a él!

Lo tomaron por brazos y piernas. Ralph, arrastrado por una repentina y violenta excitación, le sacó la lanza a Eric y pinchó a Robert.

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

Robert se puso a chillar y luchar con una fuerza frenética, Jack lo tenía por el pelo y blandía su cuchillo. Detrás de él Roger luchaba por acercarse. El cauto se alzó ritualmente, como en los últimos momentos de una danza o una cacería.

—*¡Mátalo! ¡Degüéllalo! ¡Mátalo! ¡Desángralo!*

Ralph luchaba también por acercarse, por alcanzar algún trozo de aquella carne morena y vulnerable. El deseo de apretar y hacer daño era irresistible.

El brazo de Jack descendió. El círculo palpitante aplaudió y chilló como un cerdo agonizante. Luego todos callaron, jadeando, escuchando los asustados gimoteos de Robert. Robert se enjugó la frente con un brazo sucio e intentó incorporarse.

—¡Oh, mi trasero!

Se frotó tristemente el trasero. Jack rodó sobre la hierba.

—Fue un buen juego.

—Sólo un juego —dijo Ralph inquieto—. Una vez, me lastimaron de veras en una pelea.

—Deberíamos tener un tambor —dijo Maurice—. Entonces podríamos hacerlo bien.

—¿Cómo bien?

—No sé. Se necesita un fuego, supongo, y un tambor, y marcar el compás con el tambor.

—Se necesita un cerdo —dijo Roger—, como en una verdadera cacería.

—O alguien que finja ser un cerdo —dijo Jack—. Pones a alguien vestido como un cerdo y entonces puede actuar… bueno, fingir que te atropella y todo eso…

—Necesitas un cerdo de veras —dijo Robert, acariciándose aún el trasero—, porque tienes que matarlo.

—Usa un pequeño —dijo Jack, y todos se rieron.

Ralph sé incorporó.

—Bueno. No vamos a encontrar lo que buscamos, sí seguimos así.

Uno a uno todos se pusieron de pie, arreglándose los andrajos.

Ralph miró a Jack.

—Ahora a la montaña.

—¿No deberíamos volver con Piggy? —dijo Maurice—. ¿Antes que oscurezca?

Los mellizos asintieron como un solo niño.

—Sí, eso es. Subiremos allá a la mañana.

Ralph se volvió y vio el mar.

—Tenemos que encender el fuego otra vez.

—No tienes los lentes de Piggy —dijo Jack—, así que no puedes.

—Entonces veremos si no hay nada en la montaña.

Maurice habló, titubeando, no queriendo parecer preocupado.

—¿Y si la bestia está ahí arriba?

Jack blandió su lanza.

—La mataremos.

El sol parecía un poco más frío. Jack tiró unos tajos con la lanza.

—¿Qué esperamos?

—Supongo —dijo Ralph— que si seguimos por la orilla del mar llegaremos al fin a encontrarnos debajo del sitio de la hoguera. Podríamos subir por ahí a la montaña.

Una vez más Jack los llevó a lo largo de las idas y venidas del mar enceguecedor.

Ralph soñó una vez más, dejando que sus hábiles pies resolvieran las dificultades del camino. Pero sus pies parecían menos hábiles que antes. La mayor parte del tiempo le resbalaban por las rocas desnudas junto al agua y tenía que caminar entre la piedra y la oscura lujuria de la selva. Había que escalar de cuando en cuando algún pequeño acantilado, o utilizarlo como sendero o puente donde uno se valía de las manos tanto como de los pies. Aquí y allá trepaban por unas rocas mojadas por las olas, saltando sobre charcos claros que había dejado la marea. Llegaron a una zanja que dividía la estrecha playa como un foso defensivo. Parecía no tener fondo y miraron espantados la sombría abertura donde borboteaba el agua. Luego el agua volvió, la zanja hirvió ante ellos y la espuma se alzó bruscamente mojando a los niños, que chillaron. Probaron el camino de la selva, pero aquí era espesa y entrelazada como el nido de un pájaro. Al fin tuvieron que saltar uno a uno,

esperando a que el agua se retirara, pero aún así algunos recibieron un segundo remojón. Luego de esto las rocas parecieron alzarse como una barrera infranqueable, así que se sentaron un momento dejando que se les secaran los andrajos y mirando los mellados contornos de las olas que se movían tan lentamente, más allá de la isla. Encontraron fruta en un lugar frecuentado por pajaritos brillantes que volaban suspendidos en el aire como insectos. Luego Ralph dijo que iban muy despacio. Él mismo se subió a un árbol, apartó las hojas de la copa, y vio la cabeza cuadrada de la montana todavía muy lejos. Entonces trataron de correr a lo largo de las rocas y Robert se cortó bastante la rodilla y reconocieron que si querían llegar sanos y salvos debían ir más despacio. Así que marcharon desde entonces como si estuviesen escalando una montaña peligrosa, hasta que las rocas se transformaron en un inflexible acantilado que nacía en una selva impenetrable y caía a pico en el mar.

Ralph miró críticamente el sol.

—Media tarde. Poco después de la hora del té.

—No recuerdo este acantilado —dijo Jack, abatido—. Así que ésta debe de ser la parte de la costa que no visité.

Ralph asintió.

—Déjame pensar.

Para ese entonces, a Ralph no le turbaba pensar en público, y enfrentaba las decisiones del día como si estuviese jugando al ajedrez. Sólo había una dificultad: que nunca sería un muy buen jugador de ajedrez. Pensó en los pequeños y Piggy. Imaginó vívidamente a Piggy, solo, acurrucado en un refugio silencioso, donde sólo se oían los sonidos de la pesadilla.

—No podemos dejar a los pequeños solos con Piggy. No toda la noche.

Los otros niños no dijeron nada. Lo rodeaban, mirándolo.

—Si volvemos, tardaremos horas.

Jack carraspeó y habló con una voz rara y tirante.

—No debemos permitir que le pase algo a Piggy, ¿no es cierto?

Ralph se golpeó los dientes con la punta sucia de la lanza de Eric.

—Si cruzáramos…

Miró alrededor.

—Alguien tendrá que cruzar la isla y decirle a Piggy que no volveremos hasta la noche.

Bill habló, incrédulo.

—¿Cruzar la selva solo? ¿Ahora?

—Sólo podemos desprendernos de uno.

Simon se abrió paso hasta el codo de Ralph.

—Iré yo si quieres. No me importa, honestamente.

Antes que Ralph tuviese tiempo de replicar, Simon sonrió con rapidez, se volvió y se internó en la selva.

Ralph miró a Jack, y por primera vez notó su furia.

—Jack… la vez que diste la vuelta hasta el castillo de roca…

Jack lo miró fijamente.

—¿Sí?

—Llegaste hasta algún lugar de esta costa, bajo la montaña, más allá.

—Sí.

—¿Y entonces?

—Descubrí un rastro de cerdos. Seguía durante kilómetros.

Ralph asintió con un movimiento de cabeza. Señaló la selva.

—Así que el rastro debe de estar en alguna parte por ahí.

Todos se mostraron juiciosamente de acuerdo.

—Muy bien entonces. Seguiremos hasta encontrar ese rastro.

Dio un paso y se detuvo.

—¡Un momento! ¿A dónde lleva el rastro de cerdos?

—A la montaña —respondió Jack—. Ya te lo dije. —Miró a Ralph despectivamente—. ¿No querías ir a la montana?

Ralph suspiró, notando el creciente antagonismo, comprendiendo que Jack se sentía siempre de este modo tan pronto como dejaba de mandar.

—Pensaba en la luz. Iremos a los tropezones.

—Íbamos a buscar a la bestia.

—No habrá bastante luz.

—No me importa ir —dijo Jack acaloradamente—. Iré cuando lleguemos allí. ¿Tú no quieres? ¿Prefieres ir a los refugios y contarle a Piggy?

Ahora le tocó a Ralph enrojecer, pero habló desesperadamente, iluminado por él nuevo conocimiento que le había proporcionado Piggy.

—¿Por qué me odias?

Los niños se movieron inquietos, cómo sí se hubiera dicho algo indecente. El silencio se alargó.

Ralph todavía encendido y lastimado fue el primero en volverse.

—Vamos.

Mostró el camino y se puso a cortar las malezas, como si fuese su derecho, Jack cerró la marcha, desplazado y pensativo.

El rastro de los cerdos era un túnel oscuro, pues el sol se inclinaba hacia el borde del mundo, y en la selva abundaban siempre las sombras. El rastro era ancho y liso, y los niños corrieron con un ligero trote. Luego se abrió el techo de hojas y se detuvieron, respirando rápidamente, mirando las pocas estrellas que apuntaban alrededor de la cima de la montaña.

—Aquí estamos.

Los niños se miraron dubitativamente. Ralph tomó una decisión.

—Cruzaremos hasta la plataforma y subiremos mañana.

Hubo un murmullo de asentimiento, pero Jack habló junto al hombro de Ralph.

—Si tienes miedo por supuesto…

Ralph se volvió hacia él.

—¿Quién fue primero al castillo de roca?

—Yo también fui. Y era de día.

—Muy bien. ¿Quién quiere subir a la montaña ahora?

El silencio fue la única respuesta.

—¿Samieric?

—Tenemos que ir a avisarle a Piggy…

—… sí, avisarle a Piggy que…

—¡Pero ya fue Simon!

—Tenemos que avisarle a Piggy por si…

—¿Robert? ¿Bill?

Todos se volvían ya a la plataforma. No porque tuviesen miedo, por supuesto, sino porque estaban cansados.

Ralph se volvió otra vez hacia Jack.

—¿Ves?

—Yo subiré a la montaña.

Las palabras le salieron a Jack rencorosamente, como si fuesen una maldición. Miró a Ralph, tenso el cuerpo delgado, la lanza enristre como si estuviese amenazándolo.

—Subiré a la montaña a buscar a la bestia, ahora.

Luego el aguijonazo último, la palabra casual y amarga.

—¿Vienes?

Al oír la palabra los otros niños olvidaron su prisa y se volvieron a saborear este nuevo choque de dos espíritus en la oscuridad. La palabra era demasiado buena, demasiado amarga, demasiado exitosamente intimidante para que fuese necesario repetirla. Llegó a un Ralph frío, de nervios descansados, que pensaba en el regreso a los refugios y las tranquilas y amistosas aguas de la laguna.

—Me es igual.

Asombrado, Ralph oyó su propia voz, indiferente y casual, de modo que la amargura del desafío de Jack perdió todo su poder.

—Si tú no te opones, naturalmente.

—Oh, claro que no.

Jack dio un paso adelante.

—Bueno, entonces…

Juntos, observados por los niños silenciosos, los dos empezaron a subir la montaña.

Ralph se detuvo.

—Somos unos tontos. ¿Por qué debemos ir los dos solos? Si encontramos algo, dos no seremos bastante…

Se oyó el ruido de los niños que se escurrían alejándose. Asombrosamente, una figura oscura se movió en sentido contrario.

—¿Roger?

—Sí.

—Somos tres entonces.

Una vez más se pusieron a ascender la pendiente de la montaña. La sombra parecía moverse alrededor como una marea. Jack, que no había dicho nada, empezó a ahogarse y toser; y una ráfaga los hizo farfullar a los tres. Los ojos de Ralph estaban nublados por las lágrimas.

—Cenizas. Estamos cerca del sitio de la hoguera.

Sus pisadas y alguna brisa ocasional alzaban leves nubes de polvo. Ahora que se habían detenido otra vez, Ralph tuvo tiempo de recordar mientras tosía qué tontos eran. Si no había bestia —y seguramente no la había— todo estaba bien; pero si algo esperaba en la cima… ¿qué hacían allí los tres, impedidos por las sombras, y armados de simples palos?

—Somos unos tontos.

La réplica vino de la oscuridad.

—¿Asustado?

Ralph se sacudió, irritado. Jack era el único culpable.

—Claro que estoy asustado. Pero aún así somos unos tontos.

—Si no quieres seguir —dijo la voz, sarcásticamente—, iré yo solo.

Ralph notó el tono burlón y odió a Jack. Las cenizas que le picaban en los ojos, el cansancio, el miedo, lo enfurecieron.

—¡Sigue entonces! Esperaremos aquí.

Hubo un silencio.

—¿Por qué no vas? ¿Estás asustado?

Una mancha en la oscuridad, una mancha que era Jack, se movió alejándose.

—Muy bien. Hasta luego.

La mancha se desvaneció. Otra tomó su lugar.

Ralph sintió que su rodilla tocaba algo duro y movía un tronco carbonizado, áspero al tacto. Notó que las afiladas cenizas de lo que había sido una corteza se le hundían en la rodilla y supo que Roger se había sentado. Tanteó con las manos y se agachó junto a él, mientras el tronco se movía sobre cenizas invisibles. Roger, reservado por naturaleza, no dijo nada. No expresó ninguna opinión sobre la bestia ni le dijo a Raph por qué había decidido venir en esta insensata expedición. Se quedó allí sentado, simplemente, moviendo con suavidad el tronco hacia adelante y hacia atrás. Ralph oyó un ruido rápido e irritado y comprendió que Roger estaba golpeando contra algo su tonta vara de madera.

Así se quedaron; el impermeable Roger golpeteando y balanceándose, y Ralph enojado. Alrededor el cielo cercano estaba cargado de estrellas, excepto donde la montaña abría un agujero de oscuridad.

Se oyó un leve ruido sobre ellos, el sonido de alguien que daba largos y peligrosos pasos sobre la roca y la ceniza. Al fin Jack los descubrió, y habló

estremeciéndose con un raro graznido.

—Vi una cosa en la cima.

Oyeron que tropezaba con el tronco que se balanceó violentamente. Jack se quedó callado un momento, y luego murmuró:

—Cuidado. Puede haberme seguido.

Una lluvia de cenizas cayó sobre ellos. Jack se incorporó.

—Vi una cosa que se hinchaba en la montaña.

—Te lo imaginaste —dijo Ralph débilmente—, no hay nada que se hinche. Ninguna clase de criatura.

Roger habló; Ralph y Jack se sobresaltaron pues lo habían olvidado.

—Un sapo.

Jack se rio entre dientes y se estremeció.

—Alguna especie de sapo. Había un ruido también. Algo así como *plop*. Luego la cosa se hinchó.

Ralph se sorprendió a sí mismo, no tanto por la cualidad de su voz, que parecía indiferente, sino por la bravata que suponía la frase.

—Iremos a ver.

Por primera vez, desde que conocía a Jack, lo vio titubear.

—¿Ahora?

La voz de Ralph habló por él.

—Claro.

Dejó el tronco y mostró el camino a través de las crujientes cenizas, en la oscuridad, y los otros lo siguieron.

Ahora que la voz física había callado, se hicieron oír la voz de la razón y también otras voces. Piggy lo llamaba un chico. Otra voz le dijo que no fuera tonto; y la oscuridad y la desesperada empresa dieron a la noche una irrealidad semejante a la de un sillón de dentista.

Cuando llegaron a la última pendiente, Jack y Roger se acercaron, transformándose de manchas de tinta en figuras visibles. De común acuerdo se detuvieron y agacharon juntos. Detrás de ellos, en el horizonte, había un pedazo de cielo más claro donde dentro de un momento saldría la luna. El viento rugió en la selva y les aplastó los harapos contra el cuerpo.

Ralph se movió.

—Vamos.

Se adelantaron arrastrándose, con Roger un poco rezagado, Jack y Ralph doblaron juntos la saliente de la montaña. La brillante superficie de la laguna se extendía allá abajo y luego había una línea larga y blanca: el arrecife. Roger se unió a ellos.

Jack susurró.

—Arrastrémonos. Quizá esté dormida.

Roger y Ralph se adelantaron, esta vez dejando atrás a Jack, con todas sus valientes palabras. Llegaron a la chata cima donde la roca era demasiado dura para

las manos y rodillas.

Una criatura que se hinchaba.

Ralph apoyó la mano en las cenizas frías y blandas de la hoguera y ahogó un grito. La mano y el hombro se le retorcieron ante el inesperado contacto. Unas verdes luces de náusea aparecieron un momento y se hundieron en la oscuridad. Roger estaba tendido detrás de él y Jack le hablaba al oído.

—Ahí, donde antes había una abertura en las rocas. Una especie de bulto, ¿ves?

Unas cenizas volaron desde la hoguera muerta a la cara de Ralph. No podía ver la abertura ni ninguna otra cosa porque las luces verdes se abrían de nuevo y crecían, y la cima de la montaña se deslizaba a un lado.

Una vez más, desde lejos, oyó el susurro de Jack.

—¿Asustado?

No tan asustado como paralizado; suspendido allí, inconmovible, en la cima de una móvil montaña, cada vez más pequeña. Jack se apartó, Roger se incorporó tropezando, tanteó en la oscuridad dejando escapar el aliento en un silbido, y se adelantó. Ralph los oyó hablar.

—¿Ves algo?

—Allí…

Frente a ellos, a sólo unos tres o cuatro metros de distancia, había un montón parecido a una roca donde no debía haber ninguna roca. Ralph pudo oír un leve chirrido que venía de alguna parte… quizás de su propia boca. Se hizo uno con su voluntad, fundió su miedo y su repugnancia en odio, y se incorporó. Dio dos pesados pasos adelante.

Detrás de ellos una cinta de luna se dibujaba claramente sobre el horizonte. Ante ellos había algo parecido a un gran mono, sentado, dormido, con la cabeza en las rodillas. Entonces el viento rugió en la selva, hubo un movimiento confuso en la oscuridad y la criatura alzó la cabeza, adelantando hacia ellos la ruina de un rostro.

Ralph se encontró dando largos trancos sobre las cenizas, oyó a otras criaturas que gritaban y saltaban y desafiaban lo imposible en la oscura pendiente; la montaña quedó desierta, salvo los tres palos abandonados y la criatura que se inclinaba saludando.

8

Sacrificio a las tinieblas

PIGGY ALZÓ miserablemente los ojos de la playa —pálida a la luz del alba— hacia la montaña oscura.

—¿Estás seguro? ¿Realmente seguro, quiero decir?

—Ya te lo dije una docena de veces —replicó Ralph—. La vimos.

—¿Crees que estaremos a salvo aquí?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

Ralph se apartó bruscamente y caminó unos pocos pasos a lo largo de la playa. Jack se había arrodillado en la arena y dibujaba una forma circular con el índice. La voz de Piggy llegó hasta ellos en un susurro.

—Sube y mira —dijo Jack despreciativamente—. Y ojalá te salves.

—No tengo miedo.

—La bestia tiene dientes —dijo Ralph—, y grandes ojos negros.

Se estremeció violentamente. Piggy se sacó el cristal y pulió la superficie.

—¿Qué vamos a hacer?

Ralph se volvió hacia la plataforma. El caracol brillaba entre los árboles, una burbuja blanca contra el sitio por donde saldría el sol. Se echó atrás el mechón.

—No lo sé.

Recordó la huida aterrorizada, montaña abajo.

—No creo que podamos luchar contra algo de ese tamaño, honestamente. Hablamos; pero no lucharíamos contra un tigre. Nos escondimos. Hasta Jack se escondió.

Jack miraba aún la arena.

—¿Y mis cazadores?

Simon salió de las sombras junto a los refugios. Ralph ignoró la pregunta de Jack. Apuntó al toque de amarillo sobre el mar.

—Mientras haya luz seremos muy valientes. ¿Pero luego? Y ahora esa cosa en cuclillas junto al fuego, como si no quisiese que nos rescatasen…

Se retorcía las manos, sin darse cuenta. Elevó la voz.

—Así que no podemos tener una señal de humo. Estamos vencidos.

Una punta de oro apareció sobre el mar y enseguida se iluminó todo el cielo.

—¿Y mis cazadores?

—Niños armados de palos.

Jack se incorporó. Se alejó con la cara encendida. Piggy se puso su cristal y miró a Ralph.

—Buena la hiciste. Insultaste a sus cazadores.

—¡Oh cállate!

Los interrumpió el sonido del caracol, que alguien tocaba torpemente. Como si estuviese dando una serenata al sol naciente, Jack tocó y tocó hasta que hubo un movimiento en los refugios y los cazadores subieron a la plataforma y los pequeños lloriquearon como hacían ahora muy a menudo. Ralph se puso obedientemente de pie, y fue con Piggy hasta la plataforma.

—Charla —dijo Ralph amargamente—, charla, charla, charla.

Le sacó el caracol a Jack.

—Esta reunión…

Jack lo interrumpió.

—Yo llamé.

—Si no hubieras llamado, lo hubiese hecho yo. Sólo tocaste el caracol.

—¿No es eso llamar?

—¡Oh, tómalo! Sigue… ¡charla!

Ralph echó el caracol a los brazos de Jack y se sentó en el tronco.

—He llamado a una asamblea —dijo Jack— por muchas cosas. Primero: hemos visto a la bestia. Nos acercamos arrastrándonos. Estuvimos a sólo un metro. La bestia se alzó entonces y nos miró. No sé qué hace. No sabemos siquiera qué es…

—La bestia viene del mar…

—De la oscuridad…

—Los árboles…

—¡Silencio! —gritó Jack—. Escuchad. La bestia está echada allá arriba, sea lo que sea…

—Quizás está esperando…

—Cazando…

—Sí, cazando.

—Cazando —dijo Jack. Recordó sus viejos temores en la selva—. Sí, es una bestia cazadora. Sólo que… ¡silencio! Luego ocurre que no podemos matarla. Y luego que Ralph dijo que mis cazadores no sirven.

—¡Nunca dije eso!

—Tengo el caracol. Ralph piensa que sois unos cobardes, que escapáis del jabalí y la bestia. Y eso no es todo.

Hubo una especie de suspiro en la plataforma como si todos supiesen qué iba a pasar. La voz de Jack siguió, trémula pero decidida, luchando contra aquel silencio, donde no encontraba apoyo.

—Ralph es como Piggy. Dice cosas como Piggy. No es un verdadero jefe.

Jack apretó él caracol contra el pecho.

—Es un cobarde.

Hizo una pausa y luego siguió:

—En la cima, cuando Roger y yo nos acercamos, él se quedó atrás.

—¡Yo fui también!

—Después.

Los dos niños se miraron fijamente a través de cortinas de pelo.

—Yo fui también —dijo Ralph—, y luego escapé. Lo mismo que tú.

—Llámame cobarde entonces.

Jack se volvió hacia los cazadores.

No es un cazador. Nunca nos consiguió carne. No es un prefecto y nada sabemos de él. Sólo da órdenes y espera que la gente le obedezca sin más. Toda esta charla…

—¡Toda esta charla! —gritó Ralph. ¡Charla, charla! ¿Quién la buscó? ¿Quién llamó a una reunión?

Jack se volvió con la cara encendida, el mentón hundido en el pecho. Miró fijamente por debajo de las cejas.

—Muy bien entonces —dijo en un tono intencionado y de amenaza—, muy bien.

Se apretó el caracol contra el pecho con una mano y sacudió en el aire el dedo índice.

—¿Quién cree que Ralph no debe ser jefe?

Miró expectante a la fila circular de niños, que lo miraban inmóviles. Bajo las palmeras hubo un profundo silencio.

—El que crea que Ralph no debe ser jefe —dijo Jack con fuerza— que alce la mano.

El silencio continuó, sin aliento y pesado y avergonzado. Lentamente las mejillas de Jack perdieron su color, y luego se le encendieron otra vez violentamente. Se pasó la lengua por los labios y dobló a un lado la cabeza evitando así el embarazo de que su mirada se encontrara con la de algún otro.

—Cuántos creen…

Su voz murió arrastrándose. Las manos que sostenían el caracol se estremecieron. Carraspeó, y habló en voz alta.

—Muy bien entonces.

Dejó el caracol con gran cuidado a sus pies, en la hierba. Unas lágrimas humillantes le caían por las mejillas.

—No jugaré más. No con vosotros.

La mayor parte de los niños tenía ahora los ojos bajos, mirándose los pies o mirando la hierba. Jack carraspeó otra vez.

—No seré más de la banda de Ralph…

Miró a lo largo de los troncos de la derecha, contando a los cazadores que habían sido un coro.

—Andaré solo. Él puede cazar sus propios cerdos. El que quiera cazar cuando yo lo haga puede venir también.

Salió aturdidamente del triángulo hacia la pendiente que llevaba a la arena blanca.

—¡Jack!

Jack se volvió y miró a Ralph. Durante un momento guardó silencio, y luego gritó

con una voz chillona y furiosa.

—¡No!

Saltó de la plataforma y corrió por la playa, sin prestar atención a las lágrimas que le corrían por la cara; y Ralph lo miró hasta que desapareció en la selva.

Piggy estaba indignado.

—He estado hablando Ralph, y tú sentado ahí como…

Suavemente, mirando a Piggy y sin verlo, Ralph se habló a sí mismo.

—Volverá. Cuando se vaya el sol, volverá.

Miró el caracol en la mano de Piggy.

—¿Qué?

—¡Bueno!

Piggy renunció a sus proyectos de increpar a Ralph. Limpió su cristal otra vez, y volvió a su tema.

—No necesitamos a Jack Merridew. Hay otros en la isla. Pero ahora tenemos de veras una bestia, aunque apenas puedo creerlo, y deberemos quedarnos cerca de la plataforma. No tendremos tanta necesidad de él y sus cacerías. Así que ahora podemos poner realmente las cosas en su sitio.

—Es inútil, Piggy. No hay nada que hacer.

Durante un rato se quedaron así, en un deprimido silencio. Luego Simon se incorporó y le sacó el caracol a Piggy, quien se quedó tan perplejo que no se movió. Ralph alzó los ojos hacia Simon.

—¿Simon? ¿Qué pasa ahora?

Un apagado sonido de burla corrió por el círculo y Simon se encogió.

—Pienso que se puede hacer algo. Algo que nosotros…

Otra vez la opresión de la asamblea le arrebató la voz. Buscó ayuda y simpatía y eligió a Piggy. Se volvió hacia él a medias, apretando el caracol contra el pecho moreno.

—Pienso que debemos subir a la montaña.

El círculo se estremeció de miedo. Simon no habló más y se volvió hacia Piggy que lo miraba con una expresión de incomprensión burlona.

—¿Y para qué subir allá arriba donde está la bestia cuando Ralph y los otros dos no pudieron hacer nada?

Simon susurró su respuesta.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Pronunciado su discurso, permitió que Piggy le sacara el caracol de las manos. Luego se retiró y se sentó tan lejos de los otros como le fue posible.

Piggy hablaba ahora con más seguridad y con lo que los otros, si las circunstancias no hubiesen sido tan serias, hubieran podido reconocer como placer.

—Creo que podremos ir adelante sin una cierta persona. Me parece ahora que

debemos decidir qué haremos. Y me parece que ya sé lo que va a decir Ralph la próxima vez. Lo más importante en la isla es el humo y no puede haber humo sin fuego.

Ralph se movió inquieto.

—Vamos, Piggy. No habrá fuego. La bestia allá arriba… tenemos que quedarnos aquí.

Piggy alzó el caracol como para dar mayor fuerza a sus palabras.

—No tenemos fuego en la montaña. ¿Pero qué hay de malo con un fuego aquí? Podemos encender un fuego en las rocas. Hasta en la arena. Podemos tener humo lo mismo.

—¡Eso es!

—¡Humo!

—¡Junto al estanque!

Los niños hablaron atropelladamente. Sólo Piggy podía tener el atrevimiento intelectual de sugerir que se encendiera el fuego en otro sitio.

—Así que tendremos el fuego aquí —dijo Ralph. Miró alrededor—. Podemos encenderlo justo allí entre el estanque y la plataforma. Por supuesto…

Se detuvo, frunciendo el ceño, pensando, mordiéndose distraídamente una uña.

—Por supuesto el humo no se verá mucho, ni de muy lejos. Pero no necesitaremos acercarnos, acercarnos a…

Los otros asintieron comprendiendo perfectamente. No habría necesidad de acercarse.

—Haremos el fuego aquí.

Las más grandes ideas son las más simples. Ahora que había algo que hacer todos trabajaron con pasión. Piggy sentía tanto placer y creciente libertad con la partida de Jack, que ayudó a juntar leña. La madera que trajo estaba al alcance de la mano, un árbol caído en la plataforma que no necesitaban para la asamblea; pero la santidad del lugar había protegido hasta ahora todo lo que había allí, aunque fuese inútil. Luego los mellizos advirtieron que habría siempre un fuego cerca de los refugios, como una señal de tranquilidad en la noche, y algunos pequeños se pusieron a aplaudir y a bailar.

La madera no estaba tan seca como la que usaban en la montaña. Mucha estaba podrida por la humedad y llena de insectos que se escabullían; había que alzar con cuidado los leños del suelo o se deshacían en polvo mojado. Además, para no internarse en la selva, los niños trabajaban cerca con cualquier madera caída, aun hundida en alguna maraña. Las cercanías de la selva y la cicatriz eran lugares familiares, próximos al caracol y los refugios, y suficientemente amistosos a la luz del día. Qué seria de ellos en la oscuridad, nadie quería pensarlo. Trabajaban por lo tanto con gran energía y animación, aunque a medida que pasaba el tiempo había algo de pánico en la energía, e histeria en la animación. Hicieron una pirámide de hojas y tallos y ramas y leños en la arena desnuda, junto a la plataforma. Por primera vez

Piggy mismo se sacó su cristal, se arrodilló y enfocó el sol sobre la leña. Pronto hubo una nube de humo y un ramo de llamas amarillas.

Los pequeños que habían visto pocas hogueras desde la primera catástrofe se excitaron sobremanera. Bailaron y cantaron y hubo un aire de fiesta en la playa.

Al fin Ralph dejó de trabajar y se incorporó, secándose el sudor de la cara con un sucio antebrazo.

—Tenemos que hacer un fuego pequeño. Éste es demasiado grande para cuidarlo.

Piggy se sentó lentamente en la arena y se puso a limpiar su cristal.

—Podemos hacer experimentos. Podemos descubrir cómo hacer una hoguera chica y luego ponerle ramas verdes para que hagan humo. Algunas de las hojas deben de ser mejores que otras.

Junto con el fuego fue apagándose la excitación. Los pequeños dejaron de cantar y bailar y se alejaron hacia el mar o los árboles frutales o los refugios.

Ralph se dejó caer en la arena.

—Tenemos que hacer una nueva lista para saber quien debe cuidar el fuego.

—Si puedes encontrarlos.

Ralph miró alrededor. Entonces por vez primera vio qué pocos grandes había allí y entendió por qué el trabajo había sido tan duro.

—¿Dónde está Maurice?

Piggy se limpió otra vez el cristal.

—Espero… no, él no se metería solo en la selva, ¿no es cierto?

Ralph se incorporó de un salto, corrió rápidamente alrededor de la hoguera y se detuvo junto a Piggy, sosteniéndose el pelo.

—¡Pero tenemos que hacer una lista! Estamos tú y yo y Samieric y…

No miró a Piggy y habló como casualmente.

—¿Dónde están Bill y Roger?

Piggy se inclinó hacia adelante y puso un trozo de madera en el fuego.

—Espero que se hayan ido. Espero que tampoco ellos jueguen con nosotros.

Ralph se sentó y se puso a abrir pequeños agujeros en la arena. Le sorprendió ver en el suelo un poco de sangre. Se examinó la uña mordida y observó la gota de sangre que crecía donde se había arrancado la piel.

Piggy siguió hablando.

—Los vi escaparse cuando juntábamos madera. Se fueron por allá. Por el camino que se fue él.

Ralph terminó su inspección y miró hacia arriba. El cielo, como simpatizando con aquellos grandes cambios, era diferente hoy, y tan nublado que en algunos sitios el aire caliente parecía blanco. El disco del sol era de plata opaca, como si estuviese más cerca y no calentara tanto; sin embargo el aire era sofocante.

—Siempre estaban molestando, ¿no es cierto?

La voz se había acercado al hombro de Ralph y parecía ansiosa.

—No los necesitamos. Seremos más dices ahora, ¿no es cierto?

Ralph se sentó. Llegaron los mellizos, arrastrando un gran leño y con una sonrisa de triunfo. Echaron el tronco a las brasas y volaron chispas.

—Iremos muy bien adelante solos, ¿no es cierto?

Durante un largo rato, mientras el leño se secaba, se encendía y se ponía rojo, Ralph se quedó allí en la arena sin decir nada. No vio que Piggy se acercaba a los mellizos y murmuraba con ellos, ni que los tres niños entraban juntos en la selva.

—Aquí estamos.

Ralph se sobresaltó. Piggy y los otros dos estaban a su lado. Venían cargados de fruta.

—Pensé que quizás —dijo Piggy— deberíamos tener una especie de fiesta.

Los tres niños se sentaron. Traían una gran cantidad de fruta y toda apropiadamente madura. Ralph tomó unas frutas y se puso a comer y los otros le sonrieron mostrando los dientes.

—Gracias —dijo Ralph. Luego con un tono de complacida sorpresa—: ¡Gracias!

—Nos bastamos nosotros solos —dijo Piggy—. Son ellos que no tienen sentido común los que traen problemas en esta isla. Haremos una hoguera pequeña…

Ralph recordó qué había estado preocupándolo.

—¿Dónde está Simon?

—No sé.

—¿No estará subiendo a la montaña?

Piggy estalló en una ruidosa carcajada y tomó más fruta.

—Puede ser. —Tragó su bocado—. Está loco.

Simon había cruzado el área de los frutales, pero hoy los pequeños habían estado muy ocupados con el fuego y no lo habían perseguido hasta allí. Siguió avanzando entre las lianas hasta que llegó a la gran alfombra tejida por las plantas, junto al claro, y se metió dentro. Más allá de la pantalla de hojas pesaba la luz del sol, y las mariposas bailaban su baile interminable. Se arrodilló y la flecha del sol cayó sobre él. Aquella otra vez el aire había parecido vibrar con el calor, pero ahora era una amenaza. Pronto la transpiración le corrió por el largo pelo áspero. Se movió inquieto pero era imposible evitar el sol. Tuvo sed, y luego mucha sed.

Siguió sentado.

Lejos en la playa Jack estaba ante un grupo de niños. Parecía brillantemente feliz.

—Caza —dijo.

Miró a todos. Llevaban los restos de una gorra negra y siglos antes se habían ordenado en dos graves filas y sus voces habían sido el canto de los ángeles.

—Cazaremos. Seré jefe.

Los otros asintieron y la crisis pasó rápidamente.

—Y luego… acerca de la bestia.

Todos se movieron y miraron los árboles.

—Digo esto. La bestia no nos va a preocupar.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Vamos a olvidar a la bestia.

—¡Eso es!

—¡Sí!

—¡Olvidar a la bestia!

Si el fervor asombró a Jack, no lo demostró.

—Y otra cosa. No nos quedaremos mucho aquí. Esto es casi el extremo de la isla.

Todos asintieron apasionadamente desde las profundidades de sus atormentadas vidas privadas.

—Ahora escuchad. Podemos ir más tarde al castillo de roca. Pero ahora voy a traer a otros pequeños apartándolos del caracol y todo eso. Mataremos un cerdo y tendremos una fiesta. —Hizo una pausa y continuó más lentamente—: Y acerca de la bestia. Cuando matemos, le dejaremos algo. Así no nos molestará quizás.

Se incorporó bruscamente.

—Iremos a la selva ahora y cazaremos.

Se extendieron, nerviosamente, por la selva. Casi enseguida Jack encontró las raíces desenterradas que hablaban de cerdos y luego un rastro fresco. Les indicó a los otros cazadores que callaran y se adelantó solo. Se sentía feliz y llevaba la oscuridad húmeda de la selva en el cuerpo como si fuesen sus viejas ropas. Bajó arrastrándose por una pendiente de rocas y árboles dispersos junto al mar.

Los cerdos estaban echados, como hinchados sacos de grasa, disfrutando sensualmente de las sombras, bajo los árboles. No había viento y nada sospechaban, y la experiencia había hecho a Jack silencioso como las sombras. Se retiró otra vez e instruyó a sus ocultos cazadores. Todos se arrastraron sudando en el silencio y el calor. Bajo los árboles un pájaro aleteó ociosamente. Un poco apartada del resto, hundida en una profunda dicha maternal, yacía la marrana más grande de la manada. Era rosada y negra; y una hilera de lechones que dormían o escarbaban o chillaban se extendía junto a la gran vejiga de su vientre.

Jack se detuvo a quince metros, y alargando el brazo señaló la marrana. Miró alrededor para asegurarse de que todos habían entendido y los otros niños asintieron. Una fila de brazos derechos se movió lentamente hacia atrás.

—¡Ahora!

La manada de cerdos se sobresaltó; y desde una distancia de unos diez metros las lanzas de madera de puntas endurecidas al fuego volaron hacia el cerdo elegido. Un lechón, con un chillido demente, se precipitó al mar arrastrando la lanza de Roger. La marrana lanzó un gruñido jadeante y se incorporó vacilando con dos lanzas clavadas en el flanco. Los niños gritaron y se adelantaron corriendo, los lechones se desparramaron y la marrana quebró la línea que avanzaba hacia ella y se internó en la

selva aplastando hojas y tallos.

—¡Detrás!

Corrieron por el rastro de los cerdos, pero la selva era muy espesa y oscura de modo que Jack, maldiciendo, detuvo a los cazadores y miró entre los árboles. No dijo nada, durante un tiempo, pero respiraba furiosamente y los otros se asustaron y se miraron con inquieta admiración. Al fin Jack apuntó al suelo con un dedo.

—Aquí.

Antes que los otros pudieran examinar la gota de sangre, Jack se había precipitado hacia adelante, juzgando una huella, tocando una rama quebrada. Así siguió, con una certeza y una seguridad misteriosas; y los cazadores trotaron detrás.

Se detuvo ante un matorral.

—Aquí.

Rodearon el matorral, pero la marrana escapó con la herida de otra lanza en el flanco. Los cabos que iba arrastrando la impedían, y las puntas afiladas y cortadas en cruz eran un tormento. Tropezó con un árbol, hundiéndose más profundamente una lanza; y luego cualquiera de los cazadores pudo seguirla fácilmente por las gotas de vívida sangre. La tarde avanzaba, neblinosa y terrible con su calor húmedo; la marrana seguía corriendo ante ellos, sangrante y enloquecida, y los cazadores iban detrás, aferrados codiciosamente a ella, excitados por la larga caza y la sangre derramada. Pudieron verla al fin, casi al alcance de la mano, pero el animal se lanzó de nuevo adelante con un último esfuerzo. Se acercaban otra vez cuando la marrana salió a un claro donde crecían unas flores brillantes y las mariposas bailaban revoloteando y el aire era sereno y caluroso.

Aquí, derribada por el calor, la marrana cayó al suelo, y los cazadores se precipitaron gritando hacia ella. Esta terrible erupción de un mundo desconocido la puso frenética; chilló y se revolcó y el aire se llenó de sudor y ruido y sangre y terror. Roger corrió alrededor del grupo, metiendo la lanza cada vez que aparecía carne de puerco. Jack estaba sobre el animal, clavando una y otra vez su cuchillo. Roger encomió al fin un sitio para su lanza y se puso a empujar con todo su peso. La lanza se adelantaba centímetro a centímetro y el aterrorizado chillido se transformó en un grito agudo. Luego Jack encontró la garganta y la sangre caliente le corrió a chorros por las manos. La marrana se desplomó y los niños satisfechos se quedaron un rato sobre ella. Las mariposas seguían bailando, absortas en el centro del claro.

Al fin la urgencia de la muerte se fue apagando. Los niños retrocedieron, y Jack se puso de pie con las manos extendidas.

—Mirad.

Se rio entre dientes y movió las manos mientras los niños se reían de sus palmas oscuras. Luego Jack tomó a Maurice y le frotó la sangre en las mejillas. Roger empezó a sacar su lanza y los niños la vieron por primera vez. Roger terminó la operación con una frase que fue recibida con un coro de carcajadas.

—¡Justo en el traste!

—¿Oíste?

—¿Oíste lo que dijo?

—¡Justo en el traste!

Esta vez Robert y Maurice interpretaron los dos papeles; y los movimientos de Maurice que imitaban los esfuerzos del cerdo por evitar la lanza eran tan graciosos que los niños gritaron de risa.

Pero también esto murió. Jack se limpió las manos ensangrentadas en la roca. Luego se puso a trabajar en la marrana, tirando de los calientes sacos de las entrañas de color, apilándolos sobre una roca mientras los otros lo observaban. Hablaba entretanto.

—Llevaremos la carne por la playa. Volveré a la plataforma y los invitaré a una fiesta. Esto nos dará tiempo.

Roger habló.

—Jefe…

—¿Hum?

—¿Cómo haremos fuego?

Jack retrocedió en cuclillas y miró al cerdo con el ceño fruncido.

—Haremos una expedición y les sacaremos luego. Irán cuatro: Henry y tú, Bill y Maurice. Nos pintaremos las caras y llegaremos escondidos: Roger puede sacar una rama mientras yo les digo algo. El resto llevará esto a nuestro sitio. Haremos allí el fuego. Y después…

Hizo una pausa y se incorporó, mirando las sombras bajo los árboles. Cuando habló otra vez su voz era más baja.

—Pero dejaremos una parte para…

Se arrodilló y trabajó de nuevo con el cuchillo. Los niños se apretaron alrededor, Jack habló con Roger por encima del hombro.

—Afila una vara por las dos puntas.

Al fin se puso de pie, con la goteante cabeza de la marrana en las manos.

—¿Dónde está ese palo?

—Aquí.

—Clava una punta en el suelo. Oh, es roca. Mételo en esa grieta. Ahí.

Jack alzó la cabeza y apretó el cuello blando contra el puntiagudo extremo de la vara que salió por la boca. Retrocedió y la cabeza quedó allí colgada, con un poco de sangre que chorreaba por el palo.

Instintivamente los otros niños retrocedieron también, y todo pareció detenerse en la selva, los niños escucharon, y no se oía más que el zumbido de las moscas sobre las esparcidas entrañas.

—Recoged el cerdo —susurró Jack.

Maurice y Robert ensartaron una lanza en el cuerpo, lo alzaron, y se quedaron así, esperando. En el silencio, y de pie sobre la sangre seca, parecían de pronto furtivas figuras, Jack habló en voz alta.

—Esta cabeza es para la bestia. Es un sacrificio.

El silencio aceptó el regalo aterrorizando a los niños. La cabeza quedó allí, con una mirada opaca, sonriendo apenas, con la sangre ennegreciéndosele entre los dientes. Los niños echaron a correr, con toda la rapidez posible, por la selva y hacia la playa.

Simon no se movió: una figurita castaña oculta entre las hojas. Aun cuando cerraba los ojos la cabeza de la marrana seguía allí como una imagen persistente. Los ojos entornados del animal estaban oscurecidos por el infinito cinismo de la vida adulta. Le aseguraban a Simon que todo aquello era un mal asunto.

—Ya lo sé.

Simon descubrió que había hablado en voz alta. Abrió rápidamente los ojos y allí estaba la cabeza, sonriendo divertidamente con una mueca a la rara luz del día, ignorando las moscas, las desparramadas entrañas, hasta ignorando la indignidad de haber sido clavada en un palo.

Simon apartó la vista, pasándose la lengua por los labios secos.

Un sacrificio para la bestia. ¿No vendría la bestia a buscarlo? La cabeza, pensó, parecía estar de acuerdo con él. Corre, decía la cabeza silenciosamente, ve con los otros. Fue una broma realmente, ¿por qué te preocupas? Estás equivocado, eso es todo. Un dolorcito de cabeza, algo que comiste, quizás. Ve, niño, decía silenciosamente la cabeza.

Simon alzó los ojos, sintiendo el peso del pelo húmedo, y miró el cielo. Allá arriba, por una vez, había nubes, altas e hinchadas torres que crecían sobre la isla, amarillas y cobrizas y grises. Las nubes se apoyaban en la tierra; apretaban, producían minuto a minuto aquel denso y atormentador calor. Hasta las mariposas abandonaron el claro donde aquella cosa obscena sonreía y goteaba. Simon bajó la cabeza, cerrando cuidadosamente los ojos, y protegiéndoselos luego con la mano. No había sombras bajo los árboles; sólo una perlada quietud, de modo que lo real parecía ilusorio e indescriptible. La pila de entrañas era una ampolla de moscas que zumbaba como una sierra. Al cabo de un rato las moscas descubrieron a Simon. Hartas, se posaron a orillas de los arroyuelos de sudor y bebieron. Le hicieron cosquillas en la nariz y jugaron a los saltitos en sus muslos. Eran negras y de un verde iridiscente, e innumerables; y frente a Simon, el Señor de las Moscas sonreía colgado de su palo. Al fin Simon se dio por vencido y miró otra vez; vio los dientes blancos y los ojos oscuros, la sangre… y aquel viejo e ineludible reconocimiento apresó su mirada. En la sien derecha de Simon, un latido empezó a golpearle el cerebro.

Ralph y Piggy estaban tendidos en la arena, mirando el fuego y echando ociosamente guijarros a las brasas sin humo.

—No queda nada de aquella rama.

—¿Dónde están Samieric?

—Tenemos que conseguir más madera. No hay más ramas verdes.

Ralph suspiró y se incorporó. En la plataforma no había sombras bajo las palmeras; sólo aquella luz rara que parecía venir de todos los lugares a la vez. Muy arriba, entre las nubes que se hinchaban cada vez más, el trueno estallaba como un cañonazo.

—Va a llover a cántaros.

—¿Y el fuego?

Ralph se internó trotando en la selva y volvió con unas anchas ramas verdes que echó al fuego. Las ramas restallaron, las hojas se doblaron, y se alzó un humo amarillo.

El dedo de Piggy dibujó en la arena unas figuritas sin significado.

—La dificultad es que no tenemos bastante gente para cuidar el fuego. Les diste a Samieric un turno. Todo lo baten juntos…

—Claro.

—Bueno, eso no esta bien. ¿No ves? Tendrían que hacer dos turnos.

Ralph pensó un momento y entendió. Se sintió mortificado al descubrir qué poco pensaba como un adulto y suspiró otra vez. La isla empeoraba cada vez más.

Piggy miró el fuego.

—Pronto necesitarás otra rama verde.

Ralph se volvió en la arena.

—Piggy. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que seguir sin ellos.

—Pero… el fuego.

Miró frunciendo el ceño la alfombra blanca y negra donde yacían las puntas sin quemar de las ramas. Trató de explicarse.

—Tengo miedo.

Vio que Piggy alzaba los ojos y siguió apresuradamente.

—No de la bestia. Es decir, tengo miedo también de eso. Pero nadie entiende el asunto del humo. Si alguien te tira una cuerda cuando estás ahogándote si un doctor te dice toma esto, porque si no lo tomas te morirás… tú harías caso, ¿no es cierto? ¿Sí?

—Claro que haría caso.

—¿No se dan cuenta? ¿No entienden? Sin el humo moriremos aquí. ¡Mira eso!

Una ola de aire recalentado tembló sobre las cenizas, pero sin el menor rastro de humo.

Piggy se sacó los lentes, profundamente turbado.

—No sé, Ralph. Tenemos que seguir, no hay otro camino. Eso es lo que hace la gente grande.

Ralph, habiéndose decidido a librarse de su carga, continuó:

—Piggy, ¿qué pasa realmente?

Piggy lo miró asombrado.

—¿Quieres decir con la…?

—No, no eso… quiero decir… ¿por qué todo se estropeó de este modo?

Piggy se frotó los anteojos lentamente, pensando. Cuando entendió hasta qué extremo Ralph lo aceptaba ahora, se ruborizó de orgullo.

—No sé, Ralph. Espero que por él.

—¿Jack?

—Jack.

Un tabú estaba envolviendo también esa palabra.

Ralph asintió solemnemente.

—Sí —dijo—. Supongo que así debe ser.

Junto a ellos la selva estalló en rugidos. Figuras, demoníacas con caras blancas y rojas y verdes salieron de los árboles aullando, de modo que los pequeños huyeron lanzando chillidos. De reojo Ralph vio que Piggy echaba a correr. Dos figuras se precipitaron hacia el fuego y Ralph se preparó a defenderse. Pero las figuras tomaron unas ramas semiquemadas y se alejaron corriendo por la playa. Los otros tres, inmóviles, miraban a Ralph, y él vio que el más alto, totalmente desnudo, salvo la pintura y un cinturón, era Jack.

Ralph recuperó el aliento y habló:

—¿Bien?

Jack lo ignoró, alzó la lanza y se puso a gritar.

—Escuchad. Yo y mis cazadores vivimos allá en la playa junto a una roca chata. Cazamos y tenemos fiestas y nos divertimos. El que quiera unirse a mi tribu que venga a ver. Quizá lo deje juntarse. Quizá no.

Hizo una pausa y miró alrededor. La máscara de pintura lo protegía de la vergüenza y la afectación, y podía mirar a todos por turno. Ralph estaba de rodillas junto a los restos del fuego, como un galgo que apunta a su presa, y el pelo y el tizne le ocultaban a medias la cara. Samieric miraban juntos desde detrás de un tronco de palmera al borde de la selva. Un pequeño aulló, acurrucado y rojo, junto al estanque, y Piggy estaba de pie en la plataforma con el caracol blanco en las manos.

—Esta noche haremos una fiesta. Matamos un cerdo y tenemos carne. Podéis venir y comer con nosotros.

Arriba, en los desfiladeros de las nubes resonó otra vez el trueno. Jack y los dos salvajes anónimos se tambalearon, alzaron los ojos, y se recuperaron. El pequeño seguía con sus aullidos. Jack esperaba algo. Les susurró urgentemente a los otros:

—¡Vamos! ¡Ahora!

Los dos salvajes murmuraron. Jack habló bruscamente.

—¡Vamos!

Los dos salvajes se miraron, alzaron juntos las lanzas y dijeron a la vez:

—El jefe ha hablado.

Luego los tres se volvieron y se alejaron al trote. Ralph se puso de pie, mirando el lugar por donde habían desaparecido los salvajes. Samieric se acercaron hablando en un asustado susurro.

—Pensé que era…

—… y tuve…

—… miedo.

Piggy allá arriba en la plataforma sostenía aún el caracol.

—Eran Jack y Maurice y Robert —dijo Ralph—. ¿No se están divirtiendo?

—Me parece que voy a tener un ataque de asma.

—Al diablo con tu *ass-mar*.

—Cuando vi a Jack pensé que había venido por el caracol. No sé por qué.

El grupo de niños miró el caracol blanco con cariñoso respeto. Piggy lo puso en manos de Ralph y los pequeños se acercaron al ver el símbolo familiar.

—No aquí.

Piggy se volvió hacia el triángulo, sintiendo la necesidad del rito. Primero llegó Ralph, con el caracol blanco en los brazos, luego Piggy muy grave, luego los mellizos, luego los pequeños y los otros.

—Sentaos todos. Vinieron a buscar fuego. Están divirtiéndose. Pero el…

Ralph se sentía confundido por la cortina que se le movía en el cerebro. Había querido decir algo, y ahora la cortina había caído.

—Pero el…

Los otros lo miraban gravemente, no perturbados aún por ninguna duda sobre su suficiencia. Ralph se apartó el pelo idiota de los ojos y miró a Piggy.

—Pero el… oh… ¡el fuego! ¡Claro, el fuego!

Se echó a reír, luego calló y empezó a hablar fácilmente.

—El fuego es lo más importante. Sin el fuego no nos rescatarán. Me gustaría ponerme pintura de guerra y ser un salvaje. Pero debemos cuidar el fuego. El fuego es lo más importante en la isla porque…

Hizo otra pausa y el silencio se llenó de dudas e interrogaciones.

Piggy murmuró urgentemente.

—El rescate.

—Oh, sí. Sin el fuego no nos rescatarán. Así que debemos quedarnos junto al fuego y hacer humo.

Cuando terminó de hablar, nadie dijo nada. Luego de los numerosos y brillantes discursos que se habían pronunciado en aquel mismo sitio, las observaciones de Ralph parecían muy torpes, aun a los pequeños.

Al fin Bill extendió las manos hacia el caracol.

—Ahora no podemos tener el fuego allá… porque no podemos tener el fuego allá… y necesitamos más gente para cuidarlo. Vayamos a esa fiesta y digamos que a nosotros nos cuesta mucho cuidar el fuego. Y luego la caza y todo eso… ser salvajes, quiero decir… debe de ser muy divertido.

Samieric tomaron el caracol.

—Debe de ser divertido como dice Bill… y como él nos invitó…

—… a una fiesta…

—… carne…

—… asada…

—… me gustaría un poco de carne…

Ralph alzó la mano.

—¿Por qué no conseguimos nosotros nuestra propia carne?

Los mellizos se miraron. Bill respondió.

—No queremos ir a la selva.

Ralph hizo una mueca.

—Él… va.

—Es un cazador. Ellos son todos cazadores. Es distinto.

Nadie habló durante un rato, luego Piggy murmuró mirando la arena.

—Carne…

Los pequeños pensaron solemnemente en la carne, haciéndoseles agua la boca. Sobre sus cabezas resonó otra vez el cañón y las secas hojas de las palmeras restallaron con una repentina ráfaga de aire caliente.

—Eres un niñito tonto —dijo el Señor de las Moscas—. Sólo un niñito tonto e ignorante.

Simon movió la lengua hinchada, pero no dijo nada.

—¿No estás de acuerdo? —dijo el Señor de las Moscas—. ¿No eres sólo un niñito tonto?

Simon le respondió con la misma voz silenciosa.

—Bueno, entonces —dijo el Señor de las Moscas— será mejor que te vayas a jugar con los otros. Piensan que estás loco. ¿No querrás que Ralph piense que estás loco, no es cierto? ¿Te gusta mucho Ralph, no es cierto? Y Piggy, y Jack.

La cabeza de Simon estaba ligeramente torcida hacia arriba. No podía apartar los ojos, y el Señor de las Moscas colgaba en el espacio, ante él.

—¿Qué haces aquí solo? ¿No me tienes miedo?

Simon meneó la cabeza.

—No hay nadie que pueda ayudarte. Sólo yo. Y yo soy la Bestia.

Simon movió trabajosamente la boca, y pronunció algunas audibles palabras.

—Una cabeza de cerdo en un palo.

—¡Qué ocurrencia pensar que la Bestia es algo que se puede cazar y matar! —dijo la cabeza. Durante un momento o dos, en la selva y todos los otros sitios apenas visibles en la oscuridad, se oyeron los ecos de una parodia de risa—. ¿Lo sabes, no es cierto? Soy parte de ti. ¿Soy la razón por la que nadie puede irse, y las cosas son como son?

La risa se estremeció otra vez.

—Ve ahora —dijo el Señor de las Moscas—. Vuelve con los otros y olvidemos todo el asunto.

La cabeza se le caía a Simon. Cerraba a medias los ojos como si imitase aquella cosa obscena del palo. Sabía que se acercaba una de sus horas. El Señor de las Moscas se hinchaba como un globo.

—Esto es ridículo. Sabes perfectamente bien que allí sólo te encontrarás conmigo. ¡Así que no intentes escapar!

El cuerpo de Simon era un arco tieso. El Señor de las Moscas habló con la voz de un maestro de escuela.

—Esto ha ido bastante lejos. Mi pobre niño extraviado, ¿crees conocer las cosas mejor que yo?

Hubo una pausa.

—Te lo advierto. Me enojaré. ¿Ves? No te necesitamos. ¿Entiendes? Vamos a divertirnos en esta isla. ¿Entiendes? ¡Vamos a divertirnos en esta isla! Así que no lo intentes, mi pobre niño extraviado, o si no…

Simon descubrió que estaba mirando el interior de una vasta boca. Había negrura adentro, una negrura que crecía.

—… o si no —dijo el Señor de las Moscas— acabaremos contigo. ¿Entiendes? Jack y Roger y Maurice y Robert y Piggy y Ralph. Acabaremos contigo. ¿Entiendes?

Simon estaba dentro de la boca. Cayó y perdió el conocimiento.

9

Vista a una muerte

SOBRE LA ISLA seguían apilándose las nubes. Una corriente uniforme de aire recalentado se alzó todo el día desde la montaña hasta una altura de tres mil metros; masas gaseosas giratorias hicieron crecer la estática hasta que el aire estuvo a punto de estallar. En las últimas horas de la tarde no hubo sol, y un resplandor broncíneo reemplazó la clara luz del día. Hasta el aire que venía del mar era sofocante. El agua y los árboles y las rosadas superficies rocosas perdieron el color, y unas nubes castañas y blancas cubrieron la isla. Nada prosperaba allí salvo las moscas que ennegrecían a su Señor y daban a las esparcidas entrañas la apariencia de un brillante montón de carbón. Aun cuando se abrió la vena en la nariz de Simon y brotó la sangre, lo dejaron solo, prefiriendo el intenso olor del cerdo.

Con el correr de la sangre el ataque de Simon se convirtió en la fatiga del sueño. Durmió tendido en la manta de lianas mientras avanzaba la tarde y el cañón seguía tronando. Al fin despertó y vio débilmente la tierra oscura junto a su mejilla. No se movió y se quedó con la cara apoyada en la tierra, los ojos mirando pesadamente ante él. Luego se volvió de espaldas, recogió los pies, y se tomó de las lianas para levantarse. Cuando las lianas se sacudieron, las moscas se alzaron desde las entrañas con una nota de malignidad y se posaron otra vez. Simon se incorporó. La luz era sobrenatural. El Señor de las Moscas colgaba de su palo como una pelota negra.

Simon le habló en voz alta al claro.

—¿Qué otra cosa se puede hacer?

No hubo réplica. Simon se alejó del claro y se arrastró entre las lianas hasta que se encontró en la oscuridad de la selva. Caminó temerosamente entre los troncos, con un rostro inexpresivo, y la sangre se le secó alrededor de la boca y en la mejilla. Sólo a veces, cuando hacía a un lado las cuerdas de las lianas y elegía el camino por la inclinación del suelo, emitía algunas palabras que no llegaban al aire.

Al fin las lianas ya no envolvieron tanto los árboles, y una luz perlada se derramó del cielo entre las copas. Ésta era la espina dorsal de la isla, las tierras ligeramente más altas que se extendían bajo la montaña donde la selva no era ya una jungla espesa. Aquí había amplios espacios, con algunos matorrales y árboles enormes, y el suelo se empinaba cada vez más a medida que raleaban los árboles. Simon siguió adelante, tambaleándose a veces de cansancio, pero sin detenerse nunca. Sus ojos habían perdido su brillo habitual, y caminaba con una suerte de displicente determinación, como un anciano.

Una ráfaga de viento lo hizo trastabillar y vio que estaba fuera de la selva, sobre

un suelo rocoso, bajo un cielo de bronce. Tenía débiles las piernas y la lengua le dolía continuamente. Cuando el viento llegó a la cima de la montaña pudo ver que algo ocurría: el rápido movimiento de algo azul contra las nubes pardas. Se adelantó un poco más y el viento vino otra vez, más fuerte ahora, sacudiendo las copas de los árboles hasta que se doblaron y rugieron. Simon vio que una figura encorvada se enderezaba de pronto y lo miraba desde la cima. Se cubrió la cara con las manos y siguió subiendo.

Las moscas habían encontrado la figura también. El movimiento las asustaba un momento, de modo que se alzaban en una nube oscura alrededor de la cabeza. Luego cuando la tela del paracaídas caía, y la corpulenta figura se inclinaba hacia adelante, suspirando, las moscas se posaban otra vez.

Simon sintió que se golpeaba las rodillas contra una roca. Se arrastró hacia adelante y pronto comprendió. El entrecruzamiento de las cuerdas le reveló el mecanismo de esta parodia; examinó los blancos huesos de la nariz, los dientes, los colores de la corrupción. Vio de qué manera despiadada la goma y la tela sostenían el pobre cadáver. Luego el viento se alzó otra vez y la figura se levantó, saludó, y le echó a la cara un aliento fétido. Simon apoyado en manos y rodillas vomitó hasta que se le vació el estómago. Luego tomó las cuerdas del paracaídas; las desprendió de las rocas librando a la figura de la indignidad del viento.

Al fin se volvió y miró las playas. El fuego de la plataforma parecía apagado, o por lo menos no producía humo. En otro lugar de la playa, más allá del arroyo y cerca de una roca chata, un hilito de humo subía al cielo. Simon, sin prestar atención a las moscas, se hizo sombra con las manos y miró el humo. Aun a esta distancia era posible ver que la mayoría de los niños —quizás todos los niños— estaba allí. Así que habían cambiado de campamento entonces, alejándose de la bestia. Y al pensarlo, Simon se volvió hacia la pobre criatura arruinada que se pudría a su lado. La bestia era inofensiva y espantosa; y las noticias debían de llegar a los otros tan pronto como fuese posible. Empezó el descenso, y se le doblaron las piernas. Aun con mucho cuidado sólo podía bajar trastabillando.

—Un baño —dijo Ralph—, no hay otra cosa que hacer.

Piggy inspeccionaba el cielo reluciente a través de su cristal.

—No me gustan las nubes. ¿Recuerdas cómo llovió después de nuestro aterrizaje?

—Va a llover otra vez.

Ralph se zambulló en la hoya. Un par de pequeños estaba jugando al borde, tratando de consolarse con una humedad más caliente que la sangre. Piggy se sacó los lentes, y después de meter escrupulosamente un pie en el agua, se los puso de nuevo. Ralph salió a la superficie y le arrojó un chorro de agua.

—Cuidado con mis lentes —dijo Piggy—. Si se me moja el cristal tendré que salir y secarlo.

Ralph lanzó otro chorro y no acertó. Se rio de Piggy esperando que se retirara mansamente como otras veces y en un dolorido silencio. En cambio, Piggy golpeó el agua con las manos.

—¡Basta! —gritó—. ¿Me oyes?

Furiosamente arrojó agua a la cara de Ralph.

—Bueno, bueno —dijo Ralph—. Cálmate.

Piggy dejó de golpear el agua.

—Me duele la cabeza. Me gustaría que refrescase.

—Me gustaría que lloviera.

—Me gustaría poder volver a casa.

Piggy se recostó en la playa de arena que entraba en el estanque. Le sobresalía el vientre y el agua se le secó encima. Ralph lanzó un chorro de agua al cielo. Uno podía seguir el movimiento del sol por la marcha de una claridad entre las nubes. Se arrodilló en el agua y miró alrededor.

—¿Dónde están todos?

Piggy se sentó.

—Quizás están acostados en los refugios.

—¿Dónde están Samieric?

—¿Y Bill?

Piggy apuntó más allá de la plataforma.

—Allá han ido. A la fiesta de Jack.

—Déjalos —dijo Ralph, inquieto—. No me importa.

—Sólo por un poco de carne…

—Y por la caza —dijo Ralph juiciosamente— y para fingir que son una tribu y ponerse pintura de guerra.

Piggy agitó la arena bajo el agua y no miró a Ralph.

—Quizás nosotros debamos ir también.

Ralph lo miró rápidamente y Piggy enrojeció.

—Quiero decir… para estar seguros de que no pase nada.

Ralph lanzó otro chorro.

Mucho antes que Ralph y Piggy se unieran al grupo de Jack, pudieron oír los ruidos de la fiesta. Las palmeras dejaban allí un ancho espacio de hierbas entre la selva y la playa. Junto a este espacio se extendía una franja de arena seca, blanca, caliente, a donde no llegaba la marea alta, y ahora con las huellas de muchas pisadas. Luego empezaba otra vez una roca que iba hacia la laguna. Más allá otra banda de arena, y luego el agua. Un fuego ardía en la roca y la grasa goteaba del cerdo asado a las llamas invisibles. Todos los niños de la isla, excepto Piggy, Ralph, Simon, y los dos que atendían el cerdo, estaban agrupados en las hierbas. Se reían, cantaban, acostados, en cuclillas, o de pie, con comida en las manos. Pero a juzgar por las caras

grasosas, ya habían concluido con la carne; y algunos bebían de unos cocos. Antes de haber iniciado la fiesta habían arrastrado un gran leño hasta el centro y Jack, pintado y adornado con guirnaldas, estaba sentado allí como un ídolo. Cerca de él había pilas de carne sobre hojas verdes, y fruta, y cocos con agua.

Piggy y Ralph se acercaron al borde de la verde plataforma, y los niños al verlos callaron uno a uno, hasta que sólo quedó hablando el que estaba junto a Jack. Luego el silencio llegó también allí y Jack se volvió en su asiento. Miró a Ralph y Piggy un rato, y sobre el órgano de los acantilados no se oyó más que el crepitar de las llamas. Ralph apartó los ojos, y Sam, pensando que Ralph se había vuelto hacia él, acusándolo, dejó en el suelo su hueso con una risita nerviosa. Ralph dio un paso incierto, le susurró algo inaudible a Piggy, señalándole el tronco de una palmera, y los dos se rieron como Sam. Ralph empezó a marchar trabajosamente por la arena, levantando las piernas. Piggy trató de silbar.

En ese momento los niños que estaban cocinando alzaron de pronto un gran trozo de carne y corrieron con él hacia las hierbas. Tropezaron con Piggy quemándolo, y Piggy se puso a gritar y bailar. Inmediatamente una tormenta de carcajadas alivió y unió a Ralph y los otros niños. Piggy era una vez más centro de ridículo, así que todos, se sintieron alegres y normales.

Jack se incorporó y blandió su lanza.

—Un poco de carne para ellos.

Los niños que cuidaban el asado sacaron dos trozos suculentos. Ralph y Piggy aceptaron el regalo sintiendo que la boca se les hacía agua. Comieron de pie bajo el cielo de bronce donde tronaba la tormenta próxima.

Jack blandió otra vez la lanza.

—¿Han comido todos a su gusto?

Todavía quedaba comida, siseando en los asadores de madera, amontonada en las fuentes verdes. Traicionado por su estómago, Piggy arrojó un hueso desnudo a la playa y se acercó por más.

Jack habló otra vez impacientemente.

—¿Han comido todos a su gusto?

En su tono había algo de advertencia, nacida del orgullo de la propiedad, y los niños comieron más rápido mientras aún había tiempo. Viendo que no parecía anunciarse ninguna pausa próxima, Jack dejó el tronco que era su trono y se paseó ociosamente hacia la arena. Bajó los ojos, y desde detrás de su pintura miró a Ralph y Piggy. Los dos niños se alejaron caminando por la arena, y Ralph miró el fuego mientras comía. Notó, sin pensar, que las llamas eran visibles contra la luz opaca. Llegaba la noche, no con una serena belleza, sino con amenazas de violencia.

Jack habló.

—Agua.

Henry le trajo la caparazón de algún molusco y Jack bebió mirando a Ralph y Piggy por sobre el borde mellado. Tenía la fuerza en los músculos morenos de los

antebrazos; la autoridad se le sentó en el hombro y le susurró al oído como un mono.

—Que todos se sienten.

Los niños se sentaron alineándose en la hierba ante Jack, pero Ralph y Piggy quedaron unos centímetros más abajo, de pie en la arena blanda. Jack los ignoró un momento, volvió su máscara a los niños sentados y les apuntó con la lanza.

—¿Quién se une a mi tribu?

Ralph hizo un movimiento repentino que fue como un traspié. Algunos de los niños se volvieron hacia él.

—Consigo comida —dijo Jack—, y mis cazadores no dejan que la bestia se acerque. ¿Quién se une a mi tribu?

—Soy el jefe —interrumpió Ralph—. Me eligieron. Íbamos a tener encendido el fuego. Y todos se escaparon a comer…

—¡Tú te escapaste! —gritó Jack—. ¡Mira ese hueso que tienes en las manos!

Ralph enrojeció.

—Dije quiénes eran los cazadores. Ese era trabajo vuestro.

Jack lo ignoró otra vez.

—¿Quién se une a mi tribu? ¿Quién quiere divertirse?

—Soy el jefe —dijo Ralph temblorosamente—. ¿Y el fuego? Y yo tengo el caracol…

—No lo trajiste —dijo Jack, burlón—. Lo dejaste allá. ¿Viste? Y el caracol no vale en esta parte de la isla…

En ese instante estalló un trueno. En vez de un estallido sordo fue esta vez el impacto de una explosión.

—El caracol vale aquí también —dijo Ralph—, y en toda la isla.

—¿Y de qué te servirá eso?

Ralph examinó las filas de niños. No encontró ayuda en ellos y apartó los ojos, confundido y sudoroso. Piggy murmuró:

—El fuego… el rescate.

—¿Quién se une a mi tribu?

—Yo.

—Yo también.

—Yo.

—Haré sonar el caracol —dijo Ralph sin aliento— y llamaré a una asamblea.

—No lo oiremos.

Piggy tocó la muñeca de Ralph.

—Vamos. Va a haber dificultades. Y ya tuvimos nuestra carne.

Hubo un parpadeo de luz brillante más allá de la selva y el trueno estalló otra vez de modo que un pequeño se echó a lloriquear. Unas gruesas gotas de lluvia cayeron entre ellos golpeando distintamente.

—Va a estallar una tormenta —dijo Ralph— y habrá una lluvia como cuando caímos aquí. ¿Quién es el listo ahora? ¿Dónde están vuestros refugios? ¿Qué vais a

hacer?

Los cazadores miraban inquietos el cielo, vacilando bajo el golpeteo de las gotas. Una onda de intranquilidad sacudió a los niños y los llevó de un lado a otro. La luz indecisa se hizo más brillante y los golpes de los truenos eran apenas soportables. Los pequeños echaron a correr alrededor, gritando.

Jack saltó a la arena.

—¡El baile! ¡Vamos! ¡El baile!

Corrió trastabillando por la arena suelta hacia el espacio rocoso, más allá del fuego. Entre las luces de los relámpagos el aire era oscuro y terrible, y los niños lo siguieron vociferando. Roger fue el cerdo y gruñó y embistió a Jack que saltaba y lo esquivaba. Los cazadores tomaron sus lanzas, los cocineros tomaron sus asadores, y el resto trozos de leña. Se inició un movimiento circular y nació un canto. Mientras Roger imitaba el terror del cerdo, los pequeños corrían y saltaban fuera del círculo. Piggy y Ralph, bajo la amenaza del cielo, se apresuraron a incorporarse a esta sociedad, demente, pero segura en parte. Les alegró tocar las espaldas oscuras de la cerca, que encerraba el terror y lo domaba.

—*¡Mátala! ¡Degüéllala! ¡Desángrala!*

El movimiento se hizo regular mientras el canto perdía su carácter de excitación superficial y se hacía un golpeteo regular como un latido. Roger dejó de ser un cerdo y se transformó en un cazador, de modo que el centro del círculo bostezó vacío. Algunos de los pequeños iniciaron una rueda propia; y los círculos complementarios giraron y giraron como si la repetición pudiese sacar seguridad de sí misma. Era como el pulso y la agitación de un solo organismo.

Una cicatriz blanco azulada dividió el cielo oscuro. Un instante más tarde el ruido caía sobre ellos como un gigantesco latigazo. El canto subió un tono en agonía.

—*¡Mátala! ¡Degüéllala! ¡Desángrala!*

Ahora del terror se alzó otro deseo, denso, urgente, ciego.

—*¡Mátala! ¡Degüéllala! ¡Desángrala!*

La cicatriz blanco azulada se abrió otra vez sobre ellos y la explosión sulfurosa cayó golpeando. Los pequeños chillaron y corrieron alocadamente, huyendo de las cercanías de la selva, y uno de ellos quebró aterrorizado el círculo de los mayores.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

El círculo se abrió en una herradura. Algo salía arrastrándose de la selva. Salía oscuramente, titubeando. El agudo chillido que se alzó ante la bestia fue como un dolor. La bestia se precipitó en la herradura.

—*¡Mátala! ¡Degüéllala! ¡Desángrala!*

La cicatriz blanco azulada era constante ahora; el ruido insoportable. Simon gritaba algo acerca de un hombre muerto en la montaña.

—*¡Mátala! ¡Degüéllala! ¡Desángrala! ¡Atraviésala!*

Las lanzas cayeron y la boca del nuevo círculo tembló y gritó. La bestia estaba de rodillas en el centro, con los brazos sobre la cara. Gritaba algo contra el abominable

ruido acerca de un cadáver en la montaña. La bestia arremetió, rompió el círculo y cayó por el empinado lado de la roca a la arena junto al agua. Inmediatamente la multitud corrió detrás y saltó de la roca, sobre la bestia, gritando, golpeando, mordiendo, desgarrando. No hubo palabras, ni movimientos, excepto los de los dientes y uñas.

Luego las nubes se abrieron y dejaron caer la lluvia como una catarata. El agua saltó de la cima de la montaña, arrancando ramas y hojas, y se derramó fríamente sobre el montón que luchaba en la arena. Al fin el montón se quebró y unas figuras se apartaron. Sólo la bestia no se movió, a unos pocos metros del mar. Aun en la lluvia pudieron ver qué pequeña bestia era; y ya su sangre manchaba la arena pálida.

El viento creció y llevó la lluvia a un lado y a otro, haciendo caer el agua en cascadas de los árboles de la selva. En la cima de la montaña el paracaídas se infló y se movió; la figura resbaló, se puso de pie, giró, bajó balanceándose por el aire húmedo y rozó con pies flojos las cimas de los altos árboles; y cayendo, cayendo, descendió a la playa y los niños huyeron chillando a la oscuridad. El paracaídas llevó más allá la figura, abriendo un surco en la laguna, y la hizo pasar sobre los arrecifes, mar afuera.

A medianoche la lluvia cesó y las nubes se alejaron, de modo que el cielo se cubrió otra vez con las increíbles lámparas de las estrellas. Luego la brisa murió también y no se oyó otro ruido que el de las gotas e hilos de agua que corrían por las grietas y caían, hoja por hoja, a la oscura tierra de la isla. El aire era fresco ahora, húmedo, y claro; y al fin hasta el ruido del agua cesó. La bestia yacía acurrucada en la arena pálida y las manchas se extendían, lentamente.

El borde de la laguna se transformó en una línea fosforescente que avanzaba poco a poco, mientras crecía la marea. El agua clara reflejaba el cielo claro, y las brillantes constelaciones angulares. La línea de fosforescencia se curvó alrededor de los granos de arena y los pequeños guijarros; los sostuvo un momento en un hoyuelo de tensión, los aceptó al fin con una sílaba inaudible, y siguió adelante.

A lo largo de la línea de charcos de la costa, en la creciente claridad, se movían unas raras criaturas, de cuerpos bañados por la luna y ojos ardientes. Aquí y allá una piedra más grande se cubría de una capa de perlas. La marea crecía sobre la arena agujereada por la lluvia y lo alisaba todo con una capa de plata. Al fin tocó la primera de las manchas junto al cuerpo quebrado, y las criaturas fueron como una luz móvil al reunirse en la orilla. El agua subió más y vistió con su brillo el áspero pelo de Simon. El contorno de su mejilla se hizo de plata y la curva del hombro se transformó en mármol esculpido. Las raras, expectantes criaturas, con ojos ardientes y exhalando columnas de vapor, se ocuparon alrededor de la cabeza. El cuerpo se alzó una fracción de centímetro, y una burbuja de aire se le escapó de la boca con un sonido húmedo. Luego se volvió suavemente en el agua.

En alguna parte sobre la oscurecida curva del mundo, el sol y la luna ejercían su influencia; y la película de agua sobre el planeta creció hinchándose ligeramente en un lado, mientras giraba el núcleo sólido. La gran ola de la marea se adelantó a lo largo de la isla y el agua se alzó. Suavemente, rodeado por una orla de inquisitivas criaturas brillantes, él mismo una forma plateada bajo las inmutables constelaciones, el cuerpo muerto de Simon se movió hacia el mar abierto.

10

El caracol y los lentes

PIGGY OBSERVÓ cuidadosamente la figura que avanzaba. Había descubierto que podía ver con más claridad si se sacaba los lentes y miraba por el único cristal con el otro ojo; pero aun con el buen ojo, luego de lo que había pasado, Ralph era inconfundiblemente Ralph. Salía de entre los cocoteros, cojeando, sucio, con hojas muertas que le colgaban de las greñas rubias. Un ojo era una hendedura en la hinchada mejilla, y una gran costra se le había formado en la rodilla derecha. Se detuvo un momento y atisbó la figura sobre la plataforma.

—¿Piggy? ¿No quedó nadie más?

—Hay algunos pequeños.

—No cuentan. ¿Ningún grande?

—Oh… Samieric. Están juntando leña.

—¿Ningún otro?

—Ninguno que yo sepa.

Ralph subió con cuidado a la plataforma. Las duras hierbas raleaban aún en el sitio de las asambleas; el frágil caracol blanco brillaba aún junto al tronco pulido. Ralph se sentó en la hierba de cara al asiento del jefe y el caracol. Piggy se arrodilló a su izquierda y durante un largo minuto guardaron silencio.

Al fin Ralph se aclaró la garganta y murmuró algo Piggy preguntó con otro murmullo:

—¿Qué dijiste?

Ralph alzó la voz.

—Simon.

Piggy no dijo nada, pero asintió con un solemne movimiento de cabeza. Siguieron así, contemplando turbiamente el asiento del jefe y la laguna centelleante. La luz verde y los lustrosos lunares del sol jugaban sobre sus sucias caras.

Al fin Ralph se incorporó y se acercó al caracol. Lo alzó, lo acarició con las dos manos y se arrodilló, apoyándose contra un árbol.

—¿Piggy?

—¿Eh?

—¿Qué vamos a hacer?

Piggy señaló el caracol con la cabeza.

—¿No podrías?

—¿Llamar a una asamblea?

Ralph se rio con una risa aguda al pronunciar la palabra y Piggy frunció el ceño.

—Todavía eres jefe.

Ralph se rio otra vez.

—Lo eres. Sobre nosotros.

—Y tengo el caracol.

—¡Ralph! Deja de reírte así. ¡No hay necesidad, Ralph! ¿Qué van a pensar los otros?

Al fin Ralph se detuvo. Temblaba.

—Piggy.

—¿Eh?

—Era Simon.

—Ya lo dijiste antes.

—Piggy.

—Sí.

—Fue un asesinato.

—¡Basta! —chilló Piggy—. ¿Qué ganas hablando así? Se incorporó de un salto y se quedó junto a Ralph. —Estaba oscuro. Había aquel… aquel baile maldito. Había rayos y truenos y lluvia. ¡Estábamos asustados!

—Yo no estaba asustado —dijo Ralph lentamente—. Yo estaba… no sé qué estaba.

—¡Estábamos asustados! —dijo Piggy excitado—. Podía haber ocurrida cualquier cosa. No fue… lo que dijiste.

Hacia ademanes, buscando una fórmula.

—¡Oh Piggy!

La voz de Ralph, baja y agobiada, detuvo los ademanes de Piggy. Piggy se inclinó y esperó. Ralph se balanceó con el caracol en los brazos.

—¿No entiendes, Piggy? Las cosas que hicimos…

—Quizá él aún está…

—No.

—Quizás fingía…

La voz de Piggy murió arrastrándose al ver la cara de Ralph.

—Tú estabas afuera. Afuera del círculo. Nunca entraste realmente. ¿No viste lo que nosotros… lo que ellos hicieron?

Había repugnancia en su voz, y al mismo tiempo una especie de febril excitación.

—¿No viste, Piggy?

—No muy bien. Tengo sólo un ojo ahora. Tú lo sabes, Ralph.

Ralph siguió balanceándose. _.

—Fue un accidente —dijo Piggy de pronto—. Eso fue. Un accidente. —Su voz se transformó de nuevo en un chillido—. Salió de la oscuridad… no tenía por qué salir así de la oscuridad, arrastrándose. Estaba loco. Se lo buscó. —Hizo otra vez amplios ademanes—. Fue un accidente.

—No viste lo que hicimos…

—Mira, Ralph. Tenemos que olvidarlo. Nada ganaremos pensando en eso, ¿entiendes?

—Estoy asustado. De nosotros. Quiero ir a casa. Oh Dios, quiero ir a casa.

—Fue un accidente —dijo Piggy con terquedad—, y eso es todo.

Tocó el hombro desnudo de Ralph y Ralph se estremeció ante el contacto humano.

—Y oye, Ralph; —Piggy miró alrededor rápidamente, y luego se inclinó acercándose—. No digamos que estuvimos en ese baile. No a Samieric.

—¡Pero estuvimos! ¡Todos!

Piggy meneó la cabeza.

—Nosotros sólo al final. En la oscuridad nadie pudo vernos. Además tú dijiste que yo estuve siempre afuera…

—Yo también —murmuró Ralph—. Yo también estuve afuera.

Piggy asintió con vehemencia.

—Viviremos solos, nosotros cuatro…

—Nosotros cuatro. No somos bastantes como para tener encendido el fuego.

—Podemos probar. ¿Ves? Yo lo encendí.

Samieric salieron de la selva arrastrando un gran leño. Lo dejaron caer junto a la hoguera y se volvieron hacia el estanque. Ralph se puso rápidamente de pie.

—¡Eh! ¡Vosotros dos!

Los mellizos se detuvieron un momento y luego se acercaron.

—Van a bañarse, Ralph.

—Mejor será aclararlo todo antes.

Los mellizos se sorprendieron mucho al ver a Ralph. Enrojecieron y miraron a lo lejos.

—Hola. Me alegra verte, Ralph.

—Estuvimos en la selva…

—… para traer leña…

—… nos perdimos anoche.

Ralph se miró los dedos de los pies.

—Después de…

Piggy se limpió el cristal.

—Después de la fiesta —dijo Sam con una voz ahogada. Eric movió afirmativamente la cabeza—. Sí, después de la fiesta.

—Nos fuimos temprano —dijo Piggy rápidamente—, porque estábamos muy cansados.

—Nosotros también…

—… muy temprano…

—… estábamos muy cansados.

Sam se tocó un rasguño que tenía en la frente y apartó rápidamente la mano. Eric se pasó un dedo por los labios.

—Sí. Estábamos muy cansados —repitió Sam—. Así que nos fuimos temprano. Fue un buen…

En el aire pesaba el tácito conocimiento. Sam se estremeció y emitió la obscena palabra:

—… ¿baile?

El recuerdo de la danza a la que ninguno de ellos había asistido sacudió a los cuatro niños convulsivamente.

—Nosotros nos fuimos temprano.

Cuando Roger llegó al estrecho que unía el castillo de roca con la isla no le sorprendió que lo detuvieran. Había contado, durante la terrible noche, con encontrar a algunos de la tribu en el lugar más seguro, a salvo de los horrores de la isla.

La voz resonó agudamente allá arriba, donde los peñascos cada vez más pequeños se mantenían en equilibrio unos sobre otros.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Roger.

—Adelante, amigo.

Roger se adelantó.

—Podías ver quién era.

—El jefe dijo que tenemos que darle el quién vive a todos.

Roger alzó la vista.

—Pero si yo quiero entrar nadie puede pararme.

—¿No? Sube y mira.

Roger trepó por las piedras escalonadas.

—Mira esto.

Habían metido un leño bajo la roca que coronaba la cima, y otro leño debajo como punto de apoyo. Robert se apoyó ligeramente en la palanca y la roca gruñó. Un esfuerzo mayor y la roca caería rugiendo al estrecho. Roger observó admirado.

—Es un verdadero jefe, ¿no es cierto?

Robert asintió.

—Nos va a llevar a cazar.

Sacudió la cabeza señalando los refugios distantes donde un hilo de humo blanco subía al cielo. Roger, sentado al borde mismo del acantilado, miró sombríamente hacia la isla mientras movía con los dedos un diente flojo. Su mirada se detuvo en la cima de la montaña distante y Robert se desvió del tema tácito.

—Va a castigar a Wilfred.

—¿Por qué?

Robert sacudió dudosamente la cabeza.

—No sé. No lo dijo. Se enojó y nos hizo atar a Wilfred. —Se rio entre dientes, excitado—. Wilfred está atado desde hace horas, esperando…

—¿Pero el jefe no dijo por qué?

—Yo no lo oí.

Sentado en aquellas tremendas rocas al tórrido sol, Roger recibió estas noticias como una iluminación. Dejó de moverse el diente y se quedó quieto, asimilando las posibilidades de la autoridad irresponsable. Luego, sin más palabras, bajó por detrás de la roca hacia la cueva y el resto de la tribu.

El jefe estaba allí, sentado, desnudo hasta la cintura, con la cara pintada de rojo y blanco. La tribu se extendía en un semicírculo a su alrededor. Wilfred, ya azotado y libre de sus ligaduras, lloriqueaba ruidosamente en el fondo. Roger se unió a los otros sentándose en cuclillas.

—Mañana —continuó el jefe—, cazaremos otra vez.

Apuntó a este salvaje y aquel otro con la lanza.

—Algunos se quedarán aquí a arreglar la cueva y defender la entrada. Llevaré a unos pocos cazadores conmigo y traeré carne. Los defensores de la entrada cuidarán que los otros no entren…

Un salvaje alzó la mano y el jefe volvió hacia él una cara pintada e inexpresiva.

—¿Por qué iban a entrar, jefe?

El jefe habló vagamente, pero muy serio.

—Lo harán. Siempre tratan de estropear lo que hacemos. Así que los centinelas de la entrada deben tener cuidado. Y además…

El jefe hizo una pausa. Un triángulo de un brillante color rosado le repasó los labios y desapareció.

—… y además, la bestia puede querer entrar. Recordad cómo se arrastraba…

El semicírculo se estremeció y asintió murmurando.

—Vino… disfrazada. Puede venir otra vez aunque le dimos la cabeza del cerdo para que comiese. Hay que vigilar, y tener cuidado.

Stanley alzó el antebrazo de la roca y apuntó hacia arriba con un dedo interrogativo.

—¿Bien? —preguntó Jack.

—¿Pero no la… no la…?

Stanley se retorció y bajó los ojos.

—¡No!

En el silencio que siguió cada uno de los salvajes retrocedió apartándose de sus recuerdos personales.

—¡No! ¿Cómo podríamos… matarla?

Aliviados a medias, espantados por la posibilidad de nuevos terrores, los salvajes murmuraron otra vez.

—Así que no nos acercaremos a la montaña —dijo el jefe, solemnemente—, y dejaremos la cabeza si vamos de caza.

Stanley alzó otra vez el dedo.

—Supongo que la bestia se disfraza sola.

—Quizás —dijo el jefe. Había ahí una posible especulación teológica—. De todos modos, habrá que cuidarse. No sabemos de qué es capaz.

La tribu consideró el asunto, y se sacudió como golpeada por una racha de viento. El jefe advirtió el electo de sus palabras y se detuvo bruscamente.

—Pero mañana cazaremos y cuando tengamos carne haremos una fiesta…

Bill levantó la mano.

—Jefe.

—¿Sí?

—¿Qué usaremos para encender el fuego?

La arcilla roja y blanca ocultó el rubor del jefe. El murmullo de la tribu se derramó otra vez en el incierto silencio. Luego el jefe alzó la mano.

—Les sacaremos fuego a los otros. Mañana cazaremos y conseguiremos carne. Yo iré esta noche con dos cazadores… ¿Quién vendrá?

Maurice y Roger alzaron las manos.

—Maurice…

—¿Sí, jefe?

—¿Dónde está el fuego de ellos?

—En el viejo sitio junto a la roca del fuego.

El jefe asintió con un movimiento de cabeza.

—El resto puede irse a dormir tan pronto como se ponga el sol. Pero nosotros tres, Maurice, Roger y yo, tenemos trabajo que hacer. Saldremos un poco antes.

Maurice alzó la mano.

—Pero qué pasa si encontramos…

El jefe hizo a un lado esta objeción.

—Iremos por la arena. Luego, si viene, haremos nuestro… nuestro baile de nuevo.

—¿Sólo nosotros tres?

Otra vez el murmullo se alzó y murió.

Piggy le alcanzó sus anteojos a Ralph y esperó a que se los devolviera. La madera estaba húmeda, y la encendían por tercera vez. Ralph se incorporó retrocediendo, hablando consigo mismo.

—No podemos pasar otra noche sin fuego.

Miró culpablemente a los tres niños que estaban a su lado. Por primera vez admitía la doble función del fuego. Ciertamente, había que hacer señales con una columna de humo, pero el fuego era también un hogar y una seguridad hasta que se dormían. Eric sopló y la madera se encendió y ardió levemente. Se alzó una humareda blanca y amarilla. Piggy se puso otra vez los anteojos y miró complacido el humo.

—¡Si pudiésemos hacer una radio!

—O un aeroplano…

—… o un bote.

Ralph hurgó en su conocimiento del mundo, cada día más débil.

—Podían habernos hecho prisioneros los rojos.

Eric se apartó el pelo de la cara.

—Serían mejores que…

No nombró a nadie y Sam terminó por él la frase señalando con la cabeza el extremo de la playa.

Ralph recordó una desmañada figura que colgaba de un paracaídas.

—Él dijo algo de un hombre muerto… —Enrojeció dolorosamente ante esta admisión de que había estado en el baile. Movió urgentemente el cuerpo hacia el humo—. ¡No te pares! ¡Sube!

—Ya hay menos humo.

—Necesitamos más madera, aunque esté mojada.

—Mi asma…

La respuesta fue mecánica.

—Al diablo con tu *ass-mar*.

—Si hago fuerza con los leños me da asma. Quisiera que no fuese así, Ralph, pero no puedo.

Los tres niños se metieron en la selva y volvieron con brazadas de madera podrida. Otra vez se alzó el humo, amarillo y blanco.

—Busquemos algo de comer.

Fueron juntos, hasta los árboles frutales, llevando sus lanzas, hablando poco, y se atracaron rápidamente. Cuando salieron otra vez de la selva el sol se ponía, y sólo brillaban unas brasas, y no había humo.

—No puedo traer más leña —dijo Eric—. Estoy cansado.

Ralph carraspeó.

—Lo teníamos siempre encendido allá arriba.

—Allá arriba era chico, pero aquí tiene que ser un fuego grande.

Ralph llevó un trozo de madera al fuego y miró el humo que subía en el crepúsculo.

—Tiene que seguir encendido.

Eric se echó al suelo.

—Estoy demasiado cansado. ¿Y de qué sirve?

—¡Eric! —gritó Ralph con voz ofendida—. ¡No hables así!

Sam se arrodilló junto a Eric.

—Bueno, ¿de qué sirve?

Ralph, indignado, trató de recordar. Había algo bueno en un fuego, algo abrumadoramente bueno.

—Ralph ya lo dijo bastantes veces —intervino Piggy pensativamente—. ¿Cómo si no van a rescatarnos?

—¡Claro! Si no hacemos humo…

Ralph se sentó en cuclillas ante ellos en la oscuridad cada vez más densa.

—¿De qué sirve desear radios y botes?

Extendió la mano y apretó los dedos en un puño.

—Sólo podemos hacer una cosa para salir de esta confusión. Cualquiera puede jugar a la caza, cualquiera puede conseguirnos carne…

Miró de cara en cara. Luego, en el momento de mayor pasión y convicción, la cortina cayó en su cabeza y olvidó a dónde iba. Se quedó allí, agachado, apretando el puño, observando solemnemente a uno y a otro. De pronto la cortina se alzó otra vez.

—Oh, sí. Así que necesitamos humo, y más humo…

—¡Pero no podemos! ¡Mira!

El fuego moría.

—Dos para cuidar el fuego —dijo Ralph, casi para sí mismo—, son doce horas por día.

—No podemos conseguir más leña, Ralph…

—… no en la oscuridad…

—… no de noche…

—Podemos encender el fuego todas las mañanas —dijo Piggy—. Nadie va a ver humo en la oscuridad.

Sam asintió vigorosamente.

—Era distinto cuando estaba…

—… allá arriba.

Ralph se puso de pie, sintiéndose curiosamente indefenso a medida que la oscuridad era más densa.

—Dejemos apagar el fuego, entonces. Por esta noche.

Abrió la marcha hacia el primer refugio; aún en pie, aunque estropeado. Las camas de hojas esperaban adentro, secas y ruidosas. En el refugio próximo un pequeño hablaba en sueños. Los cuatro mayores se arrastraron al interior del refugio y se metieron bajo las hojas. Los mellizos se acostaron juntos y Ralph y Piggy en el otro extremo. Durante un rato se oyó un continuo susurrar y crujir de hojas.

—¿Piggy?

—¿Si?

—¿Todo bien?

—Supongo que sí.

Al fin, salvo algún crujido ocasional, el silencio reinó en el refugio. Una oscuridad oblonga, animada por brillantes lentejuelas, colgaba ante ellos, y se oía el hueco sonido de las olas en el arrecife. Ralph se preparó para su nocturno juego de suposiciones…

Suponiendo que un aeroplano de reacción pudiera llevarlos a sus casas, entonces antes que amaneciese llegarían al gran aeródromo de Wiltshire. Irían luego en auto; no, para que todo fuese perfecto irían en tren, y harían así todo el viaje hasta Devon y

vivirían otra vez en la casa de campo. Luego al pie del jardín vendrían otra vez los caballitos salvajes y mirarían por encima de la pared…

Ralph se volvió inquieto entre las hojas, Dartmoor era un lugar salvaje y lo mismo los caballos. Pero la atracción del salvajismo se había desvanecido.

Pensó entonces en una ciudad tranquila donde no pudiese entrar el salvajismo. ¿Qué podía haber de más seguro que una central de ómnibus con sus lámparas y ruedas?

Inmediatamente, Ralph se puso a bailar alrededor de un farol. Un ómnibus salió arrastrándose de la estación, un ómnibus extraño…

—¡Ralph! ¡Ralph!

—¿Qué pasa?

—No hagas ese ruido…

—Perdón.

De la oscuridad del otro extremo del refugio llegó un espantoso quejido y Ralph y Piggy desparramaron asustados sus hojas. Sam y Eric peleaban abrazados.

—¡Sam! ¡Sam!

—¡Eh, Eric!

Al fin todo se serenó otra vez.

Piggy le habló en voz baja a Ralph.

—Tenemos que salir de esto.

—¿Qué quieres decir?

—Tienen que rescatarnos.

Por primera vez en aquel día, y a pesar de la apretada oscuridad, Ralph se rio.

—Lo digo en serio —susurró Piggy—. Si no vamos pronto a casa nos volveremos locos.

—Destornillados.

—Tocados.

—Chiflados.

Ralph se sacó los mechones húmedos de los ojos.

—Escríbele una carta a tu tía.

Piggy consideró el asunto solemnemente.

—No sé dónde está ahora. Y no tengo sobre ni estampilla. Y aquí no hay buzones. Ni carteros.

El éxito de su broma dominó a Ralph. No podía contener la risa, y se le sacudía y retorcía el cuerpo.

Piggy lo increpó con dignidad.

—No he dicho nada tan gracioso.

Ralph siguió riéndose aunque le dolía el pecho.

Sus sacudidas lo agotaron, y al fin se tendió desdichado y sin aliento, esperando el próximo espasmo. En una de esas pausas el sueño lo venció otra vez.

—¡Ralph! Hacías de nuevo ese ruido. No hables, Ralph, un rato.

Ralph se volvió entre las hojas. Podía agradecer que le hubieran interrumpido el sueño, pues el ómnibus había estado más cerca y lo había visto más claramente.

—¿Por qué?

—Calla… y escucha.

Ralph se tendió cuidadosamente, acompañado por un largo suspiro de las hojas. Eric se quejó de algo y calló. La oscuridad, excepto el inútil rectángulo de estrellas, era espesa como una manta.

—No oigo nada.

—Hay algo que se mueve afuera.

Ralph prestó atención. El sonido de su sangre apagó todo lo demás y al fin cedió.

—Todavía no oigo nada.

—Escucha. Escucha mucho tiempo.

Muy claramente, y sólo a un metro de distancia de los fondos del refugio, crujió una rama. La sangre le rugió otra vez en los oídos a Ralph; unas confusas imágenes se persiguieron unas a otras por su mente. Algo que era una combinación de estas imágenes rondaba alrededor de los refugios. Sintió la cabeza de Piggy contra el hombro, y el apretón convulsivo de una mano.

—¡Ralph! ¡Ralph!

—Cállate y escucha.

Desesperadamente, Ralph rogó que la bestia prefiriese pequeños.

Una voz murmuró horriblemente afuera.

—Piggy… Piggy…

—¡Viene! —jadeó Piggy—. ¡Existe!

Se colgó de Ralph y trató de recobrar el aliento.

—Ven afuera, Piggy. A ti te quiero, Piggy.

La boca de Ralph se apretaba contra el oído de Piggy.

—No digas nada.

—Piggy… ¿Dónde estás, Piggy?

Algo rozó el fondo del refugio. Piggy se quedó inmóvil un momento, y luego tuvo un ataque de asma. Se dobló hacia atrás y cayó entre las hojas. Ralph se volvió apartándose.

En ese momento se oyó un maligno gruñido en la boca del refugio, y luego las embestidas y golpes de unas cosas vivas. Algo tropezó con Ralph y el rincón de Piggy fue una confusión de gruñidos y golpes y piernas y brazos que volaban. Ralph lanzó un puñetazo; luego él y lo que parecía ser una docena de otros rodaron por el suelo, golpeando, mordiendo, arañando. Lo rasguñaron y sacudieron; sintió unos dedos en la boca y los mordió. Un puño se retiró y volvió como un pistón, de modo que todo el refugio estalló en una luz. Ralph cayó de lado sobre un cuerpo que se retorcía y sintió un aliento cálido en la mejilla. Se puso a machacar la boca que tenía debajo, usando el puño como un martillo. Golpeó con una histeria más y más apasionada a medida que la cara se hacía resbaladiza. Una rodilla se le metió entre las

piernas; cayó de costado, hundido en su dolor, y la pelea pasó sobre él. Luego el refugio se derrumbó con una sofocante finalidad, y las anónimas sombras lucharon por librarse de los escombros. Unas figuras oscuras se incorporaron y escaparon, y al fin se oyeron otra vez los chillidos de los pequeños y los jadeos de Piggy.

Ralph llamó con voz trémula.

—Vosotros, pequeños, a dormir. Tuvimos una pelea con los otros. Ahora a dormir.

Samieric se acercaron y miraron a Ralph.

—¿Están bien los dos?

—Creo que sí…

—… a mí me golpearon.

—También a mí. ¿Cómo está Piggy?

Arrastraron a Piggy fuera de las ruinas y lo apoyaron contra un árbol. La noche era fresca y había sido purgada de todo inmediato terror. La respiración de Piggy era un poco más fácil.

—¿Te lastimaron, Piggy?

—No mucho.

—Eran Jack y sus cazadores —dijo Ralph amargamente—. ¿Por qué no nos dejarán tranquilos?

—Les dimos algo en qué pensar —dijo Sam. La honestidad lo obligó a seguir—: Por lo menos tú les diste. Yo me enredé conmigo en un rincón.

—A uno le di una buena —dijo Ralph—. Le deshice la cara. No querrá venir a pelearnos otra vez.

—Yo también —dijo Eric—. Cuando desperté uno me estaba golpeando la cara. Tengo la cara toda ensangrentada, me parece, Ralph. Pero al fin me lo saqué de encima.

—¿Qué hiciste?

—Alcé la rodilla —dijo Eric con orgullo— y le di entre las piernas. ¡Lo hubieras oído gritar! Ése no volverá pronto tampoco. Así que no nos fue tan mal.

Ralph se movió de pronto en la oscuridad, pero oyó que Eric se hacía algo en la boca.

—¿Qué pasa?

—No es nada. Un diente flojo.

Piggy recogió las piernas.

—¿Tú estás bien, Piggy?

—Pensé que querían el caracol.

Ralph corrió por la playa pálida y saltó a la plataforma. El caracol brillaba aún junto al asiento del jefe. Lo miró un rato, y al fin regresó junto a Piggy.

—No se lo llevaron.

—Ya sé. No vinieron por el caracol. Vinieron por otra cosa. Ralph, ¿qué voy a hacer ahora?

Lejos, por la duela de la playa, tres figuras trotaban hacia el castillo de roca. Se mantenían alejadas de la selva e iban junto al agua. De cuando en cuando cantaban en voz baja; de cuando en cuando tiraban piedras que saltaban sobre el agua fosforescente. El jefe iba adelante, trotando con paso firme, entusiasmado por su hazaña. Ahora era un jefe de veras, y con la lanza hería el aire ante él. De su mano izquierda colgaban los lentes rotos de Piggy.

11

El castillo de roca

EN EL BREVE frío del alba los cuatro niños se reunieron alrededor de los negros tizones, mientras Ralph se arrodillaba y soplaba. Unas cenizas grises y ligeras como plumones se alzaron en remolinos aquí y allá, pero ninguna chispa brilló entre ellas. Los mellizos miraron ansiosamente y Piggy se sentó sin expresión detrás del luminoso muro de su miopía. Ralph siguió soplando hasta que le zumbaron los oídos, pero entonces la primera brisa del alba le quitó el trabajo de las manos y lo encegueció con cenizas. Ralph retrocedió agachado, lanzó una maldición, y se enjugó las lágrimas.

—Es inútil.

Eric lo observó a través de una máscara de sangre seca. Piggy miró aproximadamente hacia Ralph.

—Claro que es inútil, Ralph. Ahora no tenemos fuego.

Ralph acercó su cara a medio metro de la de Piggy.

—¿Puedes verme?

—Un poco.

Ralph permitió que la hinchada mejilla le cerrara otra vez el ojo.

—Se llevaron nuestro fuego.

La furia le transformó la voz en un chillido.

—¡Lo robaron!

—Eso es —dijo Piggy—. Me dejaron ciego. Ese Jack Merridew. Llama a una asamblea, Ralph, decidiremos qué se debe hacer.

—¿Una asamblea sólo para nosotros?

—Es todo lo que nos queda. Sam, deja que me apoye en ti.

Fueron hacia la plataforma.

—Toca el caracol —dijo Piggy—. Tócalo lo más fuerte que puedas.

La selva devolvió los ecos; y los pájaros alzaron vuelo desde las copas de los árboles, como en aquella mañana de tanto tiempo atrás. La playa estaba desierta a ambos lados. Algunos pequeños salieron de los refugios. Ralph se sentó en el tronco pulido y los otros tres se quedaron de pie ante él. Ralph hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y Samieric se sentaron a la derecha. Ralph puso el caracol entre las manos de Piggy. Piggy alzó con cuidado el objeto brillante y miró parpadeando a Ralph.

—Adelante, entonces.

—He tomado el caracol para decir esto. No puedo ver y necesito que me

devuelvan los lentes. Han estado ocurriendo cosas espantosas en esta isla. Voté por ti como jefe, Ralph. Ralph es el único que ha hecho algo. Así que habla, Ralph, y dinos que… o sino…

Piggy se interrumpió moqueando, y se sentó. Ralph tomó de vuelta el caracol.

—Sólo un fuego común. Pensamos que podríamos hacerlo, ¿no es así? Sólo una señal de humo para que pudiesen rescatarnos. ¿Somos salvajes o qué? Sólo que ahora no sube ninguna señal. Pueden estar pasando barcos. ¿Recuerdas cómo se fue a cazar y se apagó el fuego y pasó un barco? Y todos creen que él es mejor jefe. Pues ahí está, ahí está… fue por su culpa también. Si no hubiese sido por él nunca hubiese ocurrido. Ahora Piggy no puede ver, y ellos vinieron, a robar —la voz de Ralph se elevó—, de noche, en la oscuridad, y nos robaron el fuego. Lo robaron. Les hubiésemos dado fuego si lo hubieran querido. Pero lo robaron y la señal se apagó y no nos rescatarán nunca. ¿No es así? Les hubiéramos dado fuego, pero ellos lo robaron. Yo…

Se interrumpió con voz débil mientras la cortina caía otra vez en su mente. Piggy extendió las manos hacia el caracol.

—¿Qué vas a hacer, Ralph? Hablas y no decides nada. Quiero mis lentes.

—Estoy tratando de pensar. Podríamos ir como antes, lavados y peinados… Al fin y al cabo no somos salvajes realmente, y esto del rescate no es un juego…

Se sostuvo la mejilla hinchada y miró a los mellizos.

—Podemos arreglarnos un poco y luego ir…

—Tenemos que llevar lanzas —dijo Sam—. Aun Piggy.

—… pues podemos necesitarlas.

—¡No tienes el caracol!

Piggy sostuvo en alto el caracol.

—El que quiera ir con lanzas que vaya así, si quiere, pero yo no. ¿Para qué? De todos modos, tendrán que llevarme como a un perro. Sí, qué risa. Allí están ellos que se ríen de todo. ¿Y qué ocurrió? ¿Qué van a pensar los grandes? Asesinaron al chico Simon. Y luego estaba aquel otro que tenía una marca en la cara. ¿Quién lo vio otra vez desde que llegamos aquí?

—¡Piggy! ¡Calla un minuto!

—Tengo el caracol. Voy a ir a ver a ese Jack Merridew y voy a decírselo, eso voy a hacer.

—Te hará daño.

—¿Qué más puede hacer de lo que ha hecho? Le diré las verdades. Déjame llevar el caracol, Ralph. Le mostraré lo único que no tiene.

Piggy hizo una pausa y miró alrededor las pálidas figuras. Lo escuchaba la forma de la vieja asamblea, marcada en la hierba.

—Iré a verlo con el caracol en las manos. Se lo voy a mostrar. Mira, le diré, eres más fuerte que yo y no tienes asma. Puedes ver, le diré, y con los dos ojos. Pero no te pido que me devuelvas los lentes, no como un favor. No te pido que seas un buen

amigo, le diré, porque eres más fuerte, sino porque así debe ser. Dame mis lentes, le diré… ¡tienes que dármelos!

Piggy calló, acalorado y tembloroso. Puso rápidamente el caracol en las manos de Ralph como si estuviese apurado por librarse de él y se secó las lágrimas. La luz verde era suave alrededor, y el caracol yacía a los pies de Ralph, frágil y blanco. Una gota que había caído de los dedos de Piggy brillaba ahora en la delicada curva, como una estrella.

Al fin Ralph se enderezó en su asiento y se recogió el pelo.

—Muy bien. Es decir… puedes hacer la prueba si quieres. Iremos contigo.

—Él estará pintado —dijo Sam tímidamente—. Sabes cómo estará…

—… no nos hará mucho caso…

—… si se enoja…

Ralph miró a Sam frunciendo el ceño. Borrosamente, recordó algo que Simon le había dicho una vez junto a las rocas.

—No seas tonto —dijo, Y enseguida añadió rápidamente—: Vamos.

Le tendió el caracol a Piggy que enrojeció, esta vez de orgullo.

—Debes llevarlo tú.

—Lo llevaré cuando estemos preparados…

Piggy buscó en su mente las palabras que tradujeran su apasionado deseo de llevar el caracol desaliando todos los peligros.

—No me importa. Me alegrará, Ralph, sólo que tendréis que llevarme.

Ralph puso otra vez el caracol en el leño lustroso.

—Comamos antes y luego nos preparamos.

Se abrieron camino hacia los devastados árboles frutales. Piggy fue ayudado con la comida y encontró otra por el tacto. Mientras comían, Ralph pensó en la tarde.

—Seremos como antes. Nos lavaremos…

Sam se tragó un bocado y protestó.

—¡Pero nos bañamos todos los días!

Ralph miró a las sucias criaturas que tenía ante él y suspiró.

—Deberíamos peinarnos. Pero tenemos el pelo demasiado largo.

—Tengo dos calcetines en el refugio —dijo Eric—. Podríamos usarlos como gorras, o algo parecido.

—Podrías atarte el pelo atrás con algo —dijo Piggy.

—¡Como una chica!

—No. Claro que no.

—Entonces tenemos que ir como estamos —dijo Ralph—. Ellos no estarán mejor.

Eric los detuvo con un ademán.

—¡Pero ellos estarán pintados! Sabes cómo es eso…

Los otros asintieron. Entendían demasiado bien la liberación en el salvajismo que daba la máscara de pintura.

—Bueno, nosotros no nos pintaremos —dijo Ralph—. No somos salvajes.

Samieric se miraron.

—Lo mismo…

Ralph gritó:

—¡Nada de pinturas!

Trató de recordar.

—Humo —dijo—, necesitamos humo.

Se volvió vehementemente hacia los mellizos.

—¡Dije «humo»! Necesitamos humo.

Hubo un silencio; sólo se oía el multitudinario murmullo de las abejas. Al fin Piggy habló, amablemente.

—Claro que lo necesitamos. Pues el humo es una señal y no podrán rescatarnos si no tenemos humo.

—¡Ya lo sé! —gritó Ralph. Apartó el brazo de Piggy—. ¿Qué quieres decir?

—Sólo digo lo que tú dices siempre —dijo Piggy con rapidez—. Pensé un momento…

—Pues no —dijo Ralph en voz muy alta—. Lo supe todo el tiempo. No lo olvidé.

Piggy asintió complaciente.

—Eres el jefe, Ralph. Te acuerdas de todo.

—No me olvidé.

—Claro que no.

Los mellizos estaban examinando a Ralph curiosamente, como si lo viesen por primera vez.

Fueron por la playa en fila india. Ralph marchaba adelante, cojeando levemente, con la lanza al hombro. La trémula niebla de calor que se extendía sobre las centelleantes arenas, y el pelo largo y las heridas no le dejaban ver con claridad. Detrás de él iban los mellizos, preocupados ahora de cuando en cuando, pero animados por una vitalidad inextinguible. Hablaban poco, y caminaban arrastrando los mangos de las lanzas. Pues Piggy había descubierto que mirando hacia abajo y apartando los cansados ojos del sol, podía ver los mangos que se movían en la arena. Marchaba por lo tanto entre las lanzas, llevando cuidadosamente el caracol en las manos. Los niños formaban así un pequeño grupo que se movía por la playa, cuatro sombras chatas que bailaban y se confundían. No quedaban rastros de la tormenta, y la playa estaba limpia como la pulida hoja de una espada. El cielo y la montaña se alzaban a inmensa distancia, temblando en el calor; y el espejismo había levantado el arrecife, que flotaba ahora en el cielo, en una especie de estanque plateado.

Pasaron por el lugar donde había bailado la tribu. Los palos carbonizados yacían sobre las rocas donde la lluvia los había apagado, pero la arena junto al agua estaba lisa otra vez. Pasaron en silencio. No dudaban que encontrarían a la tribu en el castillo de roca, y cuando lo vieron se detuvieron juntos. Las marañas más densas de

la isla, una masa de tallos retorcidos, negros y verdes e impenetrables, se extendían a la izquierda y unas altas hierbas se balanceaban ante ellos. Ralph se adelantó.

Aquí estaba la hierba aplastada donde todos se habían tendido cuando él había ido a explorar. Allí estaba el istmo, el camino al pie de las rocas. Allá en lo alto se levantaban los rojos pináculos.

Sam le tocó el brazo.

—Humo.

Un hilo de humo ondeaba en el aire del otro lado de la roca.

—Una hoguera… no creo.

Ralph se volvió.

—¿Por qué nos ocultamos?

Cruzó la cortina de hierbas y entró en el pequeño espacio abierto que llevaba al estrecho istmo.

—Vosotros dos atrás. Yo iré primero, y Piggy me seguirá a un metro. Tened listas las lanzas.

Piggy atisbó ansiosamente en el luminoso velo que se alzaba entre él y el mundo.

—¿No hay peligro? ¿No hay ahí un acantilado? Oigo el mar.

—Tú no te separes de mí.

Ralph se adelantó por el istmo. Pateó una piedra, que saltó al agua. Luego el mar se retiró revelando allá abajo, a la izquierda de Ralph, a unos doce metros, una roca cuadrada y con algas.

—¿No corro peligro? —se quejó Piggy—. Tengo miedo…

Arriba, entre los pináculos, se oyó de pronto una exclamación y luego la imitación de un grito de guerra que fue contestado por una docena de voces detrás de las rocas.

—Dame el caracol y quédate quieto.

—¡Alto! ¿Quién vive?

Ralph echó atrás la cabeza y vislumbró la oscura cara de Roger en la cima.

—¡Puedes ver quién soy! —gritó—. ¡No seas tonto!

Se llevó el caracol a la boca y se puso a soplar. Aparecieron salvajes, pintados e irreconocibles, que descendieron por el camino del borde hacia el istmo. Llevaban lanzas y parecían dispuestos a defender la entrada. Ralph siguió soplando e ignoró los terrores de Piggy.

Roger estaba gritando.

—¡Nadie se acerque!

Al fin Ralph apartó el caracol e hizo una pausa para tomar aliento. Sus primeras palabras fueron un jadeo, pero inteligible.

—… llamando a una asamblea.

Los salvajes que guardaban el estrecho murmuraron entre ellos, pero no se movieron. Ralph dio un par de pasos. Una voz susurró urgentemente, detrás de él:

—No me dejes, Ralph.

—Agáchate —dijo Ralph de costado—, y espérame.

Se detuvo en la mitad del istmo y miró a los salvajes atentamente. Liberados por la pintura se habían recogido el pelo y estaban más cómodos que él. Ralph se dijo que él también se lo ataría luego. En verdad sentía deseos de decirles que esperaran y atárselo allí mismo, pero esto era imposible. Los salvajes se rieron torpemente y uno de ellos amenazó a Ralph con la lanza. Arriba, Roger dejó la palanca y se asomó a ver qué ocurría. En el istmo, los niños estaban en un estanque que formaban sus propias sombras, y parecían sólo unas hirsutas cabezas. Piggy, agachado, mostraba una espalda informe como un saco.

—Estoy llamando a una asamblea.

Silencio.

Roger tomó una piedra y la arrojó entre los mellizos, apuntando a no acertar. Los mellizos se sobresaltaron y Sam casi perdió el equilibrio. Una oscura fuente de poder empezó a latir en el cuerpo de Roger.

Ralph habló otra vez, en voz alta.

—Estoy llamando a una asamblea.

Paseó la mirada sobre ellos.

—¿Dónde está Jack?

Los niños se agitaron y consultaron. Una cara pintada habló con la voz de Robert.

—Está cazando. Y nos dijo que no te dejáramos entrar.

—He venido por el fuego —dijo Ralph—, y los lentes de Piggy.

El grupo frente a él cambió de posición y una risa tembló entre los niños, una risa ligera y excitada que repitieron las altas rocas.

Detrás de Ralph sonó una voz.

—¿Qué quieres?

Los mellizos pasaron corriendo junto a Ralph y se detuvieron entre él y la entrada. Ralph se volvió rápidamente. Jack, reconocible por la figura y el pelo rojo, se acercaba desde la selva. A su derecha y su izquierda venían dos cazadores, agachados. Los tres tenían máscaras negras y verdes. Detrás de ellos, en la hierba, donde lo habían dejado caer, yacía el cuerpo inflado y sin cabeza de una marrana.

Piggy lloriqueó.

—¡Ralph! ¡No me dejes!

Con cómico cuidado se abrazó a la roca, apretándose contra ella. A sus pies el mar iba y venía. Las risitas de los salvajes se convirtieron en carcajadas burlonas.

Jack gritó por encima del ruido.

—Vete, Ralph. Quédate en tu parte de la isla. Este sitio es mío y esta es mi tribu. No me molestes.

Las carcajadas se apagaron.

—Te llevaste los lentes de Piggy —dijo Ralph, sin aliento—. Tienes que devolvérselos.

—¿Sí? ¿Quién dice eso?

—¡Yo lo digo! Votaron por mí. ¿No oíste el caracol? Fue sucio lo que hiciste… Te hubiéramos dado fuego si lo hubieras pedido.

La sangre le corría por la cara y el ojo semicerrado le latía.

—Podías haber tenido fuego en cualquier momento. ¡Pero fuiste como un ladrón y robaste los lentes de Piggy!

—¡Di eso de nuevo!

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Piggy chilló.

—¡Ralph! ¡Recuérdame!

Jack se dobló hacia adelante y tiró un lanzazo al pecho de Ralph. Ralph vislumbró el movimiento del brazo de Jack e hizo a un lado el golpe con el cabo de su lanza. Dándose vuelta lanzó un pinchazo a la oreja de Jack. Estaban ahora cuerpo, a cuerpo, respirando entrecortadamente, empujando y mirándose con ojos brillantes.

—¿Quién es un ladrón?

—¡Tú eres!

Jack torció el cuerpo librándose y lanzó un golpe de costado con la lanza. Como de mutuo acuerdo usaban ahora las lanzas como sables, sin exponerse a las mortales puntas. El golpe sacudió la lanza de Ralph y resbalando le alcanzó dolorosamente los dedos. Enseguida se apartaron una vez más, con las posiciones invertidas: Jack del lado del castillo y Ralph de espaldas a la isla.

Los dos respiraban pesadamente.

—Ven entonces…

—Ven…

Estaban fieramente en actitud de lucha, pero guardando distancia.

—¡Ven y verás!

—Ven…

Piggy aferrado al suelo trataba de atraer la atención de Ralph. Ralph se movió, se dobló, miró cansadamente a Jack.

—Ralph, no te olvides. El fuego. Mis lentes.

Ralph asintió. Aflojó los músculos, y apoyó en el suelo el cabo de la lanza. Jack lo miró inescrutablemente a través de su pintura. Ralph alzó la vista hacia los pináculos, luego hacia el grupo de salvajes.

—Escuchad. Hemos venido a decir esto. Primero hay que devolverle los lentes a Piggy. Sin ellos, no puede ver. No se trata de un juego…

La tribu de pintados salvajes se rio entre dientes y la mente de Ralph vaciló. Se recogió el pelo y contempló la máscara verde y negra, tratando de recordar cómo era Jack.

Piggy susurró:

—Y el fuego.

—Oh sí. Después lo del fuego. Lo digo otra vez. Lo digo desde que caímos aquí.

Extendió el brazo con la lanza y apuntó a los salvajes.

—Nuestra única esperanza es tener encendido un fuego mientras hay luz. Entonces quizá un barco vea el humo y venga y nos rescate y nos lleve a casa. Pero sin ese humo tendremos que esperar a que algún barco venga por accidente. Podemos esperar años, hasta que seamos viejos…

La risa temblorosa, argentina, irreal de los salvajes se extendió y murió en ecos. Un golpe de furia sacudió a Ralph. Se le quebró la voz.

—¿No entendéis, tontos pintarrajeados? Sam, Eric, Piggy, y yo… no somos bastantes. Tratamos de tener encendido el fuego, pero no pudimos. Y vosotros, jugando a la caza…

Apuntó por encima de ellos al sitio donde el hilo de humo se dispersaba en el aire perlado.

—¡Mirad eso! ¿Es una señal? Es un fuego de cocina. Después de la comida no habrá más humo. ¿No entendéis? Puede haber un barco allá…

Hizo una pausa derrotado por el silencio y el pintado anonimato del grupo que guardaba la entrada. El jefe abrió una boca rosada y les habló a Samieric que estaban entre él y la tribu.

—Vosotros dos. Atrás.

Nadie le respondió. Los mellizos se miraron perplejos, mientras Piggy tranquilizado por la desaparición de la violencia se incorporaba cuidadosamente. Jack echó una mirada a Ralph y luego a los dos mellizos.

—¡A ellos!

Nadie se movió. Jack gritó enojado.

—¡Dije que a ellos!

El pintado grupo se movió nerviosa y desmañadamente alrededor de Samieric. Una vez más corrió aquella risa argentina.

Samieric protestaron en nombre de la civilización.

—¡Eh, un momento!

—… realmente.

Les sacaron las lanzas.

—Ahora las cuerdas.

Ralph gritó desesperadamente contra la máscara verde y negra.

—¡Jack!

—Adelante.

El grupo pintado sintió entonces que aquellas dos criaturas, Samieric, eran seres ajenos, y sintió, su propio poder. Tumbaron a los mellizos torpe y excitadamente. Jack estaba inspirado. Sabía que Ralph intentaría un rescate. Describiendo un zumbante círculo lanzó un golpe hacia atrás y Ralph apenas pudo esquivarlo. Más allá, la tribu y los mellizos eran un ruidoso y retorcido montón. Piggy se agachó otra vez. Los mellizos quedaron tendidos, asombrados, y la tribu los rodeó. Piggy se acurrucó de nuevo. Jack se volvió a Ralph y habló entre dientes.

—¿Ves? Hacen lo que yo quiero.

Hubo un silencio otra vez. Los mellizos, torpemente atados, y la tribu miraban a Ralph y esperaban. Ralph los contó a través del flequillo, y vio el humo ineficaz.

Estalló. Le gritó a Jack.

—¡Eres una bestia, un cerdo, y un sucio ladrón!

Arremetió.

Jack, comprendiendo que afrontaba una crisis, arremetió también. Se encontraron con una sacudida y rebotaron apartándose. El puño de Jack describió un semicírculo y le dio en la oreja a Ralph. Ralph golpeó a Jack en el estómago y lo hizo gruñir. Se miraron otra vez, jadeantes y furiosos, pero acobardados los dos por la ferocidad del otro. Oyeron el ruido que era el fondo de la pelea, los animados gritos de la tribu, agudos y constantes.

La voz de Piggy llegó a Ralph.

—Déjame hablar.

Estaba de pie en la arena de la pelea, y cuando la tribu advirtió sus intenciones, los agudos vítores se transformaron en un largo *buuu*.

Piggy alzó el caracol y el ruido se debilitó un poco, pero enseguida subió otra vez.

—¡Tengo el caracol!

Gritó.

—¡Repito que tengo el caracol!

Sorprendentemente, hubo silencio ahora. La tribu sentía curiosidad por oír qué cosas divertidas diría Piggy.

Un silencio y una pausa; pero en el silencio se oyó un curioso zumbido en el aire, cerca de la cabeza de Ralph. No le prestó mucha atención… y de pronto allí estaba otra vez; un débil siseo. Alguien estaba tirando piedras. Era Roger, con una mano aún en la palanca de la roca. Allá abajo Ralph era unas greñas y Piggy un saco de grasa.

—Esto quiero decir. Estas cosas son cosas de nenes.

El *buuu* se alzó y murió otra vez cuando Piggy levantó el blanco caracol mágico.

—¿Qué es mejor realmente? ¿Ser una manada de negros pintarrajeados como vosotros, o ser razonable *como* Ralph?

Un gran clamor se alzó entre los salvajes. Piggy gritó otra vez.

—¿Qué es mejor? ¿Tener reglas y seguirlas, o cazar y matar? .

Otra vez el clamor, y otra vez el zumbido en el aire.

Ralph gritó contra el ruido.

—¿Qué es mejor, la ley y el rescate, o cazar y destruir?

Ahora Jack aullaba también y Ralph no podía hacerse oír. Jack había retrocedido hasta el sitio donde estaba la tribu, que era una masa sólida y amenazante erizada de lanzas. La intención de una carga estaba formándose entre ellos; al fin se decidirían y barrerían el istmo. Ralph, de pie, los enfrentaba, un poco a un costado, con la lanza lista, A su lado estaba Piggy, sosteniendo todavía el talismán, la frágil y brillante belleza del caracol. La tormenta de sonido los golpeaba, como un encantamiento de odio. Arriba, Roger, con una sensación de delirante abandono, apoyó todo su peso en

la palanca.

Ralph oyó la gran roca mucho antes de verla. Advirtió un estremecimiento del suelo, que le llegaba por las plantas de los pies, y un sonido de piedras que se quebraban en lo alto del acantilado. Luego la monstruosa cosa roja rebotó en el istmo y Ralph se echó de cara al suelo mientras la tribu chillaba.

La roca golpeó un costado de Piggy desde la cara a la rodilla; el caracol estalló en mil pedazos blancos y desapareció. Piggy, sin una palabra, sin tiempo para emitir ni siquiera un gruñido, saltó en el aire a un lado de la roca, girando sobre sí mismo. La roca rebotó dos veces más y se perdió en la selva. Piggy cayó una docena de metros y golpeó de espaldas la roca roja y cuadrada del mar. Se le abrió la cabeza y le salió algo que enseguida enrojeció. Los brazos y las piernas se le retorcieron un poco, como los miembros de un cerdo que se acaba de matar. Luego el mar respiró otra vez con un largo y lento suspiro, el agua hirvió, blanca y rosada, sobre la roca, y cuando se fue succionando, el cuerpo de Piggy ya no estaba allí.

Esta vez el silencio fue total. Los labios de Ralph formaron una palabra, pero no brotó ningún sonido.

De pronto Jack saltó hacia adelante desprendiéndose de la tribu y se puso a gritar desenfrenadamente.

—¿Ves? ¿Ves? ¡Eso es lo que sacas! ¡Esto decía! ¡Ya no hay tribu para ti! El caracol desapareció…

Corrió adelante, encorvado.

—¡Soy el jefe!

Malévolamente, sin titubear, le tiró un lanzazo a Ralph. La punta desgarró la piel y la carne sobre las costillas de Ralph, y luego el arma resbaló y cayó al agua. Ralph trastabilló, sin sentir dolor, pero sí pánico, y la tribu, gritando ahora como el jefe, empezó a avanzar. Otra lanza, una curvada que no volaba en línea recta, le pasó junto a la cara y otra vino desde arriba donde estaba Roger. Los mellizos yacían ocultos por la tribu y las anónimas caras de demonio se apretujaban en el istmo. Ralph se volvió y corrió. Un gran ruido como de gaviotas se alzó a sus espaldas. Obedeciendo un instinto que había ignorado hasta entonces se precipitó al espacio abierto de modo que las lanzas cayeran a un lado y a otro. Vio el cuerpo descabezado de la marrana y saltó a tiempo. Luego aplastando hojas y capullos desapareció en la selva.

El jefe se detuvo junto al cerdo, se volvió y alzó las manos.

—¡Atrás! ¡De vuelta al fuerte!

La tribu regresó ruidosamente al istmo donde se les reunió Roger.

El jefe le habló, airadamente.

—¿Por qué no estás vigilando?

Roger lo miró con gravedad.

El horror del verdugo lo envolvía. El jefe no le dijo más y miró a Samieric.

—Tenéis que uniros a la tribu.

—Déjame ir…

—… y a mí.

El jefe arrebató una de las pocas lanzas que quedaban y le hurgó a Sam las costillas.

—¿Qué quieres decir? —dijo ferozmente—. ¿Qué es eso de venir con lanzas? ¿Qué es eso de no unirse a mi tribu?

La lanza se movía ahora rítmicamente. Sam chilló.

—Este no es el modo.

Roger pasó junto al jefe, casi rozándole el hombro. Los chillidos cesaron, y Samieric se quedaron mirando hacia arriba en un mudo terror. Roger avanzó hacia ellos como alguien que esgrime una anónima autoridad.

12

Gritos de cazadores

RALPH ESTABA bajo un matorral, pensando en sus heridas. Sobre las costillas derechas tenía un círculo de carne amoratada de varios centímetros de diámetro, y una cicatriz inflamada y ensangrentada donde lo había golpeado la lanza. El pelo se le había ensuciado y enredado como los zarcillos de las trepadoras. Estaba cubierto de arañazos de pies a cabeza por su huida entre los árboles. Al recuperar el aliento había concluido que debería esperar para bañarse las heridas. ¿Cómo se podían oír unos pies desnudos si uno estaba chapoteando en el agua? ¿Cómo podía uno estar seguro junto al arroyo o en la playa abierta?

Ralph escuchó. No estaba en verdad muy lejos del castillo de roca, y durante el primer pánico había creído oír ruidos de persecución. Pero los cazadores sólo se habían asomado a los bordes de la selva, a recuperar lanzas quizás, y luego habían corrido de vuelta a las rocas soleadas como aterrorizados de la oscuridad bajo las hojas. Hasta había vislumbrado a uno, con rayas castañas, rojas y negras, y le había parecido que era Bill. Pero realmente no era Bill. Era un salvaje cuya imagen rehusaba confundirse con la figura de un niño de pantalones cortos y camisa.

Moría la media tarde; los círculos de luz solar se movían serenamente sobre frondas verdes y cortezas pardas, pero del castillo no venía ningún sonido. Al fin Ralph salió arrastrándose de los helechos y se deslizó hasta el impenetrable muro de hojas y tallos que enfrentaba el istmo. Espió con mucho cuidado entre unas ramas y pudo ver a Robert que estaba sentado de guardia en la cima del acantilado. Tenía una lanza en la mano izquierda, y con la derecha tiraba un guijarro al aire y lo recogía otra vez. Detrás de él se alzaba una espesa columna de humo. A Ralph se le ensanchó la nariz y se le hizo agua la boca. Se enjugó la nariz y la boca con el dorso de la mano y por primera vez desde la mañana sintió hambre. La tribu debía de haberse reunido alrededor del cerdo destripado, mirando como la grasa goteaba y ardía entre las cenizas.

Otra figura, ésta irreconocible, apareció junto a Robert y le dio algo. Luego se volvió y desapareció otra vez detrás de la roca. Robert dejó la lanza en una piedra y empezó a morder entre sus manos levantadas. Así que la fiesta había comenzado y el centinela había recibido su porción.

Ralph entendió que por un tiempo no corría peligro. Se alejó hacia los árboles frutales, arrastrado por el pensamiento de aquella pobre comida, pero amargado a causa de la fiesta. Fiesta hoy, y luego fiesta mañana…

Se repitió sin convicción que lo dejarían solo; quizás hasta hiciesen de él un

proscrito. Pero enseguida el fatal e irrazonable conocimiento volvió a él. La rotura del caracol y las muertes de Piggy y Simon yacían sobre la isla como un vapor. Estos pintados salvajes irían cada vez más lejos. Luego, la indefinible relación con Jack… Jack ya nunca lo dejaría tranquilo, nunca.

Se detuvo, con el cuerpo cubierto de círculos de luz, alzando una rama, preparado para escabullirse. Un espasmo de terror lo sacudió, y se quejó en voz alta.

—No. No son tan malos. Fue un accidente.

Pasó por debajo de la rama, corrió torpemente, y enseguida se paró y escuchó.

Estaba en los arruinados acres de fruta y comió con voracidad. Vio a dos pequeños, y no teniendo idea de su propio aspecto, se preguntó por qué chillaban y corrían.

Después de comer fue hacia la playa. La luz solar caía ahora oblicuamente entre las palmeras junto al derribado refugio. Allí estaban la plataforma y el estanque. Lo mejor que podía hacer era ignorar aquel peso que sentía en el corazón y confiar en el sentido común de los otros, en la cordura que podía darles la luz del día. Ahora que la tribu había comido, podía hacer la prueba otra vez. Y de todos modos, no podía pasar toda la noche en un refugio vacío junto a la plataforma desierta. Se le erizó la piel y se estremeció al sol de la tarde. No había fuego, no había humo, no habría rescate. Se volvió y cruzó cojeando la selva, hacia la playa de Jack.

Las oblicuas rayas de luz solar se perdían entre las ramas. Al fin llegó a un claro donde el suelo de roca impedía que creciese la vegetación. Ahora era un estanque de sombras; Ralph vio algo que se alzaba en el centro y casi se precipitó detrás de un árbol; pero enseguida advirtió que la cara blanca era sólo huesos y que el cráneo del cerdo le sonreía desde lo alto de una vara. Caminó lentamente hasta el centro del claro y miró fijamente el cráneo que brillaba con aquella blancura que había tenido el caracol, y que parecía burlarse de él cínicamente. Una hormiga inquisitiva estaba ocupada en una de las órbitas, pero no había en el cráneo otro signo de vida. ¿O no era así?

Sintió unos escalofríos que le subían y bajaban por la espalda. Se quedó mirando el cráneo, casi a la altura de su cara, sosteniéndose el pelo con las dos manos. El cráneo sonreía con una mueca, las órbitas vacías parecían sostener la mirada fija de Ralph imperiosa y fácilmente.

¿Qué era eso?

El cráneo miraba a Ralph como quien conoce todas las respuestas y no dirá nada. Ralph sintió una furia y un miedo enfermizos. Golpeó fieramente aquella cosa repugnante, que osciló y volvió, sonriendo siempre hasta casi tocarle la cara. Le lanzó un puñetazo, con un grito de asco. Enseguida se encontró chupándose los lastimados nudillos y mirando el palo desnudo; el cráneo abierto sonreía ahora a unos seis metros. Arrancó el tembloroso palo de la hendidura y lo sostuvo como una lanza entre él y los trozos blancos. Luego retrocedió, sin apartar los ojos del cráneo que yacía sonriendo al cielo.

Cuando el resplandor verde desapareció del horizonte y fue plena noche, Ralph se acercó otra vez a los matorrales frente al castillo de roca. Espiando, pudo ver que la altura estaba aún ocupada, y quienquiera fuese el que estaba arriba tenía una lanza al alcance de la mano.

Se arrodilló entre las sombras y sintió amargamente su aislamiento. Eran salvajes, sin duda; pero también eran seres humanos, y los acechantes temores de la noche profunda estaban acercándose.

Ralph gimió débilmente. Cansado como estaba, no podía abandonarse y dejarse caer en un pozo de sueño por miedo a la tribu. ¿No sería posible entrar audazmente en el fuerte, decir que iba en misión de paz, reírse ligeramente y dormir con los otros? ¿Fingir que eran aún niños, escolares que habían dicho «Señor, sí, señor», y habían usado gorras? La luz del día hubiera respondido sí, pero la oscuridad y los horrores de la muerte decían no. Acostado allí en la oscuridad, supo que era un proscrito.

—Porque no perdí la cabeza.

Se frotó la mejilla contra el antebrazo, oliendo el acre aroma de la sal y el sudor y la rancia suciedad. A la izquierda, las olas del océano respiraban, succionaban, luego hervían otra vez sobre la roca.

De detrás del castillo de piedra llegaban sonidos. Escuchando cuidadosamente, separando la mente de las oscilaciones del océano, Ralph pudo distinguir un ritmo familiar.

—*¡Mátala! ¡Degüéllala! ¡Desángrala!*

La tribu estaba bailando. En alguna parte, del otro lado de aquella pared rocosa, había un círculo oscuro, un fuego brillante, y carne. Los salvajes saboreaban su comida y el solaz de la seguridad.

Un sonido más cercano lo estremeció. Unos salvajes subieron por el castillo de piedra, hasta la cima, y se oyeron voces. Ralph se adelantó unos pocos metros y vio que la forma de la cima cambiaba y crecía. Sólo había dos niños en la isla que se movieran y hablaran así.

Ralph apoyó la cabeza en los brazos cruzados y aceptó este nuevo hecho como una herida. Samieric eran ahora parte de la tribu. Estaban guardando el castillo de roca contra él. No había posibilidad de rescatarlos y fundar una tribu proscrita en el otro extremo de la isla. Samieric eran salvajes como el resto; Piggy estaba muerto, y el caracol hecho trizas.

Al fin el otro centinela descendió. Los dos que quedaban no parecían más que una oscura prolongación de la roca. Una estrella apareció detrás de ellos y algún movimiento la eclipsó momentáneamente.

Ralph se adelantó pisando el suelo irregular como si fuese ciego. Había kilómetros de vagas extensiones de agua a su derecha, y el inquieto océano yacía a su izquierda, tan horrible como el brocal de un pozo. El agua respiraba regularmente alrededor de la roca de la muerte y florecía en un campo de blancura. Ralph se arrastró hasta tocar el camino que bordeaba el acantilado. Los centinelas estaban

directamente sobre él y podía ver la punta de una lanza que asomaba sobre la roca.

Llamó muy suavemente.

—Samieric…

No hubo respuesta. Para llegar a ellos debía hablar más alto, y entonces lo oirían aquellas rayadas y enemigas criaturas que se divertían junto al fuego. Apretó los dientes y empezó a subir, buscando las salientes con la mano. El palo que había sostenido un cráneo era una molestia, pero no quería separarse de su única arma. Estaba casi a la altura de los mellizos, Cuando habló otra vez.

—Samieric…

Oyó un grito y una agitación. Los mellizos se habían abrazado y balbuceaban.

—Soy yo, Ralph.

Pensando aterrorizado que podían escapar y dar la alarma se alzó hasta que la cabeza y los hombros le asomaron sobre la cima. Muy abajo se veía el luminoso florecimiento, alrededor de la roca.

—Soy sólo yo, Ralph.

Al fin los mellizos se inclinaron hacia adelante y lo miraron de cerca.

—Pensamos que era…

—… no sabíamos qué era…

—… pensamos…

Recordaron su nueva y vergonzosa lealtad. Eric estaba callado, pero Sam trató de cumplir con su deber.

—Tienes que irte, Ralph, Vete ahora…

Blandió la lanza y ensayó una cara feroz.

—Vete, ¿entiendes?

Eric asintió y sacudió su lanza. Ralph se apoyó en los antebrazos y no se fue.

—Vine a ver a los dos.

Hablaba con una voz ronca. Le dolía la garganta, aunque no había recibido allí ninguna herida.

—Vine a ver a los dos…

Las palabras no podían expresar el sordo dolor de todo aquello. Calló, mientras las vívidas estrellas se derramaban y bailaban en todas partes.

Sam se movió incómodo.

—De veras, Ralph, es mejor que te vayas.

Ralph alzó los ojos.

—Estáis pintados. ¿Cómo podéis? Si hubiera luz…

Si hubiera luz los devoraría la vergüenza de admitir estas cosas. Pero la noche era oscura. Eric empezó a hablar otra vez, y enseguida los mellizos recomenzaron su antifonal discurso.

—Tienes que irte porque no es seguro…

—… nos obligaron. Nos lastimaron…

—¿Quién? ¿Jack?

—Oh, no…

Se inclinaron hacia él y bajaron la voz.

—Márchate, Ralph…

—… es una tribu…

—… nos obligaron.

—… no pudimos impedirlo…

Cuando Ralph habló otra vez su voz era baja, y parecía sin aliento.

—¿Qué hice? Él me gustaba… y yo quería que nos rescatasen…

Otra vez las estrellas se derramaron por el cielo. Eric sacudió la cabeza, seriamente.

—Escucha, Ralph. No importa lo que esté bien. Eso pasó…

—No importa lo de ser jefe…

—… tienes que defenderte solo…

—El jefe y Roger…

—… sí, Roger…

—Te odian, Ralph. Van a buscarte.

—Van a cazarte mañana.

—¿Pero por qué?

—No sé. Y, Ralph, Jack, el jefe, dice que será peligroso…

—… y habrá que tener cuidado y tiraremos nuestras lanzas como a un cerdo.

—Vamos a extendernos en una línea por la isla.

—… saldremos desde aquí…

—… hasta que te encontremos.

—Tenemos que mandar señales. Así.

Eric alzó la cabeza y emitió un débil grito ululante golpeándose la boca abierta. Luego miró detrás de él nerviosamente.

—Así…

—… sólo que más fuerte, es claro.

—Pero yo no hice nada —susurró Ralph, urgentemente—. ¡Sólo quería encender un fuego!

Se detuvo un momento pensando miserablemente en el futuro. Se le ocurrió un asunto de abrumadora importancia.

—¿Qué van…?

No se atrevía a hablar claramente, pero luego el miedo y la soledad lo dominaron.

—Cuando me encuentren, ¿qué van a hacerme?

Los mellizos no respondieron. Debajo de ellos la roca de la muerte floreció otra vez.

—Qué van… Oh, Dios, tengo hambre…

El acantilado pareció oscilar debajo de él.

—Bueno… qué…

Los mellizos respondieron indirectamente.

—Tienes que irte ahora, Ralph.

—Por tu propio bien.

—Quédate lejos. Todo lo que puedas.

—Si fuésemos tres… tendríamos una posibilidad.

Luego de un momento de silencio, Sam habló con una voz ahogada.

—No conoces a Roger. Es terrible.

—… y el jefe… los dos son…

—… terribles…

—… sólo que Roger…

Los dos niños se quedaron paralizados. Alguno de la tribu subía hacia ellos.

—Vienen a ver si vigilamos. ¡Rápido, Ralph!

Mientras se preparaba a bajar el acantilado, Ralph trató de sacar la última posible ventaja de la reunión.

—Me quedaré cerca, en aquellos matorrales —murmuró—, así que no dejéis que vayan por ahí. Nunca se les ocurrirá mirar tan cerca…

Las pisadas estaban aún a cierta distancia.

—Sam, ¿no me va a pasar nada, no es cierto?

Los mellizos callaron otra vez.

—¡Toma! —dijo Sam de pronto—. Toma esto…

Ralph sintió que le apretaban un trozo de carne contra el cuerpo y lo agarró.

—¿Pero qué van a hacerme cuando me cacen?

Silencio arriba. Ralph se encontró tonto. Empezó a bajar.

—¿Qué van a hacerme?

De la cima del acantilado llegó la incomprensible respuesta.

—Roger afiló un palo por las dos puntas.

Roger afiló un palo por las dos puntas. Ralph trató de darle un significado a la frase, pero no pudo. Empleó todas las palabrotas que conocía en un ataque de furia que se convirtió en un bostezo. ¿Cuánto tiempo se podía pasar sin dormir? Anhelaba una cama y sábanas… pero aquí la única blancura era la leche lenta, derramada y luminosa que envolvía la roca, allá abajo, a doce metros, donde había caído Piggy. Piggy estaba en todas partes, estaba en este istmo, estaba haciéndose terrible en la oscuridad y la muerte. Si Piggy salía ahora del agua con su cabeza vacía… Ralph sollozó y bostezó como uno de los pequeños. Se apoyó en el palo que llevaba en la mano, como en una muleta.

El cuerpo se le endureció otra vez. Unas voces se alzaron en la cima del castillo de roca. Samieric discutían con alguien. Pero los helechos y la hierba estaban cerca. Allí podía quedarse ahora, oculto, junto al matorral que le serviría de escondite mañana. Allí —y sus manos tocaron hierba— podía pasar la noche, no lejos de la tribu, de modo que si asomaban los horrores sobrenaturales, uno podía al menos mezclarse con otros seres humanos durante un tiempo, aunque eso significase…

¿Qué? Un palo afilado por las dos puntas. ¿Qué era eso? Le habían tirado lanzas y

habían fallado; todas menos una. Quizá fallaran la próxima vez también.

Se sentó en cuclillas entre las altas hierbas, recordó la carne que Sam le había dado, y empezó a morderla vorazmente. Mientras comía oyó nuevos ruidos… gritos de dolor de Samieric, gritos de pánico, voces airadas. ¿Qué significaba eso? Alguien además de él estaba en dificultades, pues por lo menos uno de los mellizos recibía una paliza. Luego las voces se perdieron al pie del acantilado y dejó de pensar en ellas. Buscó con las manos y encontró unas frondas frescas y delicadas junto al matorral. Ese era pues el cubil nocturno. A las primeras luces podía escurrirse entre los tallos retorcidos, de modo que sólo podría seguirlo quien se arrastrara como él, y ése, sería atravesado por el palo.

Allí se quedaría, y los que buscaban pasarían sin verlo, y el cordón de salvajes vacilaría, ululando a lo largo de la isla, y él estaría libre.

Se metió entre los helechos, haciendo un túnel. Dejó el palo a un lado, y se acurrucó en la oscuridad. Uno no debía olvidarse de despertar con la primera luz, para engañar a los salvajes… No supo con qué rapidez llegó el sueño y lo hizo caer por una oscura pendiente interior.

Despertó antes de abrir los ojos, y escuchó un ruido cercano. Abrió un ojo, descubrió el suelo a unos centímetros de la cara y se aferró a él; la luz se filtraba entre las hojas de los helechos. Apenas tuvo tiempo de comprender que las interminables pesadillas de caídas y muertes habían pasado, y que había llegado la mañana, cuando escuchó otra vez el sonido. Era un ulular a orillas del océano… y ahora respondía el salvaje próximo, y el otro. El grito pasó a su lado cruzando el estrecho extremo de la isla desde el mar a la laguna, como el grito de un pájaro en el aire. No perdió tiempo en reflexionar y asiendo el palo afilado retrocedió retorciéndose entre los helechos. Pocos segundos después abría un agujero en el matorral, pero no antes de haber vislumbrado las piernas de un salvaje que venía hacia él. Alguien sacudió y golpeó los helechos y oyó piernas que se movían entre las largas hierbas. El salvaje, quienquiera que fuese, ululó dos veces; y el grito fue repetido en ambas direcciones, y murió. Ralph se quedó acurrucado, inmóvil, enredado entre los tallos del matorral, y durante un tiempo no oyó nada.

Al fin él mismo examinó el matorral. Ciertamente, nadie podía atacarlo allí… y además había tenido suerte. La gran roca que había matado a Piggy había saltada a este matorral, rebotando justo en el centro, formando un espacio chato de casi un metro de diámetro. Cuando Ralph se deslizó allí se sintió seguro, y astuto. Se sentó cuidadosamente entre los tallos aplastados y esperó a que la cacería pasara. Mirando hacia arriba entre las hojas vislumbró algo rojo. Aquella debía de ser la cima del castillo de piedra, distante y sin amenazas. Se tranquilizó triunfalmente, y se preparó a oír los sonidos de la cacería que se apagaban a lo lejos.

Sin embargo, no se oía ningún sonido, y a medida que pasaban los minutos, en la

sombra verde, su sensación de triunfo se desvaneció.

Al fin oyó una voz… La voz de Jack, pero en un susurro.

—¿Estás seguro?

El otro salvaje no respondió. Quizá había hecho un gesto.

Roger habló.

—Si nos engañas…

Enseguida hubo un jadeo, y un chillido de dolor. Ralph se encogió instintivamente. Uno de los mellizos estaba allí, afuera del matorral, con Jack y Roger.

—¿Estás seguro que habló de este sitio?

El mellizo gimió débilmente y luego chilló otra vez.

—¿Habló de esconderse aquí?

—Sí… sí… ¡oh!

Unas risas argentinas se derramaron entre los árboles.

Así que sabían.

Ralph recogió su palo y se preparó para la batalla. ¿Pero ellos qué podían hacer? Tardarían una semana en abrirse paso por el matorral; y cualquiera que viniera arastrándose no tendría cómo defenderse. Tocó la punta de la lanza con el pulgar y sonrió sin alegría. Quien intentara acercarse, quedaría atravesado, chillando como un cerdo.

Los otros retrocedían ahora, de vuelta a la torre de piedra. Pudo oír el sonido de unas pisadas, y luego alguien que se reía nerviosamente. Otra vez sonó aquel grito alto, como de un pájaro, que corrió a lo largo de la fila. Así que algunos estaban todavía vigilando, pero otros…

Hubo un largo silencio sin aliento. Ralph descubrió que había estado mordisqueando la lanza, y que tenía cortezas en la boca. Se puso de pie y miró hacia el castillo de piedra.

En ese momento oyó la voz de Jack en la cima.

—¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Fuerza!

La roca roja que podía ver en la cima del acantilado desapareció como una cortina, y aparecieron unas figuras y el cielo azul. Un momento después la tierra se estremeció, se oyó el ruido de algo que se precipitaba en el aire, y una mano gigantesca pareció cubrir el matorral. La roca rebotó, golpeando y aplastando, hacia la playa, mientras una lluvia de ramas quebradas y hojas caía sobre Ralph. Más allá del matorral, la tribu aplaudía.

Silencio otra vez.

Ralph se llevó los dedos a la boca y mordió. Sólo había otra roca allá arriba que aparentemente podía moverse; pero era casi tan grande como media casa, grande como un auto, un tanque. Imaginó su probable camino con agonizante claridad… La roca caería lentamente al principio, chocando con los bordes del acantilado, uno a uno, y rodaría por el istmo como un enorme rodillo de vapor.

—¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Fuerza!

Ralph dejó en el suelo su lanza, y la recogió otra vez. Se echó atrás el pelo, irritadamente, y dio dos pasos apresurados en el pequeño espacio. Se quedó mirando los extremos rotos de las ramas.

Todavía silencio.

Alcanzó a ver cómo le subía y bajaba el diafragma y se sorprendió al notar con qué rapidez respiraba. En el pecho, un poco a la izquierda, le golpeaba el corazón. Dejó otra vez la lanza.

—¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Fuerza!

Un viva agudo y prolongado.

Algo bramó en lo alto de la torre roja, luego la tierra saltó y empezó a temblar uniformemente, mientras el ruido crecía con el mismo ritmo. Ralph fue lanzado al aire, arrojado entre las ramas. A la derecha, y a no mucho más de un metro el matorral entero se dobló y las raíces salieron chillando de la tierra. Vio algo rojo que giraba lentamente como una rueda de molino. Luego la cosa roja pasó y el movimiento de elefante se alejó hacia el mar.

Ralph se arrodilló en el suelo levantado y esperó. Al fin los tallos blancos y quebrados, las ramas desgarradas y las hojas del matorral parecieron más claras. Tenía una pesada sensación en el cuerpo, en el sitio del corazón.

Silencio otra vez.

Pero no enteramente. Había murmullos allá afuera; y de pronto las ramas se sacudieron furiosamente en dos lugares a su derecha. Apareció la punta afilada de una lanza. Aterrorizado, Ralph metió rápidamente su palo en la hendidura y golpeó con todas sus fuerzas.

—¡Aaa-ah!

La lanza se le torció un poco en las manos y la retiró.

El salvaje herido se quejó otra ver.

¿Y ahora? ¿Qué pasaría?

Ralph cerró las manos sobre la lanza y el pelo le cayó hacia adelante. Alguien murmuraba, a unos pocos metros, en la dirección del castillo de piedra. Oyó que un salvaje decía:

—¡No! —con una voz de sorprendido disgusto; y luego unas risas contenidas. Retrocedió en cuclillas y mostró los dientes al muro de ramas. Alzó la lanza, gruñó, y esperó.

Una vez más se alzaron unas risitas en el grupo invisible. Ralph oyó un sonido curioso, como si algo se escurriese, y luego un ruido más alto, como si estuviesen desarrugando grandes hojas de celofán. Estalló una rama, y Ralph ahogó una tos. Un humo se coló entre las hojas con mechones blancos y amarillos, el cielo azul sobre su cabeza tomó el color de una nube de tormenta, y luego el humo creció en oleadas a su alrededor.

Alguien se rio excitadamente, y una voz gritó:

—¡Humo!

Ralph se abrió paso por el matorral hacia la selva, manteniéndose todo lo posible por debajo del humo. Al fin vio un espacio abierto, y las hojas verdes de los bordes del matorral. Un salvaje pequeño estaba entre él y el resto de la selva, un salvaje con rayas rojas y blancas, y que llevaba una lanza. Tosía, y con el dorso de la mano se emborronaba la pintura alrededor de los ojos mientras trataba de ver a través del humo cada vez más espeso. Ralph saltó hacia adelante como un gato; lanzando estocadas, gruñendo, y el salvaje se dobló en dos. Sonó un grito del otro lado del matorral y Ralph echó a correr con la rapidez del miedo, entre la maleza. Llegó a una senda de cerdos, la siguió durante quizás unos cien metros, y luego cambió de dirección. Detrás de él los sonidos ululantes cruzaron una vez más la isla y una voz gritó tres veces. Imaginó que era la señal de avanzar, y volvió a correr, hasta que el pecho le ardió como un fuego. Luego se arrojó bajo una mata y esperó un momento a que se le calmara la respiración. Se pasó la lengua lentamente por los dientes y los labios y oyó a lo lejos el ulular de los perseguidores.

Podía hacer muchas cosas. Podía subirse a un árbol…, pero sería como jugárselo todo en una sola apuesta. Si lo descubrían, les bastaría con esperar un poco.

¡Si por lo menos tuviese tiempo de pensar!

Otro doble grito a la misma distancia le dio una pista de los planes de los salvajes. Cualquier salvaje detenido en la selva emitiría ese doble grito inmovilizando a los otros. Esperaban así mantener el cordón intacto a través de la isla. Ralph pensó en el jabalí que había logrado escurrirse entre ellos con tanto éxito. Si era necesario, cuando los cazadores estuviesen demasiado cerca podía atravesar el cordón mientras aún fuese bastante delgado y volver atrás. ¿Pero volver atrás a dónde? El cordón giraría sobre sí mismo y la caza empezaría otra vez. Tarde o temprano él tendría que dormir o comer… y luego despertaría con unas manos encima, y la búsqueda se convertiría en persecución.

¿Qué se podía hacer entonces? ¿El árbol? ¿Romper la línea como un jabalí? Cualquier decisión parecía terrible.

Un grito solitario le aceleró el corazón y, dando un salto, se precipitó hacia el lado del mar y la selva espesa hasta que las lianas lo detuvieron. Se quedó allí un momento, sintiendo que le latían los talones. ¡Si por lo menos tuviese un poco de paz, una larga pausa, tiempo de pensar!

Y otra vez, agudo e inevitable, el grito ululante cruzó la isla. Ralph alzó bruscamente la cabeza, como un caballo, y corrió una vez más hasta que empezó a jadear. Se arrojó al suelo junto a unos helechos. ¿El árbol o la carga? Retuvo el aliento un momento, se enjugó la boca, y se dijo a sí mismo que debía calmarse. Samieric estaban en algún punto del cordón, odiando lo que hacían. O quizás no. ¿Y si en vez de ellos tropezaba con el jefe, o con Roger, que llevaba la muerte en las manos?

Ralph se echó atrás el pelo revuelto y se secó el sudor del ojo sano. Habló en voz

alta.

—Piensa.

¿Qué era lo más razonable?

Ya no estaba Piggy para hablar en nombre de la razón. Ya no había solemnes asambleas, ni un caracol con su dignidad.

—Piensa.

Temía ahora, sobre todo, la cortina que podía caer en su cerebro, ocultándole toda sensación de peligro, transformándolo en un papanatas.

Una tercera idea era ocultarse tan bien que la línea que avanzaba pasara a su lado sin descubrirlo.

Alzó la cabeza del suelo con un rápido movimiento y escuchó. Había otro sonido que atender ahora… un gruñido sordo, como si la selva misma estuviese enojada con él, un sonido sombrío donde los gritos ululantes se inscribían vívidamente como en una pizarra. Supo que lo había oído antes en alguna parte, pero no tenía tiempo de hacer memoria.

Quebrar la línea.

Un árbol.

Esconderse, y dejarlos pasar.

Un grito más cercano lo puso en pie otra vez, y enseguida estaba alejándose, corriendo rápidamente entre espinos y zarzas. De pronto se vio en un claro, se encontró otra vez en aquel espacio abierto… y allí estaba la abismal sonrisa del cráneo, no ya ridiculizando un fragmento de profundo cielo azul, sino mirando burlonamente una capa de humo. Ralph echó a correr bajo los árboles, comprendiendo qué era aquel gruñido. Lo habían hecho salir con el humo y habían envuelto la isla en llamas.

Esconderse era mejor que un árbol porque uno tenía la posibilidad de quebrar el cordón si lo descubrían.

Esconderse, entonces.

Se preguntó si un cerdo estaría de acuerdo y le sonrió con una mueca a nada. Había que encontrar el matorral más espeso, el agujero más oscuro de la isla, y meterse adentro. Ahora, mientras corría, miraba alrededor. Barras y gotas de luz solar revoloteaban sobre él, y el sudor le marcaba con rayas centelleantes el cuerpo sucio. Los gritos eran lejanos ahora, y débiles.

Al fin descubrió lo que parecía ser el sitio adecuado, aunque su decisión fue desesperada. Allí unas matas y unas lianas que se entrelazaban confusamente formaban una cortina que no dejaba pasar la luz del sol. Abajo había un espacio, de unos treinta centímetros de alto, aunque atravesado en todas partes por unos tallos verticales y paralelos. Si uno lograba llegar a la mitad de aquel espacio se encontraría a unos cinco metros de los bordes, y a salvo, a menos que el salvaje decidiese echarse al suelo y buscarlo allí; y aun entonces, uno estaría en la oscuridad… y si ocurría lo peor y el salvaje lo veía a uno, siempre era posible lanzarse sobre él y pasar al otro

lado de la línea.

Cuidadosamente, arrastrando su palo, Ralph se metió entre los tallos verticales. Cuando llegó al centro, se acostó y escuchó.

El incendio era grande, y el tamborileo que creía haber dejado tan atrás se oía más cerca. ¿Un fuego podría correr más rápidamente que un caballo al galope? Alcanzaba a ver el suelo rociado por el sol en un área de quizás cincuenta metros; y mientras vigilaba, la luz del sol en cada sitio lo miraba parpadeando. Esto era tan parecido a la cortina que se le sacudía en el cerebro que durante un momento pensó que el parpadeo estaba en su propio interior. Pero entonces las luces parpadearon más rápidamente, empalidecieron y se apagaron, y Ralph vio que una pesada nube de humo se había interpuesto entre la isla y el sol.

Alguien podía espiar bajo los matorrales, y vislumbrar una carne humana; pero Samieric, por lo menos, pretenderían no haberlo visto y nada dirían. Apoyó la mejilla en la tierra color de chocolate, se lamió los labios secos y cerró los ojos. Bajo el matorral, la tierra vibraba muy ligeramente; o quizás había un sonido bajo el obvio trueno del fuego, y los garrapateados gritos ululantes, que era demasiado grave y no podía oírse.

Alguien gritó. Ralph alzó rápidamente la mejilla de la tierra y miró en la luz opaca. Debían de estar cerca ahora, pensó, y el corazón le golpeó en el pecho. Esconderse, quebrar la línea, subirse a un árbol… ¿qué era lo mejor? Lamentablemente, no había más de una posibilidad.

Ahora el fuego estaba más cerca; aquellas andanadas de cañonazos eran grandes ramas, hasta troncos, que estallaban. ¡Locos! ¡Locos! El fuego debía de haber alcanzado los frutales… ¿Qué comerían mañana?

Ralph se agitó inquieto en su estrecho lecho. ¡No arriesgaba nada! ¿Qué podían hacer?, ¿golpearlo? ¿Y qué? ¿Matarlo? Un palo afilado por las dos puntas.

Los gritos se oyeron de pronto más cerca y alzó rápidamente la cabeza. Pudo ver a un salvaje rayado que salía de una mata verde, y venía hacia el matorral donde él se escondía, un salvaje que llevaba una lanza. Ralph hundió los dedos en la tierra. Tenía que estar listo, por si acaso.

Tanteó la lanza para tomarla con la punta hacia afuera; y entonces descubrió que habían afilado el palo en las dos puntas.

El salvaje se detuvo a unos quince metros y emitió su grito.

Quizá, pensó Ralph, puede oír mi corazón sobre los ruidos del fuego. No grites. Prepárate.

El salvaje se adelantó de modo que sólo se lo veía de la cintura abajo. Aquello era el cabo de la lanza. Ahora se lo podía ver de la rodilla abajo. No grites.

Una manada de cerdos salió chillando de las plantas verdes, detrás del salvaje, y desapareció en la selva. Los pájaros gritaban, los ratones chillaban, y una criatura que caminaba a saltos se metió en el matorral y se acurrucó allí.

A cinco metros de distancia el salvaje se detuvo de pie junto al matorral y gritó.

Ralph recogió los pies. Tenía la estaca en la mano, la estaca de dos puntas, la estaca que temblaba tanto, que era larga, corta, liviana, pesada, liviana otra vez.

Los gritos ululantes fueron de costa a costa. El salvaje se arrodilló al borde del matorral, y las luces se alzaron en la selva, detrás de él. Apareció una rodilla que se apoyó en el suelo. Luego otra. Dos manos. Una lanza.

Una cara.

El salvaje espió en la oscuridad bajo el matorral. Uno podía notar que veía luz de este lado y de aquel, pero no en el medio… allí. En el medio había una burbuja de oscuridad y el salvaje arrugó la cara tratando de descifrar la sombra.

Los segundos se alargaron. Ralph miraba directamente en los ojos del salvaje.

No grites.

Burlarás la línea.

Ahora te vio. Está asegurándose. Un palo afilado.

Ralph gritó, un grito de terror y furia y desesperación. Enderezó las piernas, y gritó continuamente, entre espumarajos. Se lanzó hacia adelante, por el matorral, y salió al claro, ensangrentado, gritando, gruñendo. Golpeó de costado con la lanza y el salvaje cayó, pero otros venían dando gritos. Saltó a un lado mientras una lanza pasaba junto a él, y luego corrió en silencio. Inmediatamente todas las luces que oscilaban delante se unieron, el rugido de la selva se alzó como un trueno, y un alto arbusto estalló directamente ante él en una gran llama en abanico. Torció hacia la derecha, corriendo con desesperada rapidez, mientras el calor golpeaba a su izquierda y el fuego se adelantaba como una marea. El ulular se alzó detrás y se extendió en una serie de gritos breves y agudos, de aviso. Una figura castaña asomó a su derecha y cayó. Todos corrían, todos gritaban desatinadamente. Ralph podía oír como caían en las matas, y a la izquierda estaba el brillante y ardiente trueno del fuego. Olvidó las heridas, el hambre y la sed, y fue sólo miedo; miedo desesperanzado que corría sobre pies alados hacia la playa. Unas manchas le saltaron ante los ojos y se convirtieron en círculos rojos que se expandían rápidamente hasta perderse de vista. Debajo de él las piernas de alguien estaban cansándose y el desesperado ulular avanzaba como una mellada hoja amenazadora y estaba casi sobre su cabeza.

Tropezó con una raíz y el grito que lo perseguía se hizo aún más alto. Vio que un refugio estallaba en llamas y el fuego aleteó sobre su hombro derecho, y allí estaba el resplandor del mar. Cayó entonces, y rodó y rodó por la arena caliente, encogido y con un brazo levantado para protegerse, y tratando de gritar pidiendo misericordia.

Se incorporó tambaleándose, preparado para nuevos terrores, y alzó los ojos hacia una gran gorra con visera. Era una gorra blanca arriba, y sobre la sombra verde de la visera había una corona, un ancla y unas hojas de oro. Vio una tela blanca, unas charreteras, un revólver, una hilera vertical de botones brillantes en el frente de un uniforme.

Un oficial de marina estaba allí de pie, en la arena, mirando a Ralph con un cauteloso asombro. En el agua, detrás de él, había un bote con los remos en alto sostenidos por dos marineros. En la cámara del bote otro marinero sostenía un fusil ametralladora.

Los gritos ululantes vacilaron y se apagaron.

El oficial miró dudosamente a Ralph un momento; luego apartó la mano de la culata del revólver.

—Hola.

Encogiéndose un poco, consciente de su desagradable apariencia, Ralph respondió tímidamente.

—Hola.

El oficial asintió, como si le hubieran contestado a una pregunta.

—¿Hay algún adulto… algún grande entre vosotros?

Ralph sacudió silenciosamente la cabeza. Dio media vuelta en la arena. Un semicírculo de niñitos, con los cuerpos manchados con arcilla de color, unas varas afiladas en las manos, estaban de pie en la playa, muy callados.

—Diversiones y juegos —dijo el oficial.

El fuego alcanzó los cocoteros de la playa y los devoró ruidosamente. Una llama saltó como un acróbata y lamió las cabezas de las palmeras en la plataforma. El cielo era negro.

El oficial le sonrió animadamente a Ralph, mostrando los dientes.

—Vimos vuestro humo. ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Librando una guerra o algo parecido?

Ralph asintió.

El oficial inspeccionó al pequeño espantapájaros que tenía delante. El chico necesitaba un baño, un corte de pelo, una sonada de nariz y una buena cantidad de ungüento.

—No mataron a nadie, espero. Ningún cadáver.

—Sólo dos. Y desaparecieron.

—¿Dos? ¿Mataron a dos?

Ralph asintió otra vez. Detrás, la isla entera se estremecía con las llamas. El oficial sabía, por regla general, cuando la gente decía la verdad. Silbó suavemente.

Otros niños aparecían ahora, muy pequeños algunos, oscuros, con los vientres hinchados de las criaturas salvajes. Uno de ellos se acercó al oficial y alzó los ojos.

—Yo soy, yo soy…

Pero no hubo nada más. Percival Wemys Madison buscó en su cabeza una fórmula de encantamiento que se había desvanecido.

El oficial se volvió otra vez hacia Ralph.

—Os sacaremos de aquí. ¿Cuántos sois?

Ralph meneó la cabeza. El oficial miró por encima de él al grupo de niños pintados.

—¿Quién manda aquí?

—Yo —dijo Ralph en voz alta.

Un niñito que llevaba los restos de una extraordinaria gorra negra sobre el pelo rojo y unos pedazos de lo que había sido un par de lentes en la muñeca, empezó a adelantarse, luego cambió de idea y se quedó en su sitio.

—Vimos vuestro humo. ¿Y no sabéis cuántos sois?

—No, señor.

—Yo hubiera pensado —dijo el oficial mientras imaginaba la búsqueda que seria necesario hacer—, yo hubiera pensado que un grupo de niños británicos… sois todos británicos, ¿no es cierto?… serían capaces de ofrecer mejor espectáculo… quiero decir…

—Fue así al principio —dijo Ralph—, antes que las cosas…

Se detuvo.

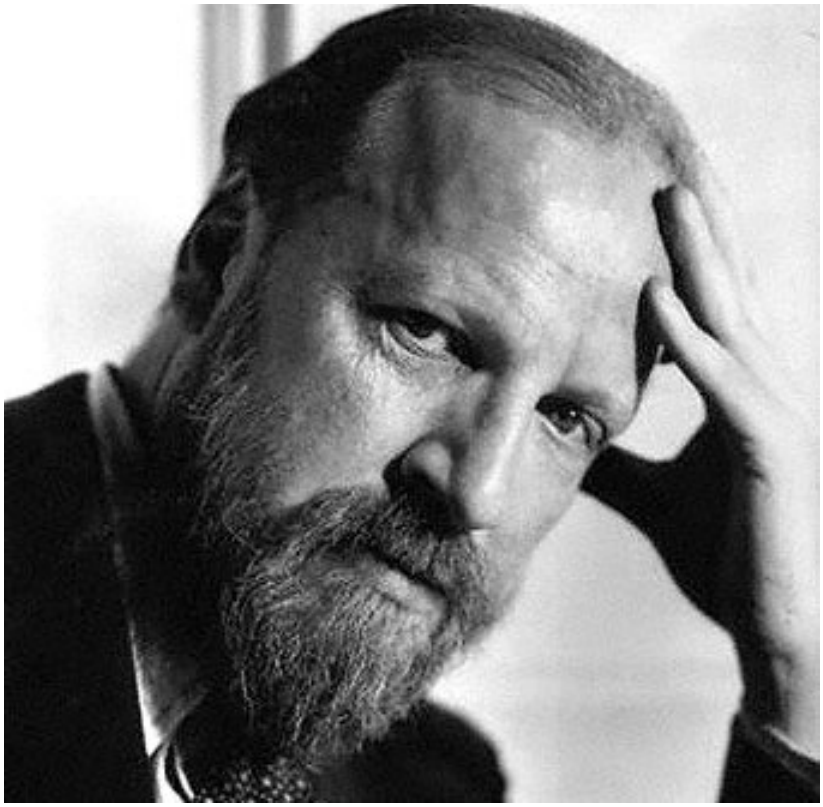
—Estábamos juntos entonces…

El oficial asintió animándolo.

—Sí. Ya sé. Hermoso espectáculo. Como en la Isla de Coral.

Ralph lo miró silenciosamente. Durante un momento vislumbró fugazmente la imagen de aquel raro encanto que una vez había envuelto las playas. Pero la isla estaba ahora chamuscada como leña, y Simon había muerto, y Jack había… Las lágrimas le corrieron por las mejillas y unos sollozos lo sacudieron. Se entregó al llanto por primera vez en la isla; grandes, convulsivos espasmos de pena que parecían retorcerle todo el cuerpo. Su voz se alzó bajo el humo negro, ante las ruinas quemadas de la isla; y contagiados por aquella emoción, los otros niñitos empezaron a sacudirse y a sollozar también. Y en medio de ellos con el cuerpo sucio, el pelo enmarañado, moqueando, Ralph lloró el fin de la inocencia, la oscuridad del corazón del hombre, y la caída por el aire del sincero y juicioso amigo llamado Piggy.

El oficial, en medio de aquel ruido, se sintió conmovido y un poco embarazado. Se volvió para darles tiempo de que se recobraran; y esperó, fijos los ojos en el gallardo crucero, allá lejos.



WILLIAM GOLDING nació en Cornualles en 1911. Estudió en la escuela secundaria de Marlborough y ciencias y literatura inglesa en Oxford. Trabajó como actor, productor, profesor, marinero, músico y, finalmente, maestro de escuela. Durante la segunda guerra mundial se enroló en la marina, y tomó parte, hasta que se graduó como teniente al término de la misma, en varias acciones navales como el hundimiento del Bismarck o el desembarco de Normandía, hechos que influyeron notablemente en su obra. A pesar de haber decidido ser escritor a los siete años, no publicó hasta 1934 una colección de poemas, pero su verdadero debut literario no fue sino hasta 1954, cuando publicó *Señor de las moscas* (que Peter Brook llevaría al cine en 1963). Desde entonces publicó siete novelas, una colección de relatos, varias obras de teatro, ensayos y artículos. Entre su producción narrativa destacan *Los herederos* (1962), *Martin el náufrago* (1957) y *La construcción de la torre* (1965). En 1980 recibió el Booker Prize por su novela *Ritos de paso*, y en 1983 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Murió en 1993 dejando el borrador de una novela que se publicaría a título póstumo, *La lengua oculta*.

Notas

[1] *Ass*, trasero; *mar*, mancha. <<

[2] Cerdito. <<

[3] Gordito. <<

[4] *Pig*. <<